



Franz Liszt

# Chopin

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Franz Liszt**

## **Chopin**

Carácter general de las obras de Chopin

Por muy lamentable que sea para todos los artistas y para todos aquellos que lo hayan conocido, nos será permitido dudar que haya llegado el momento en que, apreciado en su justo valor, aquel cuya pérdida nos es tan sensible en particular, ocupe en la valoración universal la alta jerarquía que probablemente le reserva el porvenir.

Si está probado que corrientemente nadie es profeta en su país, ¿no se ha experimentado también, que los profetas, es decir, los hombres del futuro, aquellos que lo representan y lo acercan por sus obras, no son reconocidos como profetas en sus tiempos? Y nosotros no osaríamos afirmar que pudiera ser de otra manera. Las jóvenes generaciones de artistas tendrán a bien protestar contra los anticuados, cuya costumbre invariable es la de asombrar a los vivos con los muertos, tanto en las obras musicales como en las de otras artes, sólo al tiempo le queda reservado algunas veces el revelar toda la belleza y todo el mérito.

No siendo las múltiples formas del arte sino diversas fascinaciones, destinadas a evocar los sentimientos y las pasiones, para hacerlos sensibles, tangibles en cierto modo, y comunicar las grandes emociones, el genio se manifiesta por la invención de nuevas formas adaptadas a veces a sentimientos que aún no habían surgido en el círculo encantado. ¿Puede esperarse que en estas artes donde la sensación va ligada a la emoción sin la mediación del pensamiento y de la reflexión, la sola introducción de formas y modos inusitados no sea un obstáculo a la comprensión inmediata de una obra? La sorpresa, incluso la fatiga, ocasionadas por lo extraño de las impresiones desconocidas que despierta, ¿no la hace aparecer a la mayoría como escritas en un lenguaje que ignora, y que por eso mismo parece al principio bárbaro? El solo trabajo de habituar el oído basta para que moleste mucho a los que, por sistema, rehúsan estudiarlo a fondo. Las generaciones más jóvenes y de mayor vitalidad son en primer lugar las menos encadenadas por esta atracción de la costumbre, respetable incluso en aquellos en quienes es invencible, se llenan de curiosidad, después de pasión por el nuevo idioma; por ellos es por quienes penetra y alcanza las regiones recalcitrantes del público y por lo que éste acaba por recoger el sentido, el alcance, la construcción y por hacer justicia a las calidades y riquezas que pueda encerrar. Por estas razones los músicos que se apartan de las rutinas convencionales necesitan más que otros artistas de la ayuda del tiempo. No pueden esperar que la muerte traiga a sus trabajos esta plus valía instantánea que ha otorgado a las obras pictóricas, y ninguno de ellos podría renovar en provecho de sus manuscritos el subterfugio de cualquiera de los grandes maestros flamencos, que trataron durante su vida de explotar su gloria futura, encargando a su mujer de hacerle el reclamo a su muerte, para lograr hacer subir los lienzos que premeditadamente decoraban su estudio.

Cualquiera que sea la popularidad de una parte de las producciones de aquel cuyos sufrimientos lo hayan agotado mucho antes de su fin, puede, sin embargo, presumirse que la posteridad tendrá para sus obras una estima menos frívola y ligera que la que le es aún concedida. Aquellos que más tarde se ocuparán de la historia de la música le darán su parte, que será grande, a quien se señaló con un genio melódico extraordinario por tan felices y destacados engrandecimientos armónicos, cuyas conquistas serán preferidas con razón a tantas obras de superficie más extendida, tocadas y retocadas por grandes orquestas y cantadas y recantadas por masas de prima-donna.

Encerrándose en el cuadro exclusivo del piano, Chopín, a nuestro entender, ha dado pruebas de una de las cualidades más esenciales a un escritor: la justa apreciación de la forma en la cual le ha sido dado destacar; y, sin embargo, este hecho, por el que le reconocemos un justo mérito, dañó a la importancia de su fama. Difícilmente otro, en posesión de tan altas facultades melódicas y armónicas, hubiera resistido a la tentación que presentan los instrumentos de arco, la languidez de la flauta, las tempestades de la orquesta, los ensordecimientos de la trompeta, en la que nos obstinamos aún en creerla única mensajera de la vieja diosa, cuyos sutiles favores perseguimos. ¿Qué reflexiva convicción es precisa para limitarse a un círculo más árido en apariencia y hacer surgir por su genio lo que al parecer no podía florecer en este terreno? ¿Qué penetración intuitiva revela por esta elección exclusiva que, arrancando ciertos efectos al dominio, habitual, a los instrumentos en que toda la espuma del ruido vino a quebrarse a sus pies, las transportaba a una esfera más restringida, pero más idealizada? ¿Qué confiada perfección de los medios futuros de su instrumento ha tenido que presidir a este reconocimiento voluntario de un empirismo tan generalizado, que otro hubiera probablemente considerado como un contrasentido al privar de tan grandes pensamientos a sus intérpretes ordinarios! ¿Bien sinceramente hemos de adivinar esta preocupación única de lo bello por sí mismo, que ha sustraído su talento a la propensión corriente de repartir entre una centena de atriles cada parte de melodía y le hizo aumentar los recursos de arte al enseñarla a concentrarlo en un menor espacio!

Lejos de ambicionar el tumulto de la orquesta, Chopín se contentó con ver reproducido su pensamiento integralmente sobre el marfil del teclado, consiguiendo su objeto de que no perdiese ninguna energía, sin pretender los efectos del conjunto y la pincelada decorativa. No se ha pensado con bastante seriedad ni reflexionado atentamente sobre el valor de los dibujos y las pinceladas delicadas, estando habituados, como lo estamos hoy, a no considerar cuales compositores son dignos de un gran nombre más que aquellos que han dejado por lo menos una media docena de óperas, otros tantos oratorios y algunas sinfonías, pidiendo así a cada músico hacer de todo, y un poco más que todo. Esta noción tan generalmente extendida, no es, sin embargo, de fija exactitud, sino muy problemática. No pretendemos discutir la gloria, más difícil de obtener, la superioridad real de los cantores épicos que desarrollan en vasto plan sus espléndidas creaciones, pero desearíamos que se aplicase a la música el valor que se da a las proporciones materiales en las otras ramas de las bellas artes y que, por ejemplo, en pintura, coloca una tela de cincuenta centímetros cuadrados, como la Visión de Ezequiel o el Cementerio de Ruysdaël, entre las obras maestras evaluadas en más que un cuadro cualquiera de grandes dimensiones, sea de un Rubens o de un Tintoretto. En literatura, ¿Béranger es menos poeta por haber reducido su pensamiento a los estrechos límites de la emoción? ¿Petarca no debe su triunfo a sus «Sonetos»? y de aquellos que han recitado repetidamente sus suaves rimas, ¿hay muchos

que conozcan la existencia de su poema sobre África? No hemos de dudar que los prejuicios que disputarían todavía al artista que no haya producido más que sonatas semejantes a esas de Franz Schubert puedan ser superiores a las de otros que hayan compuesto partituras de pesadas melodías con toda la amplitud de desarrollo propias de ciertas óperas que no citaremos. Porque en música no se acaba tampoco de aquilatar las composiciones diversas según la elocuencia y el talento con que son expresados los pensamientos y los sentimientos, cualesquiera que sean, por lo demás, el espacio y los medios empleados para interpretarlos.

Por consiguiente, no sabría aplicarse un análisis inteligente de los trabajos de Chopín sin encontrar bellezas de un orden muy elevado, de una expresión completamente nueva, y de una contextura armónica tan original como sabia. En él la audacia se justifica siempre; la riqueza, incluso la exuberancia, no excluyen a claridad; la singularidad no degenera en extravagancia barroca: los adornos no están desordenados y el lujo de la ornamentación no recarga la elegancia de las líneas principales. Sus mejores obras abundan en combinaciones que, puede decirse, forman época en el manejo del estilo musical. Atrevidas, brillantes, seductoramente descubren su profundidad con tanta gracia, y su habilidad con tanto encanto, que con pena podemos sustraernos lo bastante a su atractivo arrollador, para juzgarla fríamente desde el punto de vista de su valor teórico; éste ha sido ya notado, pero se hará reconocer más y más cuando llegue el tiempo de un examen atento de los servicios dados al arte, durante el período que Chopín ha abarcado.

A él le debemos la extensión de los acordes, sea en grupo conjuntado, sea en arpeggios; estas sinuosidades cromáticas y en-armónicas de las que sus páginas ofrecen tan sorprendentes ejemplos; estos pequeños grupos de notas sobrepuestas cayendo como gotas de rocío perlado, por encima de la figura melódica. Él dio a este género el adorno cuyo modelo no había continuado desde las fiorituras de la antigua escuela de canto italiano, lo imprevisto y la variedad que no permitía la voz humana, copiada servilmente hasta entonces por el piano en los adornos que resultaron estereotipados y monótonos. Él inventó estas admirables progresiones armónicas, que han dotado de un carácter serio, hasta las páginas que por la ligereza de su asunto no parecía que debían pretender tal importancia. ¿Pero qué importa el asunto? ¿No es la idea la que se ha hecho surgir, la emoción que se hace vibrar, lo que la eleva, la ennoblece y la engrandece? ¿Qué melancolía, qué finura, qué sagacidad, qué arte sobre todo en estas obras maestras de La Fontaine, cuyos motivos son tan familiares y los títulos tan modestos! Estos de los estudios y los preludios lo son también; sin embargo, los trozos de Chopín que los llevan, no quedarán como menores tipos de perfección en un género que él ha creado y que revela, como todas sus obras, el carácter de su genio poético: Escritos casi a lo primero, están impregnados de una frescura juvenil que no tienen algunas de sus obras posteriores, más elaboradas, más acabadas, más combinadas, hasta perderse por completo en sus últimas producciones de una sensibilidad sobreexcitada que se diría la búsqueda del agotamiento.

Si hubiéramos de hablar aquí en términos escolásticos del desarrollo de la música de piano, analizaríamos estas páginas magníficas que ofrecen tan rica gama de observaciones. Exploraríamos en primer lugar estos nocturnos, baladas, in promptus, scherzos, que tan llenos están de refinamientos armónicos tan inesperados como incomprensibles. Igualmente los buscaríamos en sus polonesas, mazurcas, valsos, boleros. Pero no es éste el momento ni

el lugar para un trabajo semejante, que no ofrecería interés más que a los adeptos del contra-punto y del bajo-cifrado.

Es por el sentimiento que desborda de todas estas obras por lo que se han extendido y popularizado; sentimiento eminentemente romántico, individual, propio de su autor y, sin embargo, simpático, no sólo a este país que le debe una ilustración más, sino a todos cuantos pudieran sufrir los infortunios del destierro y los enternecimientos del amor.

No contentándose siempre con cuadros en los que pudiera dibujar libremente los contornos tan felizmente elegidos por él, Chopín quiso también centrar su pensamiento entre clásicas barreras. Ha escrito bellos conciertos y bellas sonatas: No es difícil, sin embargo, en estas producciones más voluntad que inspiración. La suya era imperiosa, fantástica, irreflexiva. Sus giros tenían que ser libres y nosotros creemos que ha violentado su genio, cada vez que ha intentado restringirle a las reglas, a las clasificaciones y a un orden que no eran los suyos y no podían concordar con las exigencias de su espíritu, que es uno de aquellos cuya gracia se despliega sobre todo cuando parece ir a la deriva. Quizá haya podido desear ese doble éxito de su amigo Mickiewicz, por ejemplo, quien después de haber sido el primero en dotar a su lengua de una poesía fantástica, haciendo escuela desde 1818 en la literatura eslava por sus Dziady y sus baladas románticas, probó en seguida escribiendo Grazyna y Wallenrod, que sabía triunfar también de las dificultades que oponen a la inspiración, las sujeciones de la forma clásica, y que también se manifestaba igualmente maestro cuando tomaba la lira de los antiguos poetas. Chopín, haciendo tentativas análogas, no ha conseguido triunfar completamente, a nuestro entender. No ha podido mantener en el interior de una copa angulosa y rígida este contorno flotante e indeterminado que da el encanto a su pensamiento. No ha podido encerrar esta indecisión nebulosa y oculta, más que destruyendo todas las aristas de la forma, la tela de largos pliegues como copos brumosos, tales cuales esos que cercaban las bellezas osiánicas, cuando hacían aparecer ante los mortales aquel suave perfil de entre las nubes cambiantes.

Estos ensayos brillan, por lo tanto, con una rara distinción de estilo y encierran pasajes de un alto interés, fragmento de sorprendente grandeza. Citaremos el Adagio del Segundo Concierto, por el cual tenía una marcada predilección complaciéndose en tocarlo frecuentemente. Los dibujos accesorios pertenecen a la mejor manera del autor y la frase principal es de una expansión admirable. Alterna con un recitativo que está en tono menor y que es como la antiestrofa. Todo este trozo es de una ideal perfección, su sentimiento alternativamente radiante y lleno de compasión. Se diría como una irreparable desgracia acogiendo el corazón humano frente a un incomparable esplendor de la naturaleza; contraste sostenido por una fusión de los tonos, una degradación de tintes atenuados que impide que nada violento o brusco venga a disonar en esta impresión emotiva que produce y que al mismo tiempo melancoliza la alegría y serena el dolor.

¿Podríamos dejar de hablar de la Marcha Fúnebre intercalada en su primera sonata, que ha sido orquestada y ejecutada por primera vez en la ceremonia de sus exequias?

¡Hubiérase podido encontrar otros acentos para expresar con el mismo dolor, qué sentimiento y qué lágrimas habían de acompañar a su último reposo a quien había comprendido de una manera tan sublime cómo se lloraban las grandes pérdidas! Un día le

oímos decir a un joven de su país: «Estas páginas no hubieran podido ser escritas más que por un polaco». En efecto, todo lo que este corteja de una nación en duelo, llorando su propia muerte tuviera de solemne y desgarrador, se encuentra en este conjunto fúnebre que parece escoltarle. Todo el sentimiento de mística esperanza, de religiosa llamada a una misericordia sobrehumana, a una clemencia infinita y a una justicia que tiene en cuenta cada tumba y cada cuna, toda la resignación exaltada que ha iluminado con luz de aurora tantos dolores y desastres soportados con heroísmo inspirado de mártires cristianos, resuena en el canto cuya súplica es tan desolada. Lo que hay de más puro, de más santo, de más resignado, de más creyente y de más esperanzado en el corazón de las mujeres, de los niños y de los sacerdotes, resuena, palpita y tiembla allí con indecibles vibraciones. Se siente que lo que se llora no es la muerte de un héroe, cuando otros héroes quedan para vengarlo, sino más bien la de una generación entera que ha sucumbido no dejando detrás de ella más que las mujeres, los niños y los sacerdotes. Esta melopea tan fúnebre y lacrimosa es, no obstante, de una dulzura tan honda que parece no venir de este mundo. Estos sonidos que se dirían aminorados por la distancia, imponen un supremo recogimiento, como si fueran cantados por los mismos ángeles y flotasen ya en el cielo, en derredor del trono divino. Ni gritos, ni roncós gemidos, ni blasfemias impías, ni furiosas imprecaciones turban por un instante la lamentación, que podría tomarse por seráficos suspiros. El lado antiguo del dolor queda totalmente excluido. Nada recuerda los furores de Casandra, los rebajamientos de Príamo, los frenesíes de Hécuba, las desesperanzas de las cautivas troyanas. Una fe soberana desfalleciente, en los supervivientes de este Ilión cristiano, la amargura del sufrimiento al mismo tiempo que la cobardía del abatimiento, su dolor no conserva ninguna de sus debilidades terrenas, se desarraiga de este suelo húmedo de sangre y de lágrimas, va hacia Dios y no sabría dirigirse más que al Juez Supremo, encontrando para implorarle tan ardientes oraciones que al escucharla nuestro corazón se quiebra en nosotros mismos bajo una augusta compasión.

Sería una equivocación el creer que todas las composiciones de Chopín están desprovistas de los sentimientos que ha despojado este sublime aliento y del que el hombre no puede sentir constantemente la enérgica abnegación, la enérgica dulzura. Sordas cóleras, odios contenidos, se encuentran en varios pasajes de sus obras, y muchos de sus estudios, tanto como sus scherzos, describen una exasperación concentrada y dominada por una desesperación tanto irónica, tanto altiva. Estos sombríos apóstrofes de su musa han pasado más inadvertidos y menos comprendidos que sus poemas, de un tierno colorido. El carácter personal de Chopín ha podido contribuir a ello. Acogedor, afable, fácil en sus relaciones, de un humor igual y regocijado, daba poco a pensar las secretas convulsiones que le agitaban.

Este carácter no era fácil de adivinar. Se componía de mil matices, que se cruzaban y se disimulaban los unos en los otros de una manera indescifrable prima vista. Era fácil de confundirse sobre el fondo de su pensamiento, como con los eslavos en general, en quienes la lealtad y la franqueza, la familiaridad y la cautivadora desenvoltura de maneras, no implican de ninguna forma la confianza y la expansión. Sus sentimientos, se revelan y se ocultan como los pliegues retorcidos de una serpiente enroscada en sí misma. Es preciso examinarlas atentamente para encontrar el encadenamiento de sus anillos. Habría ingenuidad en tomar al pie de la letra su cumplimentera cortesía, su pretendida modestia. Las fórmulas de esta cortesía y de esta modestia se desprenden de sus costumbres, que se resienten singularmente de sus antiguas relaciones con el Oriente. Sin contagiarse nada en

absoluto de la taciturnidad musulmana han tomado de ella una reserva desconfiada sobre todo lo concerniente a las fibras delicadas e íntimas; tan bien, que casi siempre se puede estar cierto cuando hablan de sí mismos y guardan frente a su interlocutor reticencias que les asegura sobre él una ventaja de inteligencia o de sentimiento, dejándole ignorar tal circunstancia o tal móvil secreto por los cuales serían los más admirados o los menos estimados y que ellos esconden bajo una fina sonrisa interrogante o de una imperceptible burla. Complaciéndose siempre en el placer de la sofisticación desde las más espirituales y bufonescas hasta las más amargas y lúgubres, se diría que ven en esta burlona superchería una fórmula de desdén a la superioridad que se adjudican interiormente, pero que velan con el cuidado y la astucia de los oprimidos.

La débil constitución de Chopín, le impedía la expresión enérgica de sus pasiones, no entregaba a sus amigos más que lo que tenía de dulce y afectuoso. En el mundo vertiginoso y preocupado de las grandes ciudades en que nadie tiene tiempo para adivinar el enigma de los destinos ajenos, en que nadie es juzgado más que por su actividad exterior, pocos piensan, sin duda, tomarse el trabajo de echar una ojeada que sobrepase la superficie de los caracteres. Pero aquellos cuyas relaciones íntimas y frecuentes aproximaban a Chopín, tenían ocasión de percibir en ciertos momentos la impaciencia y el hastío que sentía al ser descubierto. Y el artista no podía vengar al hombre. De una salud muy débil para traicionar esta impaciencia por la vehemencia de su ejecución, buscaba desquitarse escribiendo estas páginas a oír ejecutadas con el vigor que a él le faltaba, y en las cuales sobrenadan los rencores apasionados del hombre más profundamente atacado de ciertas heridas que no le gusta confesar, como flotaría en derredor de una fragata engalanada aunque próxima a perder jirones de sus costados arrancados por las olas.

Estas impresiones han tenido mayor importancia en la vida de Chopín por haberse manifestado sensiblemente en sus obras. Han producido poco a poco una suerte de irascibilidad malsana que llegando a un punto de temblor febril produjeron un círculo vicioso, esta torsión de su pensamiento que se observa en sus últimos escritos. Sofocante casi bajo la opresión de sus violencias reprimidas, no sirviéndose del arte más que para darse a sí mismo su propia tragedia, después de haber cantado su sentimiento, se dedicó a sutilizarlo. En las hojas que han publicado bajo tales influencias, se encuentra algo de las emociones alambicadas de Juan Pablo, al cual eran necesarias las sorpresas causadas por los fenómenos de la naturaleza y de la física, las sensaciones de espantos voluptuosos debidos a los accidentes imprevistos en el orden natural de las cosas, las mórbidas sobreexcitaciones de un cerebro alucinado para conmover un corazón macerado de pasiones y agotado en el sufrimiento. La melodía llega a ser atormentada, una sensibilidad nerviosa e inquieta trae consigo una reiteración de motivos de una persistencia tenaz, penosa como el espectáculo de las torturas que causan esos males del alma o del cuerpo sin otro remedio que el de la muerte.

Chopín estaba predestinado a una de estas enfermedades, que, empeorando de año en año, se lo llevó joven aún, y en las producciones de que hablamos se encuentran las señales de los dolores agudos que le devoraban, como se encontraría en un cuerpo bello aquellas garras de un ave de rapiña.

## Polonesas

De estas aberraciones de sentimientos que no llegan, sin embargo, nunca a disminuir la rara cualidad de la condición armónica, que por el contrario hacen su estudio más interesante, se encuentran pocas entre las obras más conocidas y más íntimamente gozadas de Chopín. Sus Polonesas, que son menos buscadas de lo que merecen, a causa de las dificultades que presenta su perfecta ejecución, llevan lo mejor de su inspiración, no recuerdan en nada las polonesas afectadas y recompuestas a lo Pompadour, tal como las han propagado las orquestas en los bailes, los virtuosos en los conciertos y el repertorio rebajado y enfadoso de los salones. De un ritmo enérgico hacen resurgir y galvanizan todos los entorpecimientos de nuestra indiferencia. Los más nobles sentimientos tradicionales de la antigua Polonia, quedan recogidos en ella. Un sentimiento de firme determinación junto a la gravedad -lo que según dicen, era el sello de sus grandes hombres del pasado- se manifiesta en seguida. Marciales en su mayor parte, la bravura y el valor se dan con la simplicidad de acento que daba a esta nación guerrera el trazo distintivo de sus cualidades. Respiran una fuerza serena y reflexiva y se cree volver a ver a estos antiguos polacos tales como nos los describen sus crónicas: de una constitución robusta, de una inteligencia desarrollada, de una piedad profunda y conmovedora aunque sensata, de un valor indomable mezclado con una galantería que no abandonan los hijos de Polonia ni sobre el campo de batalla ni en la víspera ni al día siguiente del combate.

Esta cortesía era de tal modo inherente a su naturaleza, que no obstante la comprensión de las costumbres aproximadas a la de sus vecinos y enemigos, los infieles de Estambul, les hacían apartar antiguamente a sus mujeres, confinándolas a la vida doméstica y teniéndolas siempre a la sombra de una tutela legal, y, sin embargo, ha glorificado e inmortalizado en sus anales a reinas que fueron santas, vasallas que llegaron a reinas, súbditas bellas por las cuales los unos comprometieron, los otros perdieron tronos al modo que una terrible Sforza y una Gonzaga coqueta.

En los polacos de los tiempos pasados, una viril resolución uniéndose a esta ardiente devoción por los objetos de su amor, que dictaba todas, las mañanas Sovieski, frente a los estandartes de los Cruzados tan numerosos, como las espigas de un trigo, dulces misivas amorosas a su mujer que tomaban un tinte singular e imponente en la costumbre de su actitud, noble hasta un ligero énfasis. No podía dejar de contraer el gusto contemplando los más bellos tipos de solemnes maneras en los sectores del islamismo, de los que apreciaban las cualidades aun combatiendo sus invasiones. Sabían como ellos anticipar sus actos con una inteligente deliberación que parecía hacer presente a cada uno la divisa del príncipe Boleslas de Pomerania: «Erst wieg's, dann wag's», «calcula primero y después obra», y que realizaba sus movimientos de una cierta altivez pomposa, dejándoles una facilidad y una libertad de espíritu accesibles a las más ligeras inquietudes de sus ternuras, a los más efímeros temores de su corazón, a los más fútiles intereses de su vida. Como si pusieran todo su honor en hacerla pagar cara, amaban embellecerla y mejor que eso sabían también amar lo que la embellecía y reverenciar lo que la hacía preciosa.

Sus caballerescos heroísmos eran sancionados por su altiva dignidad y, una convencida meditación, añadiendo los resortes de la razón a las energías de la virtud consiguiendo



hacerse admirar de todas las edades, de todos los espíritus, y de sus mismos adversarios. Era una especie de sabiduría temeraria, de prudencia arriesgada, de fanatismo fatalista, cuya manifestación histórica más célebre y más señalada fue la expedición de Sobieski cuando salvó a Viena, y atacó con golpe mortal el imperio otomano, vencido al fin de esta larga lucha sostenida por una, y otra parte con tantas proezas, brillo y mutuas deferencias entre dos enemigos tan irreconciliables en sus combates como magnánimos en sus treguas.

Al escuchar alguna de las Polonasas de Chopín parece oírse la marcha, más que firme, pesada de hombres que afrontan con la audacia del valor todo lo que la suerte pudiera tener de injusta. Parece que se ve pasar a intervalos grupos magníficos, tales como los dibujaba Pablo Veronese; la imaginación los reviste de ricas vestiduras de tiempos pasados: brocados de oro, terciopelos, satenes rameados, cibelinas serpenteantes y blandas, mangas perdidas hacia la espalda, sables adamasquinados, ricos adornos, calzados rojo sangre o amarillo oro, ajustados cinturones de franjas onduladas: tocas severas, corsés cuajados de perlas, largas colas, peinados resplandecientes de rubíes o verdeantes de esmeraldas, zapatos pequeños bordados, guantes perfumados con bolsitas de harén. Estos grupos se destacaban sobre el fondo incoloro del tiempo desaparecido, rodeados de suntuosos tapices de Persia, de muebles afiligranados de Constantinopla, de toda la fastuosa prodigalidad de estos magnates que bebían de las fuentes de Tokay en sus vasos cincelados adornados con medallones y enjaezaban a sus corceles árabes con monturas de plata, realzando todos sus escudos de la misma corona que la elección podría hacer real y que haciéndoles despremiar cualquier otro título, la ostentaban como insignia de su gloriosa igualdad.

El carácter primitivo de la danza polonesa es bastante difícil de descubrir ahora, tanto ha degenerado según aquellos que la han visto ejecutar al comienzo de este siglo todavía. Se comprende hasta qué punto les ha llegado a parecer insulsa, al pensar que en su mayor parte las danzas nacionales no pueden conservar su originalidad primitiva, cuando los trajes que les eran propios están fuera de uso y que la polonesa, sobre todo, tan absolutamente desprovista de movimientos rápidos, de pasos verdaderos en el sentido coreográfico de la palabra, de poses difíciles y uniformes, la polonesa más bien inventada para desarrollar la ostentación que la seducción, debía pronto despojarse de su pomposa importancia, de su orgullosa suficiencia y cambiarse en paseo circular poco interesante desde que los hombres fueron privados de los accesorios necesarios para que sus gestos vieran animar por su juego y su pantomima la tan sencilla fórmula que hoy ha llegado a ser decididamente monótona. Difícil sería imaginar los numerosos incidentes y la mímica expresiva que se introducía en otro tiempo, sin los comentarios y los ejemplos de algunos viejos que llevan aún el antiguo atuendo polaco. Por una excepción bastante rara, esta danza estaba destinada principalmente para el lucimiento de los hombres, a poner en evidencia y hacer admirar su belleza, su buen porte, su airoso marcialidad cortés. ¿No definen estos dos términos el carácter polaco? La misma denominación de la danza es en su original de género masculino, y sólo por un mal entendido evidente se ha traducido en femenino.

Aquellos que no han vestido nunca el Kontusz antiguo, especie de Kaftan occidental, puesto que el traje de los orientales modificado por las costumbres de una vida activa poco sometida a las resignaciones fatalistas, especie de Feredgi, guarnecido algunas veces de pieles que obligaban a un gesto frecuente, susceptible de gracia y coquetería al echarse las mangas hacia atrás, los que no lo han vestido difícilmente podrían comprender los modales,

las lentas inclinaciones, los súbitos estiramientos, las finezas de muda pantomima usados por los antepasados mientras que desfilaban en una polonesa como si fuera una parada militar, no dejando ni un momento sus dedos quietos, sino ocupándolos, fuera en atusar sus largos bigotes o jugueteando con el puño de sus sables. El uno y el otro formaban parte integrante de su atuendo y servían como un objeto de vanidad para todas las edades. Los diamantes y los zafiros refulgían frecuentemente sobre el arma suspendida de los cinturones de cachemira o de las sedas brocadas en oro y plata que hacían destacar sus figuras casi siempre corpulentas; casi siempre los bigotes velaban sin esconder completamente alguna cicatriz, cuyo efecto sobrepasaba los de las más raras pedrerías. El lujo de las telas, de las alhajas, de los vivos colores, siendo lanzado tan lejos en los hombres como en las mujeres, estas piedras se agrupaban, tanto en las vestiduras húngaras, en botones, en sortijas, en broches de cuellos, en agujas de gorros de paño reluciente. El saber durante la polonesa, quitarse, volverse a poner y manejar este gorro con la naturalidad y la significación que pudiera darse a estos movimientos, constituía todo un arte, señalado principalmente en el caballero de la primera pareja, que, como guía de fila, daba la voz de mando a toda la compañía.

El señor de la casa era quien con esta danza abría el baile, no con la más bella ni la más joven, sino con la de mayor categoría de las señoras presentes; no era únicamente la juventud la que formaba el grupo, cuyas evoluciones comenzaban la fiesta como para ofrecer un agradable placer, una lucida revista de la misma. Después del dueño de la casa seguían las personas más considerables que, escogiendo los unos con amistad, los otros con diplomacia, éstos sus preferidas, aquéllos las de mayor influencia, seguían los pasos del primero. Éste habla de cumplir una misión menos fácil que hoy. Tenía que hacer recorrer al grupo alineado que conducía, mil rodeos caprichosos a través de todos los salones en donde se apiñaba el resto de los invitados que habían de seguir después el brillante cortejo. Se les permitía amablemente que permaneciesen hasta en las galerías más alejadas, hasta en los parterres de los jardines y entre sus boscajes, donde la música llegaba en ecos lejanos, pero que en cambio acogían con un redoblamiento de charanga su vuelta al salón principal. Cambiando así constantemente de espectadores que, alineados en fila a su paso, lo observaban minuciosamente; jamás descuidaban el dar a su porte y a su prestancia esta dignidad mezclada de gallardía que admiraban las mujeres y envidiaban los hombres. Vano y alegre al mismo tiempo hubiera creído faltar a sus huéspedes, no presentando ante sus ojos con una ingenuidad algo picaresca el orgullo que sentían al ver reunidos, en su casa tan ilustres amigos, tan notables partidarios, cuya preocupación al visitarle había sido la de vestirse bien para hacerle honor.

Atravesaban guiados por él en esta primera peregrinación por sitios insospechados, cuyo aspecto se preparaban de antemano para sorpresas y supercherías de arquitectura o decoración, cuyos ornamentos se adaptaban a la diversión del día y en que hacía los honores; se encerraban algunos momentos de circunstancias, algún homenaje al más valiente y a la más bella. Cuanto más había de imprevisto en estas pequeñas excursiones, más fantasía mostraban felices invenciones divertidas, y la parte juvenil de la sociedad aplaudía, hacía oír ruidosas aclamaciones y alegres risas agradables para el director, que ganaba así en reputación viniendo a resultar un corifeo privilegiado y un solicitado compañero. Si era ya hombre de cierta edad, recibía varias veces en la repetición de estas vueltas de exploración, comisiones de jóvenes muchachas que en nombre de todos se

acercaban a cumplimentarle y darle las gracias. Por sus ocurrencias, las jóvenes enviadas daban motivo a la curiosidad de los invitados y aumentaban el entusiasmo, con el cual se animaban para las polonesas subsiguientes, porque aquellos que no tomaban parte en esta comitiva aguardaban inmóviles su paso, como el de un cometa resplandeciente.

Para los asistentes de las tribunas, a los que no era menos indiferente asombrar en este país de aristocrática democracia, puesto que allí se colocaban los numerosos subordinados de grandes casas señoriales, todos nobles, alguna vez incluso más nobles que sus señores, pero demasiado pobres para sumarse a la fiesta, quienes por su sola voluntad únicamente podían excluirse, esta suma resplandeciente de una elegancia suntuosa, semejante a una larga serpiente de tornasolados anillos, lo mismo se desarrollaba en toda su longitud, como se replegaba para hacer brillar en sus contornos sinuosos un juego de los más variados matices y hacer sonar como cascabeles apagados las cadenas de oro, los pesados y soberbios damascos, los sables colgantes. Los murmullos de las voces se anunciaban de lejos, semejante a un alegre siseo, o bien se aproximaban como las olas murmurantes de esta corriente flamante.

Pero el genio de la hospitalidad que en Polonia parecía inspirarse tanto en las delicadezas que desarrolla la civilización como la simplicidad de las costumbres primitivas, no faltaba nunca a su alto decoro. ¿Cómo no habría de encontrarse en los detalles, de su más genuina danza? Después que el dueño de la casa había rendido homenaje a sus invitados inaugurando la fiesta, cada uno de sus huéspedes tenía el derecho de acudir a sustituirle cerca de su ama. Señalando con la mano primeramente para detener un instante el cortejo, se inclinaba delante de ella rogándola que le aceptase, mientras que aquel que la cedía hacía del mismo modo a la pareja siguiente, ejemplo que seguían todos. Las mujeres, cambiando de caballero cada vez que un nuevo reclamaba el honor de conducir la primera de entre ellas, quedaban, sin embargo, en la misma sucesión, mientras que los hombres relevándose constantemente llegaban a encontrarse los últimos, si no completamente excluidos, antes de su fin.

El caballero que se colocaba a la cabeza de la columna se esforzaba por sobrepasar a su predecesor por combinaciones inusitadas, por los circuitos que él le hacía describir, los cuales, limitados a un salón, podían hacerse notar más dibujando graciosos arabescos incluso cifras. Desarrollaba su arte y sus derechos según su cometido, imaginándolos juntos, complicados, inextricables, describiéndolos, sin embargo, con tanta justeza y seguridad que la cinta animada no se rompía jamás en su contorno, cruzándose en sus nudos no dando lugar a ninguna confusión. En cuanto a las mujeres y a aquellos que no tenían más que continuar el impulso ya dado, no les era permitido dejarse arrastrar indolentemente sobre el parquet. El paso era ritmado, cadencioso, ondulado, dando a todo el cuerpo un movimiento armonioso. No se cuidaban de avanzar con prisa, de desplazarse precipitadamente como impelidos por una necesidad. Se deslizaban, como los cisnes descenden por los ríos, como si las olas inadvertidas subiesen y bajasen los talles flexibles. El caballero ofrecía a su dama tanto una mano como la otra, apenas rozando la punta de sus dedos, a veces apretándola con toda la mano, pasaba a su izquierda o a su derecha, sin dejarla y sus movimientos iniciados por cada pareja se extendían como un estremecimiento de serpiente gigantesca. Aunque preocupado y en apariencia absorbido por estas múltiples maniobras, el caballero siempre encontraba el momento de inclinarse ante su dama y de

aprovechar los instantes favorables para deslizar a su oído dulces palabras si era joven, confidencias, solicitaciones, novedades interesantes, si ya no lo era. Después alzándose altivamente hacía sonar el acero de sus armas, se alisaba el bigote y daba a todos sus gestos una expresión que obligaba a la pareja a responder con inteligente discreción.

Así, pues, no era sencillamente un paseo trivial y desposeído de sentido lo que se hacía; era un desfile por el cual si nos atrevemos a decirlo, la sociedad entera pasaba y se complacía en su propia admiración viéndose tan noble, tan fastuosa y tan cortés. Era una constante exhibición de su lustre, de su celebridad, de sus glorias. Ahí, los hombres encanecidos en los campos o en las luchas de la elocuencia, los capitanes que habían llevado más veces la coraza guerrera que los atavíos de paz, los altos prelados y gente de Iglesia, los grandes dignatarios del Estado, los viejos senadores, los belicosos palatinos, los ambiciosos castellanos eran los danzarines esperados, deseados, disputados por las más jóvenes, las más brillantes, las menos graves en estas elecciones efímeras en que el honor y los honores igualaban los años y podían aventajar al mismo amor. Oyendo contar por aquellos que no habían querido dejar el zupan y el kontusz antiguos, cuya cabellera estaba rasurada por las sienes como la de sus antepasados, las evoluciones olvidadas y lo desaparecido de esta danza majestuosa, hemos comprendido hasta qué punto una nación tan orgullosa de sí misma tenía el instinto innato de la representación; hasta qué punto lo tenía por necesario y de qué manera por el genio de la gracia que la naturaleza le ha deparado, poetizaba este gusto ostentoso mezclando en él el reflejo de nobles sentimientos y el encanto de finas intenciones.

Cuando estuve en la patria de Chopín, cuyo recuerdo me acompañaba como un guía que excita el interés, tuve ocasión de encontrar alguna de esas individualidades que cada vez se encuentran menos, así la civilización europea, si no modifica el fondo de los caracteres nacionales, roba y lima al menos sus asperezas y formas exteriores; tuve la suerte de tratar de cerca alguno de estos hombres de inteligencia superior, cultivada, erudita y fuertemente ejercitada con una vida de acción, pero cuyo horizonte no se extendía más allá de los límites de su país, de su sociedad, de su literatura, de sus tradiciones. Pude entrever en el trato con ellos (que un intérprete hacía posible y facilitaba) en su manera de juzgar el fondo y las formas de las nuevas costumbres, algunas fuera de las pasadas y de lo que constituía su grandeza, su encanto y su debilidad. Esta originalidad inimitable de un punto de vista completamente exclusivo resulta curiosa para la observación. Sin considerar el valor de las opiniones sobre muchos puntos de vista, hay que reconocerles, sin embargo, un singular vigor espiritual, de un aire agudo y salvaje respecto a los intereses que le son preferidos, de una energía que nada puede distraer de su dirección, todo, excepto su fin, les es extraño, y por ello sólo puede, como un espejo fiel representar el cuadro exacto del pasado, conservándole su colorido, su verdadero ser y su cuadro pintoresco. Sólo así puede reflejar al mismo tiempo que el ritual de las costumbres que se van perdiendo, el espíritu que las había creado.

Chopín vino demasiado tarde y abandonó demasiado pronto sus lares para poseerla; pero había conocido numerosos ejemplos, y a través de los recuerdos que rodearan su infancia, mejor todavía, sin duda alguna, que a través de la historia y la poesía de su patria, encontró, por inducción, los secretos de sus antiguos prestigios, para hacerlos salir de su olvido y darles en sus cantos una eterna juventud. Igualmente como cada poeta es mejor

comprendido, mejor apreciado por los extraños que han pasado por los lugares que le inspiraron buscando el rastro de sus impresiones; como Píndaro y Ossian son más íntimamente comprendidos por aquellos que han visitado los vestigios del Partenón esclarecidos por las luminosidades de su límpida atmósfera, y los lugares de Escocia espesados de niebla, del mismo modo el sentimiento inspirador de Chopín no se revela completamente más que cuando se ha visitado su país, cuando se ha visto la huella de pasados siglos, cuando se ha seguido los contornos agrandados como esos de la noche en que se ha encontrado este fantasma de gloria, aparecido inquieto que visita su patrimonio, que se presenta para asustar o entristecer los corazones cuando menos se piensa y que, surgiendo a las consejas y rememoraciones de pasados tiempos, llevan consigo un espanto semejante al que produce entre los campesinos de Ucrania, la bella virgen, blanca como la muerte y ceñida con un velo rojo que se percibe, según dicen ellos, señalando con una mancha de sangre la puerta de los lugares de que se apropia la destrucción.

Durante largos siglos ha formado Polonia un Estado, cuya gran civilización, completamente autóctona, no se asemejaba a ninguna otra y debía permanecer única en su género. Tan diferente de la organización feudal de Alemania, su vecina de occidente, como del espíritu conquistador de los turcos, que no cesaban de inquietar sus fronteras orientales, se aproximaba, sin embargo, a Europa por un cristianismo caballeroso, un igual ardor en combatir a los infieles, y recibía de los maestros bizantinos las enseñanzas de su política sagaz, de su táctica militar y de sus discursos sentenciosos, fundando sus elementos heterogéneos en una sociedad que se asimilaba las causas de ruina y de decadencia, al mismo tiempo que las cualidades heroicas del fanatismo musulmán y las sublimes virtudes de la santidad cristiana. La cultura general de la literatura latina, el conocimiento y el gusto de las literaturas italiana y francesa recubrían estos extraños contrastes de un lustre y un barniz clásico. Esta civilización daba necesariamente un sello distintivo a sus más pequeñas manifestaciones. No muy propicios a libros de caballería como a los torneos y asaltos de armas, según era natural en una nación en perpetua guerra, que reservaba para el enemigo sus proezas de valor y reemplazaba los juegos y los esplendores de los torneos por otras fiestas, cuyos suntuosos cortejos constituían los ornamentos principales.

No hay nada que decir seguramente, sino que en sus danzas nacionales se manifiesta toda una parte del carácter popular. Pero nosotros creemos que hay pocos en los cuales, como en la polonesa, baje tan gran sencillez de contorno se manifiesten los impulsos que la han originado traduciéndose tan perfectamente en su conjunto y descubriéndose con tal diversidad por los episodios que a cada cual estaban reservados para llevarlos al cuadro general. Cuando estos episodios hubieron desaparecido, cesando la inspiración momentánea de modo que nadie imaginaba un papel para sus cortos intermedios, contentándose con cumplir maquinalmente los obligatorios pasos por un salón, no quedó más que los esqueletos de las solemnidades antiguas.

Hubiéramos vacilado ciertamente en hablar de la polonesa, después de los hermosos versos que Mickiewicz le consagró y la admirable descripción que hizo en su último canto de Pan Tadeusz, si esta referencia no estuviera contenida en una obra que todavía no se ha traducido y que sólo es conocida por los compatriotas del poeta. Hubiera sido temerario abordar, incluso en otra forma, un tema dibujado y coloreado ya por tal pincel, en esta epopeya familiar, este canto épico, en que las bellezas del orden más elevado se encuadran

en un paisaje como los pintaba Ruysdaël, cuando hacía lucir un rayo de sol entre dos nubes de tormenta sobre uno de esos árboles que raramente faltaban de sus lienzos, sobre un abedul destrozado por el rayo y cuya llaga abierta parece enrojecer de sangre su blanca corteza. La acción de Pan Tadeusz tiene lugar al comienzo de nuestro siglo, cuando se encontraban todavía muchos de aquellos que representaban los sentimientos y las maneras solemnes propias de los antiguos polacos y algunos otros que ya estaban bajo el imperio de graciosas y vertiginosas pasiones de origen moderno: tipos brillantes contrastando con esta época que invadida por el convencionalismo que forma la alta sociedad de todas las capitales y todas las comarcas, hizo rápidamente desaparecer. Chopín se inspiró ciertamente muchas veces de este poema, cuyas escenas dan tanta ocasión a la descripción de las emociones que con preferencia reproduce.

La música primitiva de las polonesas, de la que no se ha conservado medida que remonte más allá de un siglo, tiene poco aprecio para el arte. Aquellas que no llevan nombre de autor alguno, pero que llevan, sin embargo, nombres de héroes que indican la fecha, son en su mayor parte graves y dulces. La polonesa llamada de Kosciuszko, es el modelo más generalizado; está de tal manera ligada a la manera de su época, que hemos visto mujeres que al oírla prorrumpían en sollozos por los recuerdos que les sugería. La princesa F. L..., que había sido amada de Kosciuszko, sólo se emocionaba en sus últimos días, después que la edad había debilitado todas sus facultades, con estos acordes que sus manos temblorosas pulsaban todavía sobre el teclado, que sus ojos casi no percibían. Algunas otras de estas músicas contemporáneas son de un carácter tan triste que se las tomaría por rotas de un cortejo fúnebre.

Las polonesas del conde Oginski, aparecidas inmediatamente, adquirieron pronto una gran popularidad que impregnó de languidez esta vena lúgubre. Resintiéndose todavía de esta sombría coloración, la modifican por una ternura de un encanto ingenuo y melancólico. El ritmo decae, la modulación aparece como si el cortejo, de solemne y ruidoso como era antes se transformara en silencioso y recogido al pasar junto a las tumbas, cuya proximidad apaga el orgullo y la risa. Sólo el amor sobrevive vagando sobre estos contornos, repitiendo el refrán que el bardo de la Verde Erín sorprende a las brisas de su isla.

Love born of sorrow, like sorrow, is true!

¡El amor del dolor es verdadero como él!

En las páginas tan conocidas de Oginski parece oírse siempre algún dístico de un pensamiento análogo que vuela entre dos hálitos amorosos haciéndose adivinar en los ojos bañados de lágrimas.

Después las tumbas se quedan atrás; se alejan y sólo se perciben de lejos. La vida, la animación vuelve; las impresiones dolorosas se truecan en recuerdo y sólo vuelven en ecos, la imaginación ya no evoca sombras, deslizándose con precaución como para no despertar a los muertos de la víspera... y ya en las polonesas de Lipinski, se siente que el corazón late alegremente... aturdido... como había latido antes de la pérdida. La melodía se dibuja cada vez más esparciendo un perfume de juventud y de amor primaveral. Se expande en un canto expresivo, a veces soñador; no habla sino a los corazones juveniles; sufre de poéticas

ficciones, no está destinada a medir los pasos de altos y elevados y graves personajes que sólo intervienen poco en ellas; se dirigen a las imaginaciones novelescas, vivas, más ocupadas en placeres que en esplendores. Meyseder avanzó en esta pendiente para alcanzar la coquetería más bulliciosa, la más encantadora animación del concierto. Sus imitadores nos han sumergido en piezas de música tituladas polonesas, pero que no tenían ningún carácter que justificase tal nombre.

Un hombre de genio les devolvió repentinamente su vigoroso brillo. Weber hizo de la polonesa un ditirambo, en que se encontraron de repente todas las magnificencias desaparecidas, y sus brillantes despliegues. Para darnos el pasado en una fórmula cuyos sentidos estaban tan alterados, acopió los recursos diversos de su arte y, sin el intento de recordar lo que debía ser la música antigua, transportó en ella todo lo que era de la antigua polonesa. Acentuó el ritmo, se sirvió de la melodía como de un recitado y por la modulación le dio colorido con una profusión que el argumento no sólo llevaba sino que lo reclamaba imperiosamente. Hizo circular por la polonesa la vida, el calor, la pasión sin apartarse de la actitud altiva, de la dignidad ceremoniosamente magistral, de la majestad natural y severa a la vez que le son inherentes. Las cadencias fueron marcadas por acordes semejantes al ruido de los sables al desenvainarlos. El murmullo de las voces, en lugar de hacer oír tenues diálogos de amor, hizo resonar notas bajas, llenas y profundas, como aquellas de los pechos habituados a mandar, a los cuales responden los relinchos fogosos y lejanos de esos caballos del desierto de tan nobles y elegantes cuellos, piafando con impaciencia, mirando con ojos dulces, inteligentes y llenos de fuego y llevando con tanta gracia su montura bordada de turquesas o de rubíes de los que las recargaban los grandes señores polacos. ¿Weber conocía la Polonia de otros tiempos?... ¿Había evocado, un cuadro, ya contemplado para determinar así el ambiente? ¡Preguntas ociosas! ¿No tiene el genio sus propias intuiciones, y no revela la poesía siempre lo que es de su dominio?

La imaginación ardiente y nerviosa de Weber, al atacar sus asuntos expresaba con todo su jugo cuanto contenían de poesía apoderándose como dueño tan absoluto, que se hacía difícil abordarlo después que él con la esperanza de alcanzar los mismos efectos. Sin embargo, Chopín lo sobrepasó en inspiración, tanto por el número y la variedad de sus escritos de este género, como por su teclado más emotivo y sus nuevos procedimientos de armonía. Sus polonesas en la y en la bemol mayor se aproximan sobre todo a aquella de Weber en mi mayor por la naturaleza de su aliento y de su aspecto. En otras abandonó esta manera amplia. Ha tratado este tema de modo diferente. ¿Diríamos que con más fortuna siempre? El juicio es cosa espinosa en semejante materia. ¿Cómo restringir el derecho del poeta sobre las diversas fases de su asunto? ¿No le sería permitido ser sombrío y oprimido en medio de las mismas alegrías? ¿Cantar el dolor después de haber cantado la gloria? ¿Apiadarse con los vencidos en duelo después de haber repetido los acentos de la prosperidad? Sin duda alguna, no es ésta una de las menores superioridades de Chopín la de haber abarcado consecutivamente todos los afectos, bajo los cuales podía presentarse este tema, de hacer surgir todo lo que tiene de brillante, como todo aquello que puede prestarle tristeza. Las fases por que pasaban sus propios sentimientos, han contribuido a ofrecerle estos múltiples puntos de vista y se pueden seguir sus transformaciones, su dolor frecuente, en la serie de estas producciones especiales, sin dejar de admirar la fecundidad de su verbo incluso cuando no se prestaba a lo más personal de su inspiración. No siempre se ha detenido en el conjunto de los cuadros que le presentaba su imaginación y su recuerdo. Más

de una vez contemplando los grupos de la masa brillante que desfilaba delante de él, se ha encaprichado con alguna figura aislada; ha sido detenido por la magia de su mirada; se ha complacido en adivinar las misteriosas revelaciones y sólo a cantado para ella.

La gran polonesa en fa sostenido menor ha de ser clasificada entre las más enérgicas creaciones. Ha intercalado una Mazurca, innovación que hubiera podido resultar un ingenioso capricho de baile, si no hubiera como espantado a la moda frívola al emplearla de tan extraña manera en una fantástica evocación. Se diría el comentario de un sueño tenido tras una noche de insomnio, al apuntar los primeros rayos de una aurora e invierno apagado y gris, poemático ensueño en el que se suceden las impresiones y los objetos con extremas incoherencias y extrañas transiciones, como aquellos que Byron cuenta en su poema titulado A Dream:

«...Dreams in their development have breath,  
And tears, and tortures, and the touch of joy;  
They have a weight upon our waking thoughts,  
.....  
And look like heralds of Eternity.»

El motivo principal es de un aire siniestro, como la hora que precede al huracán; el oído cree percibir interjecciones exasperadas, un desafío lanzado a todos los elementos. De pronto, la vuelta a una tónica, al comienzo de cada medida, hace oír estallidos de cañón repetidos como una batalla vivamente librada a lo lejos. A continuación de esta nota, se suceden medida por medida acordes extraños. No conocemos entre los más grandes autores nada análogo, y de tan percibido efecto como produce este pasaje, que se interrumpe bruscamente por una escena campestre, por una mazurca de un estilo idílico, que se diría exhala los olores del espliego y de la mejorana, pero que, lejos de borrar el recuerdo del profundo y desgraciado sentimiento que oprime al mundo, aumenta, al contrario, por su irónico y amargo contraste, las penosas emociones del oyente y hasta el punto que casi se siente aliviado cuando vuelve la primera frase y se encuentra con el imponente y entristecedor espectáculo de una lucha fatal, sostenida al menos por la importuna oposición de una dicha ingenua y falta de gloria. Esta improvisación se termina como un sueño, sin otra conclusión que un sombrío rumor, que deja el alma bajo el imperio de una impresión única y dominante.

En la polonesa fantasía, que pertenece ya al último período de las obras de Chopín, aquellas que están denominadas por una ansiedad febril, no se encuentra ningún rasgo atrevido y luminoso; ya no se escuchan los pasos alegres de una caballería familiarizada con la victoria, los cantos que no ahogan temor de derrota, las palabras que revelan la audacia propia de los vencedores. Predomina una tristeza elegíaca, entrecortada por movimientos azorados, melancólicas sonrisas, insospechados sobresaltos, reposos llenos de intranquilidad, como aquellos que temen una repentina emboscada, que no ven ninguna esperanza en el vasto horizonte, a quienes la desesperación se les ha subido a la cabeza como un largo trago de ese vino de Chipre, que da una rapidez más instintiva a todos los gestos, un punto más acerado a todas las palabras, una chispa más ardiente a todas las emociones, y que hace llegar el espíritu a un diapasón de irritabilidad lindante al delirio.



Pinturas poco favorables al arte como todas las de los momentos extremados, de todas las agonías, de los estertores y de las contracciones en que los músculos pierden toda su vitalidad y en que los nervios, cesando «de ser los organismos de la voluntad, reducen al hombre a no ser más que la presa pasiva del dolor. Aspectos deplorables que el artista no puede admitir con ventaja para su dominio sino con una extrema circunspección.

### Mazurcas

Las mazurcas de Chopín difieren notablemente de sus polonesas en lo que concierne a la expresión. El carácter no tiene semejanza alguna. Es otro medio en el cual los matices delicados, difuminados y cambiantes sustituyen al rico y vigoroso colorido. La impresión puramente individual, constantemente diferenciada, sucede aquí al impulso único y concordante de todo un pueblo. El elemento femenino (y afeminado), en lugar de quedar apartado en una penumbra algo misteriosa, luce en primera línea y adquiere, incluso en primer plano, una importancia tan grande que los otros desaparecen para dejarle lugar, o al menos no le sirven más que de acompañamiento. Ya no son aquellos tiempos en que para decir que una mujer era encantadora se la llamaba reconocida (*wdzieczna*); en que la palabra encanto derivaba de la gratitud (*wdzięki*). La mujer ya no aparecía como protegida sino como reina: no parecía ser sólo la mejor parte de la vida, era la vida entera. El hombre es ardiente, orgulloso, presuntuoso, pero entregado a los vértigos del placer. Sin embargo, ese placer no cesa jamás de ser mezclado de melancolía. Los aires nacionales modulan estos dos tonos en la música y en las palabras, que van casi siempre unidas. Ambas reproducen esta oposición de un efecto extraño y atrayente, causado, en la realidad, por esta necesidad de alegrar el espíritu (*Cieszycbide*), que incita a buscar un aturdimiento encantador en las gracias de la mazurca y en sus furtivas ficciones. Las palabras cantadas en su melodía tienen, además, el privilegio de aliarse más íntimamente que otros aires de danza a la vida de los recuerdos. Voces frescas y sonoras las han repetido muchas veces en la soledad, en las horas matinales, en los alegres placeres. ¿No han sido tarareadas en los viajes, en los bosques, en una barca, en los instantes en que inopinadamente nos sorprende la emoción, cuando un encuentro, un cuadro, una palabra inesperada viene a iluminar de un brillo imperecedero a nuestro corazón, horas destinadas a centellear en nuestra memoria, a través de los más lejanos años y las más sombrías regiones del porvenir?

Chopín se apoderó de estas inspiraciones con rara fortuna, para añadirles todo el valor de su trabajo y de su estilo. Tallándolas en mil facetas ha descubierto todas las luces escondidas en estos diamantes; reuniendo hasta la última partícula los ha montado en rutilantes aderezos. ¿De qué otra manera hubieran sido más facilitados o mejor ambientados sus recuerdos personales sirviéndole para crear poemas, fijar escenas, describir episodios, desarrollar motivos que han de resonar más allá del suelo en que se formaron y pertenecer desde entonces a esos tipos idealizados que el arte consagra en su reino y su lustre resplandeciente?

Para comprender de qué manera resultaba apropiado este cuadro a los sentimientos que Chopín ha sabido dar con un teclado irisado, es preciso haber visto bailar la mazurca en Polonia; únicamente allí se puede recoger lo que esta danza encierra de altivo, tierno,

provocador. El hombre elegido por su pareja se apodera de ella como de una conquista que le enorgullece y la hace admirar a sus rivales antes de llevarla en un abrazo efusivo y voluptuoso, a través del cual se advierte todavía la expresión despectiva del vencedor y la vanidad tímida de aquella cuya belleza logra la gloria de su triunfo. Pocos espectáculos son tan atrayentes como este de un baile de aquel país, cuando la mazurca, una vez comenzada, lejos de ofuscar la atención por la multitud de personas que se cruzan en sentidos diversos, no se fija más que en una sola pareja de igual belleza lanzándose en el espacio. El caballero acentúa entonces sus pasos como para un desafío, abandonando por un instante su pareja, para contemplarla mejor, vuelve a cogerla con apasionamiento, o bien da vueltas sobre sí mismo como loco de alegría y atacado de vértigo. Algunas veces dos de éstas salen al mismo tiempo y los hombres cambian de pareja, y también ocurre que entra un tercero batiendo las manos para quitar alguna de ellas a su caballero. Entonces las reinas de la fiesta son reclamadas sucesivamente por los jóvenes más brillantes, que solicitan el honor de darles la mano.

Mientras que el vals y el galop aíslan a los bailarines y no ofrecen más que un cuadro confuso a los concurrentes; mientras que la contradanza es una especie de asalto al florete, en el que se ataca y se defiende con la misma indiferencia, en que se despliegan gracias negligentes a las cuales sólo responden con indolentes galanteos; mientras que la vivacidad de la polca, encantadora -convenimos en ello-, resulta bastante equívoca; que los fandangos, las tarantelas, los minuetos, son pequeños dramas amorosos de caracteres diversos, que no interesan más que a los ejecutantes, en los cuales el hombre no tiene por objeto sino el de realzar el valor de la mujer, y el público no tiene más papel que el de seguir bastante indiferente las coqueterías cuya obligada pantomima no les es dedicada: en la mazurca, por el contrario, es también parte y el papel del hombre no cede en importancia ni en gracia al de su pareja.

Los largos intervalos que separan la aparición sucesiva de las parejas, son aprovechados para la conversación, y cuando les llega su turno pasa de ellos al público. Ante éste se muestra el hombre envanecido de la que ha conseguido obtener preferencia; a él debe ella rendirle homenaje y pretender complacerle, puesto que son sus sufragios los que, reflejando sobre su caballero, resultan para él la más halagadora de las coqueterías. En el último instante ella parece entregárselos a él con entusiasmo lanzándose en sus brazos para reposar, movimiento susceptible, más que los anteriores, de mil matices, que saben darle la benevolencia y dedicación femenina después del ímpetu apasionado hasta el más descuidado abandono.

¡Cuántos momentos diferentes también durante las vueltas en el salón de baile! Comenzando primero con una especie de vacilación tímida, la mujer se balancea como el pájaro que va a emprender su vuelo; deslizándose algún tiempo con un solo pie, corta, como una patinadora el hielo, el parquet del salón; después corre como una niña y toma de repente todo su ímpetu. Sus párpados se abren entonces y cual una divina cazadora, la frente alta, el seno palpitante, los saltos elásticos, cruza el aire como la barca cruza las ondas pareciendo jugar con el espacio. Vuelve en seguida su coqueta marcha, se fija en los espectadores, envía algunas sonrisas, algunas palabras a los más favorecidos, tiende sus bellos brazos al caballero que viene a recogerla y empieza de nuevo sus pasos nerviosos, que la transportan con una rapidez prodigiosa de un extremo al otro del salón. Se desliza,

corre, vuela; el cansancio colora sus mejillas, ilumina su mirada, inclina su talle, aminora su marcha hasta que fatigosa, agotada, se desploma muellemente y cae en los brazos de su pareja, que cogiéndola con mano vigorosa la suspende durante unos instantes en el aire antes de terminar la embriagadora danza.

Las más diversas figuras llegan para variar esta carrera triunfal que nos da alguna Atalante tan bella cual la soñaba Ovidio. En una primera cadena comienzan por darse la mano todas las parejas, y alineándose en un gran círculo cuyo corto movimiento nubla la vista, traza una corona en la que cada mujer es una sola flor de su especie, y en que, semejante a un negro follaje, los trajes uniformes de los hombres relevan los colores variados. Todos juntos se lanzan en seguida con una centelleante animación y una celosa rivalidad, desfilando ante los espectadores como una revista, cuya conmemoración no cedería en interés a aquellas, que Homero y el Tasso hacen de sus armadas prontas a formar en frente de batalla. Al cabo de una hora o dos se reforma el mismo círculo para terminar la danza y los días en que la diversión y el placer esparcen entre todos una exaltada alegría, que crepita como un fuego de sarmiento en tan impresionables organizaciones, se repite de nuevo la última pasada general, cuya acelerada marcha no permite suponer la menor sospecha de cansancio ni en las mujeres más delicadas, como si sus miembros poseyesen las obedientes e infatigables ligerezas del acero (sic).

Todas las mujeres tienen en Polonia, por un don innato, la mágica ciencia de esta danza. Las menos felizmente dotadas aciertan a encontrar atractivos improvisados. La timidez y la modestia vienen a ser ventajas tanto como la majestad de aquellas que no ignoran ser las más envidiadas. ¿No es así, por lo mismo, que tal danza es entre todas la más castamente amorosa? Los que la bailan no se abstraen del público sino que dirigiéndose a él le dan un sentido en el que reina una mezcla de ternura íntima y de mutua vanidad, tan llena de decoro como de atractivo.

Chopin ha extraído lo desconocido de la poesía, que sólo estaba indicado en los temas originales de las mazurcas polonesas. Conservando su ritmo ha ennoblecido la melodía, engrandecido las proporciones e intercalado claroscuros armónicos tan nuevos como los motivos a los cuales los adaptaba, para plasmar en tales producciones, que amaba, hasta hacernos ver en ellos cuadros de caballete, las innumerables emociones tan diversas que agitan los corazones mientras que dura la danza y sobre todos estos largos intervalos en que el caballero tiene derecho a un sitio junto a su dama que no abandona.

Coquetería, vanidades, fantasías, inclinaciones, elegías, pasiones e iniciaciones sentimentales, conquistas de las que puede depender el bienestar y la complacencia de otro, todo se encuentra. Pero cuánta equivocación supone el hacerse una idea completa de los infinitos grados sobre los cuales se detiene la pasión, o en cuáles alcanza su marcha ascendente recorrida en más o menos tiempo, con tanto abandono como malicia, en este país en que reina la mazurca desde los palacios hasta las chozas: en este país en que las cualidades y los defectos propios de la nación son tan caprichosamente distribuidos que, siendo en su esencia los mismos poco más o menos en todo, varían y se diferencian de una manera tan inopinada en sus mezclas que a menudo llegan a ser desconocidas. Así resulta una diversidad excesiva en los caracteres caprichosamente amalgamados, lo que añade a la curiosidad un acicate que no tiene en otras partes, hace de cada nueva relación una picante

investigación, y presta significación a los menores incidentes. No hay aquí nada indiferente, nada inadvertido y nada trivial. Los contrastes se multiplican entre estas naturalezas de una movilidad constante en sus impresiones, de un espíritu fino, penetrante y siempre despierto, de una sensibilidad que alimentan las desgracias y los sufrimientos, viniendo a traer días inesperados sobre los corazones, como luces de incendio en la oscuridad. En este país, además, el azar puede acercar estrechamente a aquellos que la víspera eran extraños. La experiencia de un minuto o de una palabra separa corazones largo tiempo unidos; las confianzas repentinas aquí son forzadas e incurables desconfianzas llevadas en secreto. Según la frase de una mujer espiritual: «Se representa con frecuencia la comedia, para evitar la tragedia». Sin cesar se hace oír lo que no se quisiera haber pronunciado. Las generalidades sirven para acerar la interrogación disimulándola, y dan lugar a las respuestas más evasivas como se escucharía el sonido producido por un objeto para reconocer el metal. Se aboga por otro en apariencia cuando uno mismo es el que está en causa y las adulaciones pueden no ser otra cosa más que exigencias disimuladas.

Además, una atención tan incesantemente forzada, acabando por abrumar la natural expansión, una ligereza cansada y sorprendente antes de que se haya aclarado la indiferencia desesperanzada se alía como para ironizarla, a las más espirituales finezas, la existencia de los más justos pesares, a su más poético sentimiento. Pero escapa a las espontáneas y fáciles apreciaciones, siendo tanto real como aparente, y reservándose extrañas réplicas, que la hacen tomar, con razón o sin ella, por una especie de velo tupido, que bastaría rasgarlo para descubrir más de una calidad distinta y extraña bajo sus pliegues. De esta suerte resulta que la elocuencia no es más que jugar con fuego, que hace caer el falso brillo como una rueda de fuegos artificiales, sin que el calor del discurso tenga nada de serio, así como otras veces bromas dichas por descuido resultan tristemente serias. Las alegrías intempestivas siguen de cerca a los recogimientos ásperos e indómitos y nada queda absolutamente superficial, aunque nada tampoco quede exento de un barniz artificial. Allí, pues, donde la compensación es, un arte ejercitado en su más alto grado y que absorbe una enorme parte de tiempo de todo el mundo, hay pocos que no dejen a cada uno el cuidado de discernir en los propósitos alegres o tristes que oyen al detalle a un personaje, el cual puede pasar en un minuto de la risa al dolor, haciendo igualmente difícil el reconocer la sinceridad en uno u otro caso.

En estos fugaces estados de ánimo, las ideas, como los bancos de arena movibles de ciertos mares, raramente son encontradas en el mismo lugar en que se las dejó. Eso solo bastaría para prestar un relieve particular a las conversaciones más insignificantes, como nos lo han demostrado algunos hombres de esta nación, que se han hecho admirar de la sociedad parisiense por su maravilloso talento en esgrimir la paradoja, en la cual todo polaco es más o menos hábil, según que tenga más o menos interés o agrado en cultivarla. Pero este inimitable verbo que les impele a cambiar constantemente la apariencia, la verdad y la ficción, a disminuirla siempre disfrazada la una en la otra, como piedras de toque tanto más seguras cuanto menos sospechadas son: este verbo que en las más miserables ocasiones derrocha con una prodigalidad desenfrenada un prodigioso espíritu, como Gil Blas empleaba para encontrar el medio de vivir un solo día tanta inteligencia, como la que el rey de España necesitaba para gobernar sus reinos; este ingenio impresiona tan penosamente como los juegos en que la maestría inusitada de los famosos ilusionistas indios hace volar y resplandecer en los aires una cantidad de armas afiladas y cortantes que,

al menor descuido, resultarían instrumentos de muerte. Alternativamente ocultan o llevan la ansiedad, la angustia, el temor, cuando posiciones complicadas pueden encontrar un peligro en toda imprudencia, en toda inadvertencia, en toda inconsecuencia y en cualquier individuo oscuro y olvidado una poderosa ayuda. Puede surgir un interés dramático en las más indiferentes entrevistas y dar instantáneamente las facetas menos previstas a toda relación. Flota sobre las menores de ellas una vaga incertidumbre que no permite nunca fijar los contornos, definir las líneas, reconocer la exacta y futura valoración, lo que las hace a todas complejas, indefinibles, inaprensibles, a la vez impregnadas de un culto y vago terror, de una insinuante adulación, ingeniosa para rejuvenecerse, de una simpatía que quisiera a menudo escapar a estas presiones; triples móviles que se entrelazan en los corazones con confusión de sentimientos patrióticos, vanos y amorosos.

Al igual, ¿qué emociones se concentran en las fortuitas aproximaciones a que lleva la mazurca, que rodea de prestigio las menores veleidades del corazón, y hacen hablar a la imaginación las más rápidas, las más fútiles, los más distantes encuentros! ¿Y cómo podría ser de otro modo en presencia de mujeres que dan a la mazurca esta inimitable suavidad que en los demás países en vano se esfuerzan en conseguir? ¿Por que no son incomparables las mujeres eslavas?; hay entre ellas algunas cuyas cualidades y virtudes son tan absolutas que las hacen semejantes a todos los siglos y a todos los países; pero tales apariciones son raras siempre y en todas partes. Para la mayoría es una originalidad llena de variedad que les distingue. Mitad almea, mitad parisiense, habiendo quizá conservado de madre a hija el secreto de los filtros ardientes que poseen los serrallos, seducen por languideces asiáticas, llamas de huríes en los ojos, indolencias de sultana, revelaciones de ternuras indecibles, gestos que acarician sin enardecer, movimientos cuya lentitud embriaga, posturas deprimidas que destilan un fluido magnético. Seducen por esta ligereza de talle que no conoce la cortedad y que la etiqueta no llega jamás a remontar; por estas inflexiones de voz que destrozan y hacen brotar lágrimas de lo más profundo del corazón; por estos repentinos impulsos que recuerdan la espontaneidad de la gacela. Además, inteligentes, instruidas, comprendiendo con rapidez, hábiles para servir de lo que saben, extrañamente dispuestas a la adivinación de los caracteres, son, sin embargo, supersticiosas y delicadas como las bellas e ignorantes criaturas a las que adora el profeta árabe. Generosas, intrépidas, entusiastas, de una piedad exaltada, amando el peligro y amando el amor, en el cual piden mucho y dan poco, son, sobre todo, apasionadas de renombre, y de gloria. Gustan del heroísmo; quizá no se encuentre ninguna que temiera pagar demasiado caro una acción brillante, y, sin embargo, digámoslo con un piadoso respeto, muchas de ellas, misteriosamente sublimes, dedican a la oscuridad sus más bellos sacrificios, sus más santas virtudes. Pero por ejemplares que sean los méritos de su vida doméstica, jamás, mientras que dura su juventud (que es tan larga como prematura), ni las miserias de la vida íntima, ni los secretos dolores que destrozan estas almas demasiado ardientes para no ser más frecuentemente heridas, abaten la maravillosa vivacidad de sus emociones, que saben comunicar con la infalibilidad de la chispa eléctrica. Discretas por naturaleza y posición, manejan con una increíble destreza el arma del disimulo; sondan las almas ajenas y no dan, en cambio, sus propios secretos. A mentido callan las más nobles, con esa soberbia que ni siquiera se digna mostrarse. El desdén interior que tienen hacía aquellos que no las adivinan, les asegura esa superioridad que las hace reinar con tanto arte sobre todos los corazones que ellas saben embrujar, adular, domeñar, adherirse y que dominan hasta el día en que apasionándose con toda su alma, saben también compartir y desafiar la muerte, el

destierro, la prisión, las penas más crueles, siempre fieles, siempre tiernas, inalterablemente entregadas siempre.

Conjunto irresistible que fascina y honra y que Balzac ha esquematizado en líneas de antítesis, encerrando los más preciosos inciensos dirigidos a esta «hija de una tierra extranjera, ángel por el amor, demonio por la fantasía, niña por la fe, vieja por la experiencia, hombre por el cerebro, mujer por el corazón, gigante por la esperanza, madre por el dolor y poeta por su sueño.»

Los homenajes que las polacas han inspirado siempre fueron fervorosos, porque todas ellas tienen una poética comprensión de un ideal que hacen brillantar en su trato, como una imagen que pasara incesantemente por un espejo invitando siempre a alcanzarla. Despreciando el insípido placer demasiado fácil de gustar solamente, querrían el de hacerse admirar de aquellos que las aman; novelesco alimento de sus deseos, que van alternativamente en ocasiones desde la vida mundana y el claustro, en que pocas de ellas no hayan pensado amargamente algunas veces en refugiarse.

En donde semejantes mujeres son soberanas, ¿qué febriles palabras, qué desesperaciones, qué esperanzas, qué ilusiones, qué embriagadores encantos no se habrán sucedido en las cadencias de estas mazurcas que vibran cada una en el recuerdo de toda polaca, como el eco de alguna pasión desvanecida, o de alguna declaración sentimental? ¿Cuál será aquella que no haya terminado una mazurca con las mejillas más encendidas de emoción que de cansancio? ¿Qué de lazos inesperados, formados en los largos bis a bis, en medio del gentío, al son de una música que hace revivir ordinariamente algún nombre guerrero, algún recuerdo histórico unido a las palabras y ligado para siempre a la melodía? ¿Qué de promesas se cruzan, qué de adioses difíciles se han dicho! ¿Cuántos amores empezaron y terminaron la misma noche entre aquellos que, no habiéndose visto jamás, no habrían de volverse a ver y no podrían olvidarse! ¿Qué tristes afecciones, no pudieron revelarse más que en estos instantes únicos, en que el mundo admira la belleza más que la riqueza, la bella fisonomía más que el rango! ¿Qué de destinos desunidos por la riqueza y el rango no pudieron aproximarse más que en estos encuentros periódicos, brillantes de triunfo y de alegrías ocultas! ¿Qué de diálogos insinuados con despreocupación, prolongados con ironía, interrumpidos con emoción y continuados con palabras sobreentendidas, en las que se pone de manifiesto la finura y delicadeza esclavas, han llegado a profundos vínculos! ¿Qué de confianzas han sido esparcidas en los pliegues desarrollados de esta franqueza que va de desconocido a desconocido, cuando se está libre de la tiranía de los cumplidos obligados! ¿Qué de palabras engañosas y burlonas, qué de votos, qué de deseos, qué de vagas esperanzas fueron negligentemente echadas al viento, como el pañuelo de la bailarina en la mazurca... y que no han sido recogidos por los torpes!

Ya hemos dicho que quizá sea necesario conocer de cerca a los compatriotas de Chopín para tener la intención de los sentimientos inherentes a sus mazurcas, como en muchas de sus otras composiciones. Casi todas están llenas de este mismo vaho amoroso que planea como un fluido ambiente a través de sus preludios, sus nocturnos, sus in promptus, en que se trazan una a una todas las fases de la pasión: señuelos encantadores de la coquetería; uniones insensibles de las inclinaciones; caprichosos festones que dibuja la fantasía; mortales depresiones de alegrías descoloridas que nacen moribundas, flores de luto como

esas rosas negras que entristecen por el mismo perfume de los pétalos, que el menor aliento hace caer de sus frágiles tallos; luces sin reflejos que alumbran las vanidades engañosas, semejantes al brillo de ciertos bosques muertos que relucen en la oscuridad; placeres sin pasado ni porvenir, encantados en los casuales encuentros; ilusiones, gustos inexplicables, tentadores a la aventura, como esos sabores agrídulces de los frutos inmaduros que gustan a pesar de su acidez; conatos de sentimientos cuya gama es interminable y a los cuales presta una real poesía la nativa elevación, la belleza, la distinción, la elegancia de aquellos que las experimentan.

En la mayor parte de las baladas, valeses, estudios, de Chopín, lo mismo que en las piezas que acabamos de citar, se contiene perfumada la memoria de una de estas fugitivas poesías que él idealiza algunas veces hasta llegar a las fibras tan tenues y delicadas que no parecen propias de nuestra naturaleza sino próximas al mundo alado y develarnos las indiscretas confidencias de Titania, de Arieles, de la reina Mab, de todos los genios del aire, del agua y de las llamas, sujetos, ellos también, a las más amargas decepciones y a los más insoportables hastíos.

Tanto son estas piezas fantásticas y alegres como los pataleos de algunas sílfides amorosamente contrariadas; tanto, aterciopelada y tornasolada como la piel de una salamandra; tanto profundamente desalentadas, como almas en pena que no encuentran las caritativas oraciones necesarias para su salvación. Otras veces se impregnan de una desesperanza tan gris, tan inconsolable, que se creyera seguir una tragedia de Byron y contemplar el abatimiento supremo de Jacobo Foscari no pudiendo sobrevivir a su destierro. Hay como espasmos de sollozos ahogados; las hay también espirituales y maliciosas, en las cuales son exclusivamente atacadas las teclas negras del piano y hacen recordar la alegría de Chopín que, al igual, no atacaba más que los resortes superiores del espíritu, amoroso de aticismo como él era, retrocediendo ante la jovialidad vulgar, la risa grosera, el brutal regocijo, como delante de esos animales más abyectos aún que venenosos, cuya vista causa la más repugnante impresión a ciertas naturalezas sensitivas y doloridas.

En la mayor parte de sus mazurcas reina una extrema diversidad de motivos e impresiones. Varias están entremezcladas de resonancias de espuelas, pero en las más se distingue sobre todo el imperceptible roce de crespones y gasas bajo el soplo ligero de la danza; el ras-ras de los abanicos, el ruido del oro y los diamantes. Algunas parecen pintar el placer valeroso, pero de honda ansiedad, como de un baile en vísperas de un asalto; se oyen a través los ritmos de la danza, los suspiros y los adioses desfallecientes en que encubre los llantos. Otras parecen revelar las angustias, las penas y los disgustos secretos que se llevan a las fiestas, en que el ruido no llega a ensordecer los clamores del corazón. En otras se percibe como una especie de terrores ahogados; temores, presentimientos de un amor que lucha y que sobrevive devorado por los celos, que se siente vencido y convirtiéndose en piedad desdeñando el odio. Fuera es un tumulto, un delirio, en medio del cual pasa y vuelve a pasar una melodía anhelante, sacudida como las palpitaciones de un corazón que se pasma y se rompe y se muere de amor. También de fuera nos vienen lejanas charangas, como lejanos recuerdos de gloria. Las hay en que el ritmo es tan indeterminado, tan fluido como el sentimiento con que dos jóvenes amantes contemplan una estrella solitaria en el firmamento.

En una sobremesa, nos encontrábamos sólo tres: Chopín había tocado durante largo tiempo, y una de las mujeres más distinguidas de París se sentía cada vez más invadida por un piadoso recogimiento semejante al que produciría la vista de piedras mortuorias sembrando los campos de Turquía, cuyas umbrías y parterres prometen de lejos al viajero sorprendido un riante jardín. Ella le preguntó de dónde procedía el respeto involuntario que inclinaba su corazón ante monumentos cuya apariencia no presentaba a la vista más que objetos dulces y graciosos y qué nombre daría al sentimiento extraordinario que encerraba en sus composiciones como desconocidas cenizas en urnas soberbias de un alabastro tan trabajado. Vencido por las lágrimas que humedecían tan bellas pupilas con una sinceridad rara en el artista receloso sobre cuanto se refiriese a las íntimas reliquias que él encerraba en la brillantez de sus obras, le respondió que su corazón no le había engañado en su melancólica tristeza, porque cualesquieran que fuesen sus pasajeros regocijos, no se substraía, sin embargo, jamás a un sentimiento que formaba en cierto modo el fondo de su corazón y para el que no encontraba fuera de su propio idioma la debida expresión, toda vez que no teniendo equivalente la palabra polaca zal, que repetía frecuentemente como si su oído estuviese ávido de este vocablo, que, encierra toda la escala de sentimientos que produce un pesar intenso, desde el arrepentimiento hasta el odio, frutos benditos o envenenados de esta agria raíz.

¡Zal! ¡Extraño sustantivo de una rara diversidad y de una más extraña filosofía!  
¡Susceptible de diferentes regímenes, encierra todos los enternecimientos y todas las humildades de un pesar resignado y silencioso, mientras que su régimen directo se aplica a los hechos y a las cosas, inclinándose, por decirlo así, con dulzura ante la ley de una fatalidad providencial. Pero tan pronto como se dirige al hombre, cambiando de fisonomía y tomando el régimen indirecto, significa el fermento del rencor, la agitación de los reproches, la premeditación del desquite, la amenaza implacable sentida en lo más profundo del corazón expiándola o alimentándose de una amargura estéril.

En verdad, el zal colora siempre con un reflejo tanto plateado, tanto ardiente todo el conjunto de las obras de Chopín. Nunca está ausente de sus más dulces ensueños, de aquellos en que Berlioz, este genio shakesperiano que alcanza todos los extremos, ha entrevisto también divinas coqueterías. Zalamerías que pertenecen exclusivamente a las mujeres de esas comarcas semiorientales, con las cuales los hombres son mecidos por su madre, mimados por sus hermanas, encantados por sus amantes y que después hacen que les parezcan groseras o insípidas las coqueterías de otras mujeres y exclamar con orgullo perfectamente justificado: ¡Niema aik Polka! (nada igual a las polacas). El secreto de estas divinas zalamerías hace de estos seres adorables, únicos que pueden responder a los sueños pasionales de los poetas que, como Chateaubriand, se forjan una diablesa y una encantadora durante los ardientes insomnios de su adolescencia. Y no encuentra parecido a sus imposibles visiones «de una Eva inocente y caída, ignorando todo, sabiendo todo, virgen y amante a la vez», más que en una polaca de dieciséis años, «mezcla de odalisca y de valquiria... Corazón femenino vario en edad y belleza, antigua sílfide realizada... Nueva flor...» Libertada del yugo de las estaciones y que Chateaubriand temió volver a ver. Divinas zalamerías, generosas y avaras a la vez, imprimiendo al corazón conquistado la ondulación indecisa y mecida de una nave sin remos y sin aparejos.



Chopin hacía encantadoramente esta trepidación en sus ejecuciones, por las cuales conseguía siempre ondular la melodía como un esquife sobre el seno de la ola poderosa. En sus escritos indicó, desde luego, esta manera, que daba un sello tan particular a su juego por la palabra de *Tempo rubato*: tiempo sustraído, entrecortado, medida sutil, abrupta y lánguida a la vez, vacilante como la llama bajo el soplo que la agita. Después dejó de incluirla en sus publicaciones, convencido de que si se tenía inteligencia había de adivinarse esta regla irregular. Todas sus obras igualmente deben ejecutarse con esta especie de balanceo acentuado y prosodiado del que es difícil alcanzar el secreto si no se le ha oído a él mismo frecuentemente. Parecía deseoso de enseñar esta manera a sus numerosos alumnos, sobre todo a sus compatriotas, a los cuales quería comunicar su método de ejecución con preferencia a los demás. Aquéllos, o más bien aquéllas, las recogían, con esta actitud que ellas quieren para todo cuanto se refiera al sentimiento y a la poesía, y una comprensión innata de su pensamiento les permitía seguir todas las fluctuaciones de su ola azulada.

#### Virtuosismo de Chopin

Después de haber hablado del compositor, de sus obras vibrantes de sentimientos inmortales, en que su genio, en lucha con el dolor -este terrible elemento de la realidad que el arte tiene la misión de reconciliar con el cielo-, ha luchado con él, a veces vencedor, a veces vencido; de sus obras en que se han expandido como llantos de un lacrimatorio, todos los recuerdos de su juventud, todas las fascinaciones de su corazón, todos los transportes de sus aspiraciones y de sus arrebatos inexpresados; de sus obras, en que, traspasando los límites de nuestras sensaciones demasiado obtusas para su manera, de nuestras percepciones demasiado apagadas para su voluntad, hace incursión en el mundo de las dríades, de las oréades, de las oceánidas; nos quedaría el hablar de su talento de ejecución si tuviéramos el triste valor, si pudiéramos exhumar emociones entrelazadas a nuestros más últimos recuerdos personales, para adornar su sudario con los colores que conviniera pintarlos. No nos sentimos con esa fuerza inútil, porque ¿qué resultados podrían obtener nuestros esfuerzos? ¿Se conseguiría hacer conocer a aquellos que no le han oído el encanto de una inefable poesía, encanto sutil y penetrante como uno de esos ligeros perfumes exóticos que sólo se exhalan en las habitaciones poco frecuentadas y se disipan, como espantados, entre las masas compactas, entre las cuales se enrarece el aire no guardando más que los aromas vivos de tuberosas en plena flor o de resinas en plena llama?

Chopin sabía que su talento, cuyo estilo e imaginación nos recordaban los de Modier, por la pureza de su dicción, por sus relaciones con un mundo de irreales fantasías que murmuran a su oído sus más confidenciales quejas, sus sueños más insospechados. Chopin sabía -pensamos nosotros- que él no influía sobre la multitud ni podía llegar a las masas, porque, semejantes a un mar de plomo, sus olas maleables a todos los juegos, no son menos pesadas para remover y necesitan el brazo poderoso del obrero atleta para ser vaciadas en un molde en que el metal en fusión se convierte de repente en pensamiento y sentimiento bajo la forma que le imponen. Él sabía que no era del todo apreciado más que por esas reuniones, desgraciadamente poco numerosas en que todos los espíritus están preparados para seguirle y para transportarse con él a esas esferas en que los antepasados hacían entrar

por una puerta de marfil rodeadas de pilastras de diamantes, sobremontadas por una cúpula en la cual convergen todos los rayos de un prisma sobre una de esas transparencias rojizas como las de los ópalos de Méjico, en que los salones calidoscópicos están escondidos en una bruma verdosa que les borra y les descubre a la vez; esferas en que todo es milagro encantador, loca sorpresa, sueño realizado, y en que Chopín se refugiaba y se complacía con tanto gusto. Así le decía un día a un amigo artista, al que se le ha oído mucho después: «Yo no soy a propósito para dar conciertos, el público me intimida, me siento asfixiado por su impaciencia precipitada, paralizado por sus miradas curiosas, mudo ante estas fisonomías desconocidas; pero usted está destinado a ello porque cuando no seduce al público lo domina.»

Teniendo así conciencia de las exigencias a que llevaba la naturaleza de su talento, raramente tocaba en público y salvo algunos conciertos al principio de su carrera, en que se hizo oír en Viena y Munich, no dio ninguno más que en París, porque no le era permitido viajar, a causa de su salud, que siendo tan débil le hacía estar casi moribundo durante meses enteros. Tras la única excursión que hizo por el mediodía francés, con la esperanza de que un clima más dulce le iría bien, su estado llegó a ser tan alarmante, que los hoteleros exigieron más de una vez el pago entero de la cama y los enseres que había utilizado, para quemarlos en seguida, creyéndole en ese período de tuberculosis propenso al contagio.

Sin embargo, si nos es permitido decirlo, nosotros creemos que estos conciertos fatigaban menos su constitución física que su irritabilidad de artista. Su voluntaria renunciación a los éxitos clamorosos ocultaba, a nuestro parecer, una herida interior. Tenía un sentimiento muy claro de su alta superioridad; pero tal vez no recibiese de fuera bastante eco y entusiasmo para tener la certeza de ser apreciado en todo su valer. ¿Le faltaría la aclamación popular preguntándose, sin duda, hasta qué punto pueden sustituir los salones de élite esos entusiasmos del aplauso público, este gran público que él evitaba? Pocos le comprendían; pero estos pocos ¿le comprendían suficientemente? Un descontento bastante indefinido -probablemente- de sí mismo, a lo menos en cuanto a su verdadera fuente de producción, le minaba sordamente. Se le veía casi extrañado por los elogios. Todos esos que por derecho podía pretender no le llegaban en grandes ráfagas, por lo que le contrariaban en cierto modo las alabanzas aisladas, un tanto enfadosas para él. Al través de las frases amables, las cuales apartaba a menudo, como cumplimientos inoportunos, era fácil advertir con alguna penetración que se juzgaba no sólo poco aplaudido, sino mal aplaudido, y, que prefería en tal caso no ser molestado en su plácida soledad y sus sentimientos.

\*\*\*

Demasiado fino conocedor de las burlas e ingenioso burlón él mismo para prestarse a blanco de sarcasmo, no se presentaba como genio desconocido. Bajo una aparente satisfacción del más gracioso buen gusto disimulaba tan completamente la herida de su legítimo orgullo, que apenas podía advertirse su existencia. Pero, no sin razón podría atribuirse la resistencia gradualmente aumentada de prestarse a conciertos públicos, más aun al deseo que experimentaba de huir las ocasiones que no le rindiesen todos los tributos

debidos a su debilidad sometida a tan rudas pruebas, por las lecciones que daba constantemente y las muchas horas que pasaba en el piano.

Es de lamentar que las indudables ventajas que dan al artista el no cultivar más que un público escogido, se encuentran disminuidas por la tibieza de su simpatía. Lo frío con que encubre la gracia de sus aprobaciones como el fruto de sus postres y la imperturbable calma que preside la expresión de sus más calurosos entusiasmos, no podían bastarle. El poeta arrancado de su inspiración solitaria no puede volverla a encontrar sino en el interés más que atento, vivo y animado de su auditorio. No llegará nunca a recogerla en las frías miradas de un areópago que se diría reunido para juzgarle. Es preciso hacerle sentir que él conmueve, que emociona a los que le escuchan, que sus sentimientos encuentran en ellos el acuerdo de los mismos instintos, que él les arrastra tras de sí en su transporte hacia el infinito, como el conductor de las tropas aladas, cuando da la señal de partida, es seguido por todos los suyos hacia más bellas regiones.

Pero aunque hubiera sido de otra manera, que Chopín hubiese recogido toda la parte de homenajes y admiraciones exaltadas que tanto merecía, hubiera sido oído, como tantos otros, por todas las naciones y en todos los climas; hubiera obtenido esos triunfos brillantes que crean un Capitolio por doquiera, en que las muchedumbres saludan al mérito como al honor o al genio; hubiera sido conocido y reconocido por millares en lugar de no serlo más que por centenares; nosotros, sin embargo, no nos detendríamos en esta parte de su carrera para enumerar sus éxitos.

¿Qué son los ramilletes para aquellos a quienes les son debidos laureles inmortales? Las efímeras simpatías, las alabanzas de ocasión no se mencionan apenas en presencia de una tumba que reclama más completas glorias. Las creaciones de Chopín están destinadas a llevar hacia países y años lejanos, esas alegrías, esos consuelos, esas bienhechoras emociones que las obras de arte despiertan en las almas doloridas, alteradas, decaídas o perseverantes y creyentes, a las cuales están dedicadas, estableciendo así un lazo continuo entre las naturalezas elevadas sobre cualquier lugar de la tierra, en cualquier período del tiempo que hayan vivido, mal adivinadas de sus contemporáneos cuando hayan guardado el silencio y a menudo mal comprendidas cuando han hablado.

«Hay diversas coronas -dijo Goethe-; las hay incluso que pueden cogerse cómodamente durante un paseo». Éstas pueden encantar algunos instantes por su frescura perfumada, pero no podríamos colocarla junto a las que Chopín se ha conquistado laboriosamente por un trabajo» constante, ejemplar por un amor serio al arte, por un doloroso resentimiento de emociones que tan bien ha expresado.

Puesto que no ha buscado con mezquina avidez estas coronas fáciles de las que cualquiera de los otros modestamente se podría enorgullecer; puesto que ha vivido como hombre puro, generoso, bueno y compasivo, recogió en un solo sentimiento el más noble de los sentimientos terrestres, ese de la patria; puesto que él a pasado entre nosotros como un fantasma consagrado a todo lo que Polonia tiene de poesía, guardémonos de faltar a reverenciar su tumba. No le pongamos guirnaldas de flores artificiales. No le pongamos coronas corrientes ni ligeras. Elevemos nuestros sentimientos frente a su féretro. Aprendamos de él a rechazar todo cuanto no pertenezca a las más selectas ambiciones,

concentrar nuestras inquietudes sobre los esfuerzos que trazan un surco más profundo que la reputación del día. Renunciemos también por nosotros mismos los tristes días en que vivimos, a todo lo que no es digno del arte, a todo lo que no contiene las necesarias conciones para la duración, a todo lo que no lleve en sí algo de la eterna e inmaterial belleza que el arte ha de hacer resplandecer, para resplandecer él mismo y acordémonos de la antigua oración de los Dorios, cuya simple fórmula era de tan piadosa poesía cuando pedían a los dioses que les concediera el bien por la belleza. En lugar de tanto esforzarnos en el trabajo para atraer oyentes y complacerles a toda costa, apliquémonos más bien como Chopín, a dejar un celeste eco de lo que hemos experimentado, amado y sufrido. Aprendamos, en fin, de esta memoria a exigirnos nosotros mismos lo que concede categoría en la mística ciudad del arte, mejor que pedir al presente sin respeto al porvenir estas coronas fáciles que, apenas acumuladas, quedan incontinentemente marchitas y olvidadas.

En su lugar, las más hermosas palmas que el artista pueda recibir en su vida, han sido colocadas en la mano de Chopín por ilustres iguales, y una admiración entusiasta le era rendida por un público más compacto aun que la aristocracia musical que frecuentaba sus conciertos. Un conjunto de nombres célebres lo formaban, y estos nombres se inclinaban ante él como reyes de diversos imperios reunidos para agasajar a uno de ellos. Aquél le pagaba íntegramente el tributo que le era debido y eso había de ser así en esta Francia, cuya hospitalidad sabe discernir con tanto gusto la categoría de sus huéspedes.

Los espíritus más eminentes de París se han encontrado varias veces en el salón de Chopín; es verdad que no en esas reuniones de artistas de una periodicidad fantástica, tal como se las figura la ociosa imaginación de algunos círculos ceremoniosamente aburridos y como no han sido jamás, porque la amenidad, la ardiente imaginación, el ingenio, la vivacidad no llegan para nadie a hora fija y, posiblemente, menos que a nadie a los verdaderos artistas, todos más o menos atacados del mal sagrado, del que tienen que sacudir el embotamiento que paraliza, olvidar los fríos dolores para aturdirse y divertirse con estos juegos pirotécnicos que maravillan a los transeúntes embobados, a los cuales aparecen de tarde en tarde alguna candela romana, algún fuego de bengala completamente rosado, alguna cascada de llama, algún horroroso e inocente dragón. Por desgracia, la alegría y la animación son únicamente cosas de encuentro y de casualidad para los poetas y los artistas. Alguno de ellos, más privilegiado, tiene, es verdad, el don feliz de sobreponerse a este malestar interior, sea por llevar siempre ligeramente su carga y reírse con los compañeros de viaje de las molestas del camino, sea por conservar una serenidad benévola y dulce que, con un empeño tácito de esperanza y de consuelo, reanima, releva, envalentona a éstos y les devuelve, mientras que están en esta plácida atmósfera, una libertad de espíritu, cuya animación puede llegar a ser más fogosa cuanto más contraste haga con su decaimiento, su preocupación o su fastidio habituales.

Chopín no pertenecía precisamente ni a los unos ni a los otros; pero poseía esta gracia innata de la acogida polaca, que no solamente somete a los que se visita las leyes y deberes de la hospitalidad, sino que a más les hacen abdicar toda consideración personal para obligarles a los deseos y placeres de aquellos a quienes recibe. Gustaba ir a su casa, porque en ella se encontraba uno encantado y en libertad y se estaba bien, porque él hacía a sus invitados dueños de todo poniéndose a sí mismo y cuanto poseía a sus órdenes y servicio. Munificencia sin reserva de la que el simple labrador de raza eslava no se aparta haciendo

los honores de su cabaña, más alegremente solicitado que el árabe en su tienda y compensando todo cuanto falta al esplendor de su recepción con un adagio que no deja de repetir, que repite también el gran señor tras un banquete de exquisito lujo servido bajo candelabros dorados: «Czymbbohal, tym rad», y que se parafrasea así a los extranjeros: «Dignaos perdonar lo que es indigno de vos, pero es toda mi humilde riqueza la que pongo a vuestros pies». Esta fórmula es usada con una gracia y una dignidad nacionales para sus invitados por todo dueño de casa que conserva las minuciosas y pintorescas costumbres de los antiguos usos de Polonia.

Después de haber podido conocer a fondo los usos de la hospitalidad de su país, se da uno más cuenta de lo que nos hacía más expansivas las reuniones de Chopín, de ese *laissez-aller*, de esa animación de buena ley, que no deja ningún mal gusto desabrido o amargo y no provoca ninguna reacción de mal humor. Aunque evitaba muy sensiblemente la sociedad, era de una obsequiosidad encantadora cuando se hacía irrupción en su salón, donde, no pareciendo ocuparse de nadie, conseguía para cada uno lo que le fuese más agradable, haciendo a cada cual prueba de cortesía y de devota solicitud.

No sin vencer, con seguridad, repugnancias ligeramente misantrópicas, se llegaba a obtener de Chopín que abriese su puerta y su piano a aquellos a quienes una amistad tan respetuosa como leal les permitía pedirselo con insistencia. Más de uno de nosotros se acuerda, sin duda, aún de esta primera velada improvisada en su casa, a pesar de su oposición cuando vivía en la *Chaussée d'Antin*.

Su departamento, invadido por sorpresa, sólo estaba iluminado por algunas velas, reunidas en derredor de uno de estos pianos Pleyel que tan particularmente prefería por su sonoridad argentina un poco mate y su fácil pulsación que le permitía sacar de los sonidos que parecían pertenecer a una de esas armónicas, de las que la fantástica Alemania conservaba el monopolio y que sus antiguos maestros construían tan ingeniosamente enlazando el cristal y el agua.

Rincones dejados en la oscuridad aparentaban quitar todo límite a esta habitación, prolongándola a las tinieblas del espacio. En algún claroscuro se entreveía un mueble revestido de su funda blanquecina, de forma indistinta, alzándose como un espectro llegado para escuchar los acentos que le habían llamado. La luz concentrada alrededor del piano se reflejaba sobre el entarimado, resbalando por encima como una honda extendida y recogiendo las claridades incoherentes de la estancia de donde surgían de vez en cuando llamas anaranjadas, cortas y espesas como en gnomos curiosos atraídos por las palabras de su idioma. Un solo retrato, el de un pianista y de un amigo simpático y admirador, parecía invitado a ser el constante oyente de flujo y reflujos de tonos que venían a gemir, exaltar, murmurar y morir sobre las playas del instrumento, sobre el cual estaba colocado. El fondo reverberante del espejo, por una espiritual casualidad, no reflejaba para doblarlo a nuestros ojos más que el bello óvalo y sedosos rubios que tantos pinceles han copiado y que el buril acaba de reproducir para aquellos a quienes encanta una pluma elegante.

Reunidas en torno del piano, en la zona luminosa, estaban agrupadas varias figuras de esclarecido renombre: Heine, el más triste de los humoristas, escuchando con el interés de

un compatriota las narraciones que le hacía Chopín sobre el misterioso país que su fantasía etérea veía con alucinación y en la que había explorado también los más deliciosos parajes. Chopín y él se entendían a media palabra y a medio sonido, y el músico respondía con sorprendentes narraciones a las preguntas que el poeta le hacía como en secreto sobre las regiones desconocidas y hasta sobre esta «ninfa riente», de la cual le pedía noticias, informándose «si ella continuaba envolviendo su velo de plata sobre su verde cabellera con la misma exasperante coquetería». Al corriente de la charla y de la crónica galante de estos lugares, él quería saber: «Si este dios marino de larga barba blanca perseguía siempre una cierta náyade maliciosa y traviesa de su amor risible». Bien informado de todas las gloriosas fábulas que se ven allá lejos, allá lejos, preguntaba: «Si las rosas ardían con una llama siempre tan altiva; si al claro de la luna cantaban siempre los árboles tan armoniosamente». Chopín respondía y ambos, después de haberse entretenido largo tiempo y familiarmente sobre esta patria etérea, se callaban tristemente atacados de ese mal del país del que Heine estaba tan afectado, comparándose a ese capitán holandés del «Buque Fantasma» eternamente deslizándose con su equipo sobre las frías olas y «suspirando en vano tras las tulipas, los jacintos, las pipas de espuma de mar, las tazas de porcelana de Holanda... ¡Amsterdam!, ¡Amsterdam!, ¡cuándo volveremos a ver Amsterdam!, exclama mientras que la tempestad mugía en los aparejos de la nave y lo llevaba de acá para allá hacia el acuoso infierno». «Comprendo -añade Heine- la rabia con que un día el infortunado capitán exclamaba: ¡Oh, si yo vuelvo a Amsterdam, preferiría quedarme de piedra en el rincón de una sus calles que dejarla más! ¡Pobre Van der Deken!» Heine sabía bien todo lo que había sufrido y lo que había pasado el pobre Van der Deken en su terrible e incesante carrera a través del océano que había clavado en sus garras en la madera de su barco incorruptible y le tenía arraigado a su suelo inestable por un ancla invisible de la que no podía encontrar nunca la forma de romperla. Cuando estaba de humor nos contaba los dolores, las esperanzas, las desesperanzas, las torturas, los abatimientos de los infortunados que pueblan este desgraciado navío porque él había subido a sus planchas malditas, guiado y llevado por la mano de alguna ondina amorosa que, los días en que el huésped de su bosque de coral y de su palacio de nácar se levantaba más moroso, más amargo, más cáustico aun que de costumbre, le ofrecía entre dos comidas, para aliviar su esplín, algún espectáculo digno de este amante que sabía soñar más prodigios que cuantos encerraba su reino.

Sobre esta imperecedera quilla había recorrido los polos donde la aurora boreal, brillante visitante de sus largas noches, mira su largo velo en las gigantescas estalactitas de los hielos eternos, y los trópicos en que el triángulo zodiacal sustituye con su luz inefable, en sus cortas oscuridades, a las llamas calcinantes que destila un sol doloroso. Él había atravesado las latitudes en que la vida es oprimida y aquellas en que es devorada aprendiendo a conocer, en el camino, todas las maravillas celestes que marcan la ruta de estos marinero que no alcanzan ningún puerto. Él había contemplado apoyado sobre esta popa sin gobierno, desde las dos osas que dominan majestuosamente el norte hasta la brillante Cruz del Sur, tras la cual la región antártica comienza a extenderse sobre las cabezas como bajo los pies, no dejando al ojo deslumbrado nada que contemplar en un cielo vacío y sin faro, extendido por cima de un mar sin orilla. Él había seguido largo tiempo las fugaces estelas que dejan sobre el azul las estrellas errantes, luciérnagas de la altura y estos cometas de incalculables órbitas, temidos por su extraño esplendor, mientras que sus vagabundas y solitarias carreras no son más que tristes e inofensivas. Y Aldebaran, este astro distante, que

como el siniestro brillo de una mirada enemiga parece acechar nuestro globo sin atreverse a aproximarse y estos radiantes planetas derramando al ojo errante que las busca una luz amiga y consoladora como una enigmática promesa.

Heine había visto todas estas cosas bajo las diferentes apariencias que toman en cada meridiano y había visto bastantes más también de las que nos amenizaba con vagas similitudes habiendo asistido a la cabalgata furiosa de Herodías, haciendo también sus entradas en la corte del rey de los hunos, y en el jardín de las Hespérides y en todos los lugares inaccesibles a los mortales que no han tenido por madrina alguna hada dedicada durante toda su vida a romper el maleficio, prodigándole sus tesoros.

En la noche de que hablamos, al lado de Heine estaba sentado Meyerbeer, sobre el que hace tiempo se han agotado todas las exclamaciones admirativas. Él, armonista de construcciones ciclópeas, pasaba largos ratos saboreando un deleitoso placer siguiendo el detalle de los arabescos que envuelven las improvisaciones de Chopín en una clara diafanidad.

Algo más lejos, Adolfo Nourrit, este noble artista, a la vez apasionado y ascético, católico sincero y casi austero que soñaba el porvenir con el fervor de la Edad Media, que en los últimos años de su vida rehusaba emplear su talento en cualquier escena de un orden de sentimientos superficiales y servía al arte con un respeto casto y entusiasta, no aceptándolo en sus diversas manifestaciones, no considerándolo en ningún instante sino como un santo tabernáculo en que la belleza formaba el esplendor de la verdad. Sordamente minado por una melancólica pasión por lo bello, su frente parecía nimbarse de esta sombra marmórea fatal que el estallido de la desesperación aclara demasiado tarde a los hombres, tan curiosos para los secretos del corazón y tan ineptos para adivinarlos.

Hiller estaba también; su talento emparentaba con el de Chopín, del que era uno de sus más fieles amigos. Nos reuníamos frecuentemente en su casa, y escuchando las grandes composiciones que publicó por entonces, de las que la primera fue su notable oratorio la Destrucción de Jerusalén, escribió obras para piano, algunas de las cuales bajo el título de estudios, trazos vigorosos de un dibujo perfecto, recuerdan esos estudios de hojas en que los paisajistas traen a la memoria un pequeño poema de sombra y de luz con un solo árbol, una sola hoja, un solo motivo feliz y largamente tratado.

Eugenio Delacroix permanecía silencioso y absorto ante las apariciones que llenaban el aire y de las que nos parecía oír el roce. Se preguntaba qué paleta, qué pincel, qué tela tendría que emplear para darles la vida de su arte. Se preguntaba si era una tela hilada por Arácnida, un pincel hecho de las pestañas de un hada y una paleta cubierta de vapores del arco iris que habría de descubrir y se complacía en sonreír en sí mismo estas suposiciones y a entregarse por completo a la impresión primera por el atractivo que experimentan algunos grandes talentos hacia aquellos con los cuales contrastan.

El que parecía entre nosotros más próximo a la tumba, el viejo Niencevicz, escuchaba los Cantos Históricos que Chopín traducía para ese sobreviviente de tiempos extinguidos en dramáticas ejecuciones, donde, junto a los textos tan populares del bardo polaco, se encontraban bajo sus dedos el choque de las armas, el canto de los vencedores, los himnos

de las fiestas, las quejas de ilustres prisioneros, las baladas sobre los héroes muertos. Rememoraba conjuntamente esta larga serie de glorias, de victorias, de reyes, de reinas, y el viejo tomando el presente por una ilusión los creía resucitados, de tal manera cobraban vida estos fantasmas. Separado de todos los demás, callado y sombrío, Mickiewicz dibujaba su silueta inmóvil; Dante nórdico, parecía encontrar siempre «amarga la sal del extranjero, y su escalera penosa de subir».

Hundida en una butaca y apoyada en la consola, madame Sand escuchaba con curiosidad deliciosamente subyugada. Daba a esta audición todo el fulgor de su genio ardiente, ya que estaba dotada de la rara facultad, reservada exclusivamente a algunos elegidos, de percibir lo bello bajo todas las formas del arte y de la naturaleza y que podría tenerse como esa segunda vista que todas las naciones han reconocido a las mujeres inspiradas como dones superiores; magia de la mirada que hace caer ante ellas la superficie, la larva, la envoltura grosera de la forma para hacerlas contemplar en su esencia invisible el alma en ellas encarnada el ideal que el poeta y el artista han conjurado bajo torrente de las notas o los velos del colorido, las inflexiones del mármol, las alineaciones de la piedra y los ritmos misteriosos de las estrofas; facultad vagamente sentida por la mayor parte, pero cuya suprema manifestación revelándose en un oráculo adivinatorio, consciente del pasado y profético del porvenir es mucho menos común de lo que se pudiera suponer; facultad que dispensa a las organizaciones benditas que ilumina del pesado bagaje de ciencia técnica con la cual marcha pesadamente hacia las regiones exotéricas que alcanzan de pronto; facultad que toma su impulso más bien en la frecuente familiaridad con la naturaleza que en los arcanos de la ciencia.

Con la costumbre de estos vis a vis, con la creación que forman el atractivo y la grandeza de la vida de campo, donde encanta mejor la palabra que oculta en las armonías infinitas de los contornos, de los sonidos, de las luces, de los ruidos y de los susurros, de los espantos y de las voluptuosidades; conjuntos aplastantes que, enfrentados y sondeados con un valor que no abate ningún misterio, que no causa ninguna lentitud, dejan percibir algunas veces la clave de analogía, de conformidades, de relaciones entre nuestro sentido y nuestro sentimiento y nos permiten conocer simultáneamente los ligamentos ocultos que unen de semejanzas aparentes, oposiciones idénticas, antítesis equivalentes a los abismos que separan de un estrecho pero infranqueable espacio lo que está destinado a juntarse sin confundirse, a parecerse sin mezclarse. Haber escuchado desde temprano, como madame Sand, los murmullos por los cuales inicia la naturaleza sus privilegios a sus místicos ritos es uno de los atributos del poeta; haber aprendido de ella a penetrar lo que el hombre sueña cuando crea a su vez y que maneja en sus obras igual que ella los ruidos y los susurros, los espantos y las voluptuosidades, es un don más sutil aun, que madame Sand, como mujer y como poetisa, posee con doble derecho por la intuición de su corazón y de su genio.

Después de haber citado a aquella cuya enérgica personalidad y fulgurante genio han inspirado a la débil y delicada naturaleza de Chopín una admiración que le consumía, como un vino demasiado fuerte destruye vasos demasiado frágiles, no sabríamos citar otros nombres del pasado, en el que flotan imágenes tan indecisas, tan indecisa simpatía, proyectos inciertos, inciertas creencias; en las cuales pudiera cualquiera de nosotros ver el perfil de algún sentimiento de origen envidiable. ¡Ay!, intereses, tendencias, deseos que han llenado una época durante la cual se han reunido fortuitamente algunas almas elevadas y



luminosas inteligencias. ¿Cuántas serían aquellas que poseyeran un privilegio de vitalidad suficiente para hacerlas sobrevivir a todas las causas de muerte que rodean a cada idea, a cada sentimiento, como a cada individuo desde su cuna? ¿Cuántos habrán sido de los que en cualquier instante de su existencia, más o menos corta, no se hayan dicho estas palabras de una tristeza inigualada? ¡Dichoso si hubiera muerto! ¡Más dichoso si no hubiera nacido! De tantos sentimientos como han hecho batir nobles corazones, ¿cuántos serán los que no hayan incurrido nunca en esta maldición suprema? Quizá no hay ni uno solo que si hubiese vuelto a hacer llama de su ceniza y salido de su tumba como el amante suicidado que en el poema de Mickiewicz vuelve en el día de los muertos para revivir su vida y volver a sufrir sus dolores, aparecería sin los estigmas, las cicatrices, las mutilaciones que desfiguraran su primitiva belleza y mancillaran su candor. Y entre estos lúgubres aparecidos, ¿cuántos se encontrarían en los que esta belleza y este candor hubieran tenido encantos bastante poderosas y suficiente irradiación celeste para que no tuvieran que temer después que hayan expirado, ser reprobados por aquellos a quienes hubieran dado la alegría y el tormento? ¿Qué sepulcral enumeración haría falta para evocarlos uno a uno y pedirles cuenta de lo que han producido de bueno y de malo en los corazones que les dieron asilo con tanta liberalidad, y en el mundo en que reinaban esos corazones que ellos han embellecido, agitado, iluminado, devastado a gusto de su suerte?

Pero si entre los hombres que han formado estos grupos, en que cada miembro ha atraído hacia sí la atención de muchas almas y llevado en su conciencia el aguijón de muchas responsabilidades, hay alguno que no se haya permitido dar al olvido lo que exista de más puro en el encanto natural que le sumía en un manojito refulgente; que extrayendo de sus recuerdos las fermentaciones de las que no son exceptuados los más suaves perfumes, no ha legado al arte más que el patrimonio intacto de sus más recogidas elevaciones y de sus más divinos transportes, reconozcamos en él uno de esos predestinados en quienes la poesía popular patentizaba la existencia por su fe en los buenos genios. Atribuyendo a estos seres, que suponía bienhechores para los hombres, una naturaleza superior a la del vulgo, ¿no ha sido magníficamente confirmada por un gran poeta italiano que definía el genio «el sello más fuerte de la divinidad»? Inclinémonos ante todos aquellos que hayan sido así más profundamente marcados por el sello místico; pero veneremos sobre todo con una íntima ternura aquellos quienes, como Chopín, no han empleado esta supremacía sino para dar vida y expresión a los más bellos sentimientos.

### Individualidad de Chopín

Una curiosidad natural se une a la biografía de los hombres que han consagrado su talento a glorificar nobles sentimientos en obras de arte, donde brillan como espléndidos meteoros ante los ojos de la muchedumbre sorprendida y encantada. Ésta lleva voluntariamente a sus nombres las impresiones admirativas y simpáticas que producen de las que quisiera formar inmediatamente un símbolo de nobleza y grandiosidad, estando inclinada a creer que aquellos que saben expresar de tal manera y hacer hablar así sus sentimientos, no conocen otros. Pero a esta benévola prevención, a esta presunción favorable se añade necesariamente la necesidad de verla justificada por sus héroes y ratificada por sus vidas. Cuando se ve en las producciones toda la exquisita delicadeza

reveladora del sincero sentir del poeta, aquello de dulce inspiración, adivinar con tan rápida intuición lo que oculta el orgullo o el temeroso pudor, o la amarga melancolía; pintar el amor tal como lo sueña la adolescencia y cómo desilusiona más tarde cuando se ve su genio dominar tan grandes situaciones, elevarse con calma por cima de todas las peripecias del humano destino, encontrar en los lazos de sus nudos enredados hilos que las deslíen altiva y victoriosamente, planear por cima de todas las grandezas y de todas las catástrofes, ascender hacia las cimas que no alcanzan ni las unas ni las otras. Cuando se le ve poseer el secreto de las más suaves modulaciones de la ternura y la más augusta sencillez del valor, ¿cómo no se preguntaría si esta maravillosa adivinación es el milagro de una sincera creencia en tales sentimientos, o bien una hábil abstracción del pensamiento, a juego del espíritu?

Indagamos. ¿Podría ser de otra manera? ¿En qué han diferido de las vulgares las existencias de estos hombres tan atraídos por lo bello? ¿Cómo obraba esta soberbia de la poesía cuando estaba sometida a las realidades de la vida y a sus intereses materiales? ¿Cómo quedaban exentas de las acrimonias y enmohecimientos que envenenan ordinariamente estas inefables emociones del amor? ¿En qué quedaban fuera de esta evaporación y de esta inconstancia que acostumbra a no contar con ellas? ¿Se averigua si aquellos que han experimentado tan nobles indignaciones han sido siempre equitativos? ¿Si aquellos que han exaltado la integridad no han comerciado nunca con su conciencia? ¿Si aquellos que han ensalzado el honor no se han intimidado nunca? ¿Si aquellos que han hecho admirar la fortaleza no han transigido nunca con sus debilidades?

Muchos tienen interés en conocer las transacciones aceptadas entre el honor, la lealtad, la delicadeza y ventajas, las ganancias que no se adquieren más que por su costa por aquellos a quienes ha sido dada la misión de cultivar nuestra fe y nuestra adhesión a los nobles y grandes sentimientos, haciéndoles vivir en el arte mientras que no tuvieran otro refugio, pues para muchos estas transacciones sirven para probar con evidencia que hay imposibilidad o falta de sentido al rehusarlas. Igualmente, cuando ejemplos de desgracia vienen a traer un deplorable apoyo a sus palabras, ¡con qué prisa llaman a las más bellas concepciones del vano simulacro! ¡De qué sabiduría se valen predicando las doctrinas sabiamente premeditadas de una melosa arisca hipocresía, de un perpetuo y secreto desacuerdo entre los discursos y las consecuencias! ¡Con qué cruel alegría citan estos ejemplos a las almas inquietas y débiles, cuyas aspiraciones juveniles, o las convicciones y las fuerzas decrecientes procuran sustraer a estos tristes pactos! ¡De qué fatal desaliento son atacadas éstas ante las violentas alternativas, las seductoras insinuaciones que se presentan a cada vuelta en el camino de la vida, al soñar que los corazones más ardientemente seducidos por lo sublime, los más iniciados en las susceptibilidades de la delicadeza, los más conmovidos por las bellezas del candor han renegado, sin embargo, por sus actos de los objetos de su culto y de sus cantos! ¡De qué dudas angustiosas son sobrecogidos y devorados ante estas flagrantes contradicciones! ¡Y qué ironías desbordan por sus sufrimientos aquellos que repiten que: La Poesía es lo que hubiera podido ser... y que se complacen en renegar de ella por esta negación, tan culpable!, puesto que la Poesía no es la sombra de nuestra imaginación proyectada y agrandada desmesuradamente sobre el plano huido de lo imposible: puesto que «la Poesía y la Realidad» (Dichtung und Wahrheit) no son dos elementos incompatibles destinados a codearse sin penetrarse jamás, según la confesión del mismo Goethe, el cual decía de un poeta contemporáneo «que habiendo

vivido para crear poemas, había hecho de su vida un poema» (Er lebte dichtend und dichtete lebend), porque Goethe era demasiado poeta él mismo para no saber que la poesía no existe sino porque encuentra su eterna realidad en los más bellos instintos del corazón humano.

Tanto como la nobleza, el genio obliga, hemos dicho en otra ocasión. Si el ejemplo de la fría austeridad o del rígido desinterés de algunos caracteres basta a la admiración de las naturalezas tranquilas y reflexivas, ¿dónde tomarán sus ejemplos las organizaciones más apasionadas e inquietas a las que todo medio apagado les resulta insípido y que buscan vivamente bien las alegrías del honor, bien los placeres comprados a cualquier precio? Tales organizaciones se liberan voluntariamente de las autoridades seniles. Declinan su competencia. Las acusan de acaparar el mundo en provecho de sus frías pasiones; de querer disponer los efectos de causas que les escapan; de proclamar leyes en esferas en las que no pueden penetrar. Vuelven hacia otros la interrogación de sus miradas; preguntan a aquellos que han bebido en la hirviente fuente del dolor que mana al pie de terrenos escarpados en que el alma construye un nido. Pasan de largo ante la silenciosa gravedad de aquellos que practican el bien sin exaltación por lo bello. ¿Tiene la juventud ardiente tiempo para interpretar los silencios y resolver sus problemas?

Los latidos de su corazón son excesivamente precipitados para dejarle una clara visión de los sufrimientos ocultos, de los combates misteriosos, de las luchas solitarias que forman algunas veces el tranquilo golpe de vista del hombre de bien. Las almas agitadas apenas conciben la tranquila sencillez del justo, la heroica sonrisa del estoicismo. El entusiasmo, la emoción le son necesarios. La imagen les persuade, la metáfora les da una convicción, las lágrimas les sirven de prueba y prefieren la conclusión por impulso a la fatiga de los argumentos. Vuélvese con ávida curiosidad a los poetas y los artistas que les han emocionado por sus imágenes, arrastrado por sus metáforas, entusiasmados por sus arrebatos. A ellos es a quienes piden la última palabra de estos arrebatos y de estos entusiasmos.

¿En estas horas desgarradas o en medio de la tormenta llegan a ser un pesado e inoportuno tesoro, capaz de hacer zozobrar si no se les tira por la borda al abismo del olvido a quien habiendo cruzado sus peligros, no ha evocado cuando les amenazaba un cruel naufragio, sombras y manes gloriosos para informarse punto han sido vivas y sinceras sus aspiraciones? ¿Para informarse con un discernimiento ingenioso lo que no era más que un divertimento, una especulación del espíritu, y lo que formaba un constante hábito de sus sentimientos? A tales horas es cuando tampoco huelga el denigramiento; se apodera ávidamente de las flaquezas, de las faltas, de los olvidos de aquellos que las han mancillado con sus debilidades sin haber omitido ninguna. Recogen para sí este botín, compulsan estos hechos y se arrogan un derecho de desdén hacia la inspiración, a la que no conceden más objeto que el de proporcionarnos diversiones, negándole el poder de guiar nuestras acciones, nuestras resoluciones, nuestra conformidad o nuestra desaprobación. El desdén burlón y cínico sabe acechar la historia. Dejando caer el buen grano, recoge cuidadosamente la cizaña para repartir su negra simiente por las páginas brillantes donde flotan los más puros deseos del corazón, los más nobles sueños de la imaginación, y pide con la ironía de la victoria: ¿Qué es este puro candelal que no hace germinar sino el hambre? ¿Qué representan estas vanas palabras que no engendran sino sentimientos

estériles? ¿A qué estas excursiones en un terreno donde no se recoge fruto alguno? ¿Qué valor tienen estas emociones y estos entusiasmos que no llegan más que al cálculo del interés y sólo encubren los intereses del egoísmo?

¡Con qué arrogante irrisión acierta a aproximar y pone de vista el noble ímpetu y la indigna condescendencia del poeta! ¡El bello canto y la culpable ligereza del artista! ¡Que superioridad no se arroga él, y sobre los laboriosos méritos de las buenas gentes, que considera como crustáceos destinados a no conocer más que la quietud de una organización pobre, y sobre los pomposos enorgullecimientos de aquellos a quienes se diría superiores y que no llegan siquiera a repudiar tan bien como éstos la prosecución del bienestar material, de las satisfacciones de la vanidad y de los goces inmediatos! ¿Qué ventajas no se atribuye en la concordancia lógica de sus prosecuciones con sus negaciones? ¡Cómo triunfa reflexivamente de las vacilaciones, de las incertidumbres, de las repugnancias de aquellos quienes quisieran creer posible todavía la reunión de sentimientos vivos, de impresiones apasionadas, de dones de la inteligencia, del sentido poético, con un carácter íntegro, una vida intacta, una conducta que no desmiente jamás el ideal poético!

¿Cómo no ser afectado, entonces, con la más noble de las tristezas, todas las veces que uno es obstinado en un hecho que nos muestre al poeta desobedeciendo las inspiraciones de las musas, estos ángeles de la guarda del talento, que le enseñarían también a hacer de su vida el más bello de sus poemas? ¡Qué desastrosos escepticismos, qué lamentables desfallecimientos, qué dolorosas apostasías arrastran tras de sí estas caldas del genio. Y, sin embargo, sería sacrílega la voz que confundiese estas desviaciones en un mismo anatema, con las humillaciones de la bajeza o el impudor jactancioso! ¡Sería un sacrilegio! Porque si la acción del poeta ha desmentido a veces su canto, ¿no es más bien que su canto ha renegado de su acción? ¿Y no podrá su obra contener más eficaces virtudes que fuerzas malhechoras en acción? El mal es contagioso, pero el bien es fecundo. Suavizando sus convicciones ante las ventajas indignas de su atención, el poeta no ha glorificado menos los sentimientos que le condenaban y que, penetrando en sus obras, le han dado una acción de una extensión más vasta que la de su vida privada. Estas obras ¿no han consolado, serenado, edificado más almas que las fluctuaciones que hayan podido abatir su triste existencia? El arte es más poderoso que el artista; sus creaciones tienen una vida independiente de su voluntad vacilante, porque son una de las manifestaciones de la inmovible belleza y más duradera que ella misma; ellas pasan de generación en generación, intactas e inmarcesibles, encerrando una virtual facultad de redención para su autor.

Si ha sucedido que algunos entre ellos de los que han inmortalizado sus aspiraciones y su sensibilidad, otorgándoles el imperioso ascendiente de una irresistible elocuencia han ahogado, sin embargo, esas aspiraciones y abusado de esta sensibilidad, ¡cuántos son los que han sido secretamente confirmados, alentados y fortalecidos en una bella conducta por las obras de su genio! La indulgencia no sería tal vez sino justicia para ellos; ¡pero qué duro se hace el reclamar justicia!, ¡cómo contraría tener que prohibir lo que se quería adinerar, excusar cuando sólo se quería venerar!

Qué dulce orgullo pone el amigo y el artista en recordar una carrera en la cual no hay ninguna distancia que hiera, ninguna contradicción que merezca indulgencia, ningún error

que exija elevarse de la corriente para encontrar su excusa, ningún extremo que haya que lamentar como consecuencia de un exceso de causas. Con qué dulce orgullo nombra a uno de aquellos que han probado que no es sólo reservado a las naturalezas apáticas a las que no seduce ninguna fascinación, que no atraen ningún espejismo, que no son susceptibles de ninguna ilusión, que se limitan sencillamente a las estrictas reglas, a las abstinencias rutinarias de las leyes establecidas, el pretender a esta elevación de alma a la que no somete ningún fracaso, que no se desmiente en ningún instante. A este título, el recuerdo de Chopín será doblemente querido de los amigos y los artistas que ha encontrado en su camino, como de estos amigos desconocidos que adquiere por sus cantos de poeta; como de los artistas que, sucediéndole, se glorificarán de ser dignos de él.

En ninguno de sus numerosos repliegues ha encubierto el carácter de Chopín un solo movimiento, un solo impulso que no fuese dictado por el más delicado sentimiento del honor y la más noble cordialidad de los afectos. Y, sin embargo, jamás fue naturaleza alguna más dada a justificar irregularidades, salidas de tono, ásperas singularidades. Su imaginación era ardiente, sus sentimientos llegaban hasta la violencia; su organización física era débil y malsana. ¿Quién puede profundizar los sufrimientos originados por tales contradicciones? Han tenido que ser crueles, pero jamás dio el espectáculo, siempre guardó el secreto; lo ocultó a todas las miradas, bajo la impenetrable serenidad de una resignación altiva.

La delicadeza de su constitución y de su corazón le impusieron el femenino martirio de torturas jamás confesadas y dieron a su destino algunos trazos de los destinos femeninos. Excluido por su salud de la arena palpitante de las actividades ordinarias, sin gusto por ese bordoneo inútil en que algunas abejas se juntan a tanto zángano, derrochando la superabundancia de su fuerza, se creó un alvéolo al margen de los caminos demasiado frecuentados. Ni aventuras, ni complicaciones, ni episodios, han influido en su vida, que ha simplificado, aunque rodeado de circunstancias difíciles para lograr tal resultado. Sus sentimientos y sus impresiones formarán los acontecimientos más notables e importantes para él, que los cambios y los accidentes de fuera. Las lecciones que dio constantemente, con asidua regularidad, fueron como su tarea doméstica y diaria cumplidas con conciencia y satisfacción. Expansionó su alma en sus composiciones como otros la expansionan en la oración: vertiendo en ellas todas esas efusiones del corazón, esas tristezas inexpresadas, esas penas indecibles que las almas piadosas vierten en sus plegarias con Dios. En sus obras decía lo que no se dice sino de rodillas; esos misterios de pasión y de dolor que han permitido al hombre comprender sin palabras, porque no le ha sido dado expresarlas con ellas.

La inquietud que Chopín empleó en evitar, que se nos permita esta palabra, el zig-zag de los contornos de la vida, de limpiar lo superfluo, los desmenuzamientos en parcelas informes y sin objeto, han alejado los numerosos incidentes. Algunas líneas vagas envuelven su imagen como una humareda azulada desapareciendo bajo la mano que quisiera tocarla y seguirla. No se ha mezclado a ninguna acción, a ningún drama, a ningún nudo, a ningún desenlace. No ha ejercido influencia decisiva sobre ninguna existencia. Su voluntad nunca ha usurpado ningún deseo; no ha enlazado ni oprimido ningún espíritu por la dominación del suyo. No ha ejercido despotismo alguno sobre ningún corazón, no ha posado su mano conquistadora sobre ningún destino; no buscaba nada, hubiera desdeñado

el pedir cualquier cosa. Como el Tasso podía decir: «Brama assai, poco spera, e nulla chiedc». Pero igualmente escapaba de todos los lazos, a todas las amistades que hubieran querido enlazarle tras de sí e impulsarle hacia tumultuosas esferas. Presto a darlo todo, no se daba él mismo. Es posible que supiera qué abnegación exclusiva, qué adhesión sin restricción ninguna hubiera sido digno de inspirar, de comprender y participar. Es posible que pensara, como algunas almas ambiciosas, que el amor y la amistad ni son todo, ni son nada. Es posible que le haya costado más esfuerzo el aceptar la participación que lo que le costara el de no aflorar estos sentimientos y no conocer más que un ideal desesperado. Si ha sido así, nadie lo ha sabido completamente, porque él nunca hablaba ni de amor de amistad. No era exigente como aquellos otros cuyos derechos y justas exigencias sobrepasan con mucho lo que habría de ofrecérsele. Sus más íntimas relaciones ni penetraban nunca en este recinto sagrado donde habitaba su alma, ausente del resto de su vida; reducto tan disimulado, que apenas podía sospecharse.

En sus relaciones y conversación, parecía no interesarse sino en lo que preocupaba a los demás; se guardaba de sacarlos de su personalidad para llevarle a la suya propia. Si daba poco de su tiempo, no se reservaba en cambio nada del que concedía. Lo que hubiera soñado, deseado, querido, conquistado. Si su blanca y afilada mano hubiera podido enlazar cuerdas de bronce a las cuerdas de oro de su lira, nadie se lo ha preguntado nunca, ni en su presencia se lo hubiera podido permitir. Su conversación versaba poco sobre temas emocionantes, resbalaba por cima, y como era poco pródigo de sus instantes era absorbido fácilmente por los detalles del día; tenía cuidado de no permitir extralimitarse en digresiones que pudieran relacionarse con él. Su individualidad no se prestaba nunca las investigaciones de la curiosidad, las indagaciones ni las estratagemas escrutadoras. Agradaba demasiado para hacer reflexionar. El conjunto de su persona era armonioso y no se prestaba a ningún comentario. Su mirada azul era más espiritual que soñadora; su sonrisa dulce y fina no se hacía amarga. La finura y transparencia de su piel, seducía a la mirada, sus cabellos rubios eran sedosos, su nariz ligeramente curvada, sus modales distinguidos y sus maneras tan aristocráticas que, involuntariamente, se le trataba en príncipe. Sus gestos eran graciosos y múltiples, el timbre de su voz siempre sordo, a menudo apagado, su estatua más bien baja, sus miembros débiles, toda su apariencia hacía pensar en esas clemátides meciendo sobre tallos de una increíble finura sus copas tan divinamente coloreadas, pero de un brillo tan vaporoso que el menor contacto las destroza.

Llevaba al mundo la igualdad de humor de las personas que no sufren ninguna contrariedad porque no se dan a ningún interés. De costumbre estaba alegre; su espíritu cáustico descubría rápidamente el ridículo mucho más allá de la superficie que advierten todos; desplegaba en la pantomima un ingenio raro, inagotable; se divertía frecuentemente en reproducir con bufonescas improvisaciones, las fórmulas musicales y los tic particulares de ciertos virtuosos, en repetir sus gestos, sus movimientos, en imitar sus fisonomías con un talento que comentaba en un minuto su completa personalidad. Sus facciones se hacían entonces incognoscibles, las hacía pasar por las más extrañas metamorfosis, pero, incluso imitando lo feo y grotesco, no perdía nunca su gracia innata. La mueca no conseguía afearle y su alegría resultaba tanto más picante cuando que la sujetaba a límites con un perfecto buen gusto, excluyendo cuanto pudiera traspasarlo. En ninguno de los instantes de la más franca familiaridad empleaba, palabras de mal gusto, una vivacidad fuera de lugar podía no chocar.

Por una absoluta exclusión de cualquier comentario, que pudiera referirse a él, por una discreción completa sobre sus propios sentimientos, lograba simplemente dejar esa impresión tan preferida del vulgo, la de una presencia que encanta sin que haya que temer el que se quede con todo lo favorable y que haga que sucedan a las expansiones de sus alegrías atrayentes, las tristezas que imponen confidencias melancólicas y las fisonomías ensombrecidas, estas reacciones inevitables en las naturalezas de las que se puede decir: Ubi mel ibi fel; y aun cuando el vulgo no pueda rechazar un cierto respeto a los sentimientos dolorosos que causan estas reacciones, aunque tengan para ellos el atractivo de lo desconocido y que les incite en cierto modo a la admiración, no lo aprecian más que a distancia, huye su aproximación incómoda para sus reposos, tan pronto a pasmarse en su descripción como a apartarse de su vista. La presencia de Chopín era, pues, siempre festejada; y llevaba de tal manera a cuanto no fuese él, que su personalidad íntima quedaba aparte, inabordable e inabordable bajo esta superficie cortés y deslizante en la que era imposible tomar pie.

Aunque raras veces, hubo, sin embargo, algunos instantes en que le hemos sorprendido profundamente emocionado. Le hemos visto palidecer, ponerse lívido hasta el punto de reflejar tintes verdes y cadavéricos. Pero en sus más vivas emociones quedaba concentrado. Era entonces, como de costumbre, avaro de las palabras que denotaran sus sentimientos. Un minuto de recogimiento sustraía siempre el secreto de su primera impresión. Los movimientos que se sucedían, cualquiera graciosa espontaneidad que acertaba a dar, eran siempre el efecto de una reflexión y de una voluntad que dominaba el extraño conflicto de energías morales y debilidades físicas que en él se encontraban. Este imperio constantemente ejercido sobre la violencia de su carácter, recordaba la superioridad melancólica de los seres que buscan su fuerza en la reserva y el aislamiento, sabiendo la inutilidad de las explosiones de sus cóleras y demasiado celosos del misterio de sus pasiones para traicionarlas gratuitamente.

Sabía perdonar noblemente, ningún dejo de rencor quedaba en su corazón contra las personas que le habían ofendido; pero como estas ofensas penetraban en lo hondo de su alma, fermentaban en vagas penas y sufrimientos interiores de tal manera que mucho después de que sus causas se hubieran borrado de su memoria sentía aún secreto malestar. Aparte de eso, en fuerza de someter sus sentimientos a lo que le parecía deber ser para ser bien, llegaba hasta agradecer los servicios ofrecidos, por una amistad mejor intencionada que bien informada, que contrariaba su oculta susceptibilidad. Estos desaciertos de la torpeza son, sin embargo, los más difíciles de soportar para las naturalezas nerviosas condenadas a reprimir la expresión de sus arrebatos y llevadas, por ende, a una irritación sorda, que no deriva nunca de sus verdaderos motivos y que engañaría mucho, no obstante, a quienes la tomaran por una rareza inmotivada. Pero como faltar a lo que consideraba la más correcta línea de conducta fuese una tentación a la cual no hubiera podido resistir, porque probablemente no se le presentó nunca, se guardó de descubrir ante las individualidades más vigorosas, y por eso únicamente más bruscas y tajantes que la suya, las irritaciones que le hacían sufrir con su contacto y sus relaciones.

La reserva de sus conversaciones se extendía a todos los temas, los cuales llevan el fanatismo de las opiniones. Únicamente por aquello que no hacía en la estrecha

circunscripción de su actividad, se llegaba a prejuizar. Su patriotismo se reveló en la dirección que tomó su talento, en la elección de sus amistades, en las preferencias por sus alumnos, en los servicios frecuentes y considerables que gustaba rendir a sus compatriotas; pero no recordamos que tuviese placer en expresar sus sentimientos en tal respecto. Si hablaba algunas veces sobre las ideas políticas tan constantemente discutidas en Francia, tan vivamente atacadas, tan calurosamente defendidas, era más bien para señalar lo que encontraba de falso y erróneo, que para hacer valer otras. Llevado a continuas relaciones con los hombres políticos más destacados de nuestros días, supo limitar las relaciones entre ellos y él en una buena acogida individual completamente ajena e independiente de la conformidad de opiniones.

La democracia representaba ante sus ojos una aglomeración de elementos demasiado heterogéneos, excesivamente atormentados de una exagerada potencia salvaje, para serle simpática. Hace más de veinte años que la llegada de las cuestiones sociales fue comparada a una nueva invasión de los bárbaros. Chopín se sentía particular y penosamente atacado de cuanto esta asimilación tenía de terrible, desesperaba de obtener de los Atilas modernos la salud de Roma; de preservar al arte de sus destrucciones y devastaciones como a sus monumentos, sus costumbres, la civilización en una palabra, la vida elegante, perezosa y refinada que cantó Horacio. Seguía de lejos los sucesos con una perspicacia de golpe de vista que no hubiéramos podido imaginar, la cual le hizo predecir aquello que no imaginaban los mejor informados. Si se le escapaban observaciones de este género no las desarrollaba nunca. Sus frases cortas no llamaban la atención más que cuando los sucesos las habían justificado. Su buen, sentido lleno de fineza le había persuadido de antemano de la perfecta vacuidad de la mayor parte de los discursos políticos, de las discusiones teológicas, de las digresiones filosóficas, y así llegó a practicar desde joven la máxima favorita de un hombre infinitamente, distinguido, al que con frecuencia hemos oído repetir una palabra dictada por la sabiduría misantrópica de sus viejos años, palabra que asombraba entonces a nuestra inexperiencia impaciente, pero que después nos ha impresionado por su triste exactitud: «Ustedes se persuadirán un día, como yo -decía el marques Julio de Noailles a los jóvenes a quienes honraba con sus bondades y que se dejaban llevar al calor de inocentes debates sobre sus opiniones-, que no hay medio de hablar de lo que sea con quien sea.»

Sinceramente religioso y adherido al catolicismo, Chopín no abordaba jamás esta cuestión, guardando sus creencias sin ostentarlas aparatosamente. Se le podía conocer largo tiempo sin tener una noción exacta de sus ideas sobre este punto. El mundo va dá sé, parecía decirse para consolar su mano ociosa y reconciliarla con su lira. Muchas veces le hemos contemplado largos ratos en medio de conversaciones bulliciosas y animadas, de las que se excluía por su silencio. La pasión de los conversadores le dejaba en el olvido; pero, por nuestra parte, hemos dejado varias veces de seguir el hilo de sus razonamientos para fijar nuestra atención en la figura de Chopín, que se contraía imperceptiblemente cuando temas que se relacionan con las condiciones primeras de nuestra existencia, se debatían ante él con tan enérgicos arrebatos, por lo que hubiéramos llegado a creer que nuestra suerte había de decidirse por ellos instantáneamente. Entonces se nos aparecía como un pasajero a bordo de un barco al que la tempestad agita sobre las olas, contemplando el horizonte y las estrellas, soñando en su lejana patria, siguiendo las maniobras de los marineros, contando



sus faltas y callándose por no tener la fuerza suficiente para alcanzar uno de los cordajes de la vela.

En un solo caso se apartó Chopín de su silencio premeditado y de su acostumbrada neutralidad. Rompió su reserva por la causa del arte, sobre la cual únicamente no abdicó en ninguna circunstancia el derecho de declarar explícitamente su juicio, sobre el cual se aplicó siempre con persistencia para extender la acción de su influencia y de su voluntad. Era como un testimonio tácito de la autoridad que como gran artista sentía legítimamente y creía poseer en estas cuestiones que hacía relevar de su competencia y de su llamada, sobre las cuales no dejó duda alguna nunca en cuanto a su manera de enfocarlas. Durante algunos años puso un ardor apasionado en sus defensas; más tarde, habiendo disminuido el interés de su objeto por el triunfo de sus ideas, no buscó ninguna otra ocasión para colocarse derechamente a la cabeza de un bando determinado. En este caso único en el que tomó parte en un conflicto de partido, dio pruebas de convicciones absolutas, tenaces e inflexibles, como todas aquellas que, siendo vivas, salen raramente a la luz.

En 1832, poco después de su llegada a París, se formó una nueva escuela tanto en música como en literatura y se produjeron jóvenes talentos que sacudieron con brillo el yugo de antiguas fórmulas. La efervescencia política de los primeros años de la revolución de julio, apenas sofocada, prendió con toda vivacidad sobre las cuestiones de literatura y arte que acapararon la atención y el interés de los espíritus. El romanticismo estuvo a la orden del día, y se combatió encarnizadamente en pro y en contra. No hubo tregua alguna entre quienes no admitían que pudiese escribirse de otra manera que como se había escrito hasta entonces, y aquellos que querían que el artista fuese libre de escoger la forma para adaptarla a su sentimiento, y pensaban que encontrándose en concordancia con éste, la regla y la forma han de ceñirse necesariamente al sentimiento que se quiere expresar según las diferentes maneras de sentir que exigen siempre una manera diferente de traducirse. Los unos creían en la existencia de una forma permanente, cuya perfección representa lo bello absoluto y juzgaban cada obra según este punto de vista preestablecido; pero admitiendo que los grandes maestros habían llegado hasta los últimos límites del arte y a la suprema perfección, no dejaban a los artistas que les sucedían otra gloria que la de esperar aproximarse más o menos, por la imitación, frustrándoles incluso la esperanza de igualarles, no pudiendo llevarse jamás el perfeccionamiento de una técnica hasta el mérito de la invención. Los otros negaban que lo bello pudiese tener una forma fija y absoluta; pareciéndoles, a medida que se manifestaban las formas diversas en la historia del arte, como tiendas colocadas en el camino del ideal: altos monumentos que el genio alcanza de época en época y que sus inmediatos herederos deben sobrepasar. Los unos querían encerrar en cercos simétricos de las mismas proporciones las inspiraciones de tiempos y naturalezas lo más desemejantes; los otros reclamaban para cada uno de ellos la libertad de crear su modo, no aceptando otra regla que aquella que surge de las relaciones directas entre el sentimiento y la forma, a fin de que ésta sea adecuada a aquél. Los modelos existentes, por admirables que fuesen, no parecían haber agotado todos los sentimientos de que, puede apoderarse el arte y todas las formas que puede emplear. No deteniéndose en la excelencia de la forma, sólo la buscaban en cuanto que su irreprochable perfección es indispensable a la completa revelación del sentimiento; porque no ignoraban que el sentimiento queda truncado siempre que la forma, quedando imperfecta, intercepta el brillo como un velo opaco. Sometían así a la inspiración poética el trabajo de oficio, sometiendo a

la paciencia y al genio de imaginar en la forma lo necesario para satisfacer las exigencias de la inspiración, rechazando a sus adversarios el reducir la inspiración al suplicio de Procasto, no admitiendo que ciertos modos del sentimiento fuesen inexpresables en las formas anteriormente determinadas, desposeyendo así al arte, de antemano, de todas las obras que hubieran intentado introducir nuevos sentimientos revestidos de nuevas formas, sacadas del desarrollo siempre progresivo del espíritu humano, de los instrumentos y de los recursos materiales del arte.

Aquellos que veían devorar insensiblemente las llamas del talento a las viejas maderas carcomidas, se sumaban a la escuela musical de la cual era Berlioz el representante mejor dotado, el más resuelto y el más osado; Chopín se alió completamente y fue uno de aquellos que puso más perseverancia para liberarse de las serviles fórmulas del estilo convencional, tanto como para repudiar las charlatanerías, que no hubieran sustituido los viejos abusos más que con nuevos abusos.

Durante los varios años que duró esta especie de campaña del romanticismo, de donde surgieron ensayos con resultados magistrales, Chopín permaneció invariable tanto en sus predilecciones como en sus repulsiones. No admitió el menor atenuante con ninguno de aquellos que, según él, no representaban suficientemente el progreso y no probaban una sincera adhesión hacia él, sin deseo de explotación del arte en provecho del oficio, sin perseguir efectos pasajeros de éxitos por sorpresa para la sorpresa del auditorio. Rompió lazos que había contraído con respeto, cuando se sentía cohibido por ellos y retenido en demasía a la orilla por las amarras cuya vetustez reconocía. Por otra parte, se rehusó obstinadamente a formar con los jóvenes artistas, cuyos éxitos, exagerados a su modo de ver, exageraban sus méritos. No concedía la más ligera alabanza a lo que no creía ser una conquista efectiva para el arte, o una seria concepción de la misión de un artista. No quería ser preconizado ni por los unos ni por los otros con la ayuda de estos manejos, de estas concesiones que se hacen en las diversas escuelas en la persona de sus jefes y que han introducido en medio de las rivalidades, de las usurpaciones, de las decadencias y de las mezclas de los diversos estilos en las diferentes ramas del arte, negociaciones, tratos y pactos semejantes a aquellos que forman el fin y los medios de la diplomacia, tanto como los artificios y el abandono de ciertos escrúpulos que le son inseparables. Rehusando el apoyar sus producciones con cualquier socorro accesorio para forzar su acogimiento, mostraba lo bastante que se fiaba de sus bellezas para hacerlas apreciar por sí mismo y no procuraba precipitar ni facilitar su aceptación inmediata.

Él dio a nuestros ensayos, a nuestras luchas de entonces, tan llenas de incertidumbre todavía y que encontraban más sabios echados para atrás que gloriosos adversarios, el apoyo de una convicción tranquila e inmovible, de una estabilidad de carácter a prueba de paciencia y de engaños, de una rara inflexibilidad de voluntad, al mismo tiempo que el auxiliar eficaz que lleva a una causa el mérito de las obras que puede reivindicar. Chopín acompañó sus atrevimientos con tal encanto, medida y saber, que quedó justificada, la confianza en su genio por la pronta admiración que inspiró. Los sólidos estudios que había hecho, las costumbres reflexivas de su juventud, el culto en el cual fue educado por la belleza clásica, le preservaron de perder sus fuerzas en tanteos malogrados y de medianos éxitos, como le ha sucedido a más de un partidario de las nuevas ideas. Su constante paciencia para elaborar y ultimar sus obras le ponía al abrigo de las críticas que envenenan

los disentimientos amparándose de las victorias fáciles e insignificantes, debidas a la omisión y a la negligencia del descuido. Ejercitado desde el principio a las exigencias de las reglas, habiendo producido incluso obras bellas, en las cuales se había contenido, no las desechaba sino con el propósito de una perfección reflexiva. Siempre avanzaba, en virtud de su principio, sin dejarse arrastrar por la exageración ni seducir por las transacciones, descuidando voluntariamente las fórmulas teóricas para perseguir solamente sus resultados. Menos preocupado de las disputas de escuela y de sus términos que de darse la mejor de las razones, aquella de una obra conseguida, tuvo la dicha de evitar las enemistades personales y los acomodamientos enfadosos.

Con las apariencias más modernas, más sencillas, menos estáticas, Chopín tenía por el arte el respetuoso culto que le ofrendaban los primeros maestros de la Edad Media. Como para ellos, el arte era para él una bella, una santa vocación. Como ellos, estaba orgulloso de haber sido llamado y llevaba una religiosa piedad. Este sentimiento se reveló a la hora de su muerte en un detalle cuya significación nos la explican mejor aún las costumbres de Polonia. Por una menos extendida en nuestros tiempos, pero que sin embargo subsiste aún, los moribundos escogían a menudo las vestiduras con las cuales se hacían envolver, y que para algunos eran preparadas con bastante anticipación. Los más raros, los más íntimos pensamientos se expresaban o se denunciaban así por primera vez. Los hábitos monásticos eran frecuentemente elegidos por personas mundanas, los hombres preferían o rechazaban el uniforme de su cargo, según se uniesen a él recuerdos gloriosos o penas. Chopín que, entre los primeros artistas contemporáneos, fue el que dio menos conciertos, Chopín, no obstante, quiso ir a la tumba con el traje que se ponía para ello. Un sentimiento natural y profundo, manado de una fuente inagotable de entusiasmo por su arte, ha dictado sin duda este último voto, cuando habiendo cumplido escrupulosamente los últimos deberes del cristiano, dejaba todo aquello de la tierra que no podía llevarse al cielo. Mucho tiempo antes de la proximidad de la muerte había legado a la inmortalidad su amor y su fe en el arte, y ha dejado esta vida testimoniando, una vez más, y como de costumbre, por un símbolo mudo, la convicción que había guardado intacta durante toda su vida. Ha muerto fiel a sí mismo, adorando en el arte sus místicas grandezas y sus más místicas revelaciones.

Retirándose, según lo hemos dicho, de la corriente de la sociedad, Chopín llevaba sus solicitudes y sus afectos al círculo de su familia y a los conocimientos de su juventud. Siempre conservó sin interrupción, relaciones frecuentes con ellos, que cultivaba con gran cuidado. Su hermana Luisa le era la más querida, y una cierta semejanza de naturaleza y de espíritu y la inclinación de sus sentimientos les aproximó todavía de modo más particular. Ella hizo varias veces el viaje de Varsovia a París para verle y pasó en París junto a su hermano los tres últimos meses de su vida para rodearle de sus solícitos cuidados.

Chopín mantenía una correspondencia regular con los suyos, pero solamente con ellos. Una de sus singularidades consistía en no escribir cartas a nadie más, y pudiera creerse que había hecho voto de no dirigirse, nunca a extranjeros. Resultaba curioso verle recurrir a todos los expedientes para librarse de la necesidad de redactar la más insignificante esquelita. Varias veces prefirió atravesar París de una punta a otra para rehusar una comida o dar parte de ligeras informaciones mejor que ahorrarse el trabajo escribiendo algunas líneas. Su letra era desconocida de la mayor parte de sus amigos. Se dice que se apartaba de tal costumbre en favor de sus bellas compatriotas, algunas de las cuales poseían varias

cartas de su puño y letra escritas en polaco. Esta infracción a lo que hubiera podido tenerse por una regla suya, se explica por el placer que tenía en hablar ese idioma, que empleaba con preferencia con los suyos, con los cuales gustaba traducir las locuciones más expresivas. Dominaba muy bien el francés, como los eslavos en general, y por su origen francés le había sido enseñado con especial esmero. Pero se avenía mal, reprochándole ser poco sonoro al oído y de un carácter frío. Esta manera de juzgarlo está, por otra parte, bastante extendida entre los polacos, quienes se sirven de él con una gran facilidad, lo hablan mucho entre ellos, algunos mejor que su propio idioma, pero se quejan sin embargo, quienes no lo conocen, de no poder dar en otra lengua que la suya los matices etéreos y los cambiantes del pensamiento. Es, tanto la majestad, como la pasión, como la gracia, lo que, en su opinión, falta a las palabras francesas. Si se les pregunta el sentido de un verso, de una palabra citada por ellos en polaco, «¡oh!, es intraducible», es inevitablemente su primera respuesta dada al extranjero. En seguida vienen los comentarios que sirven sobre todo a comentar la exclamación y a marcar todas las finezas, todos los sobreentendidos, todos los contrarios encerrados en esta palabra: «¡intraducibles!». Hemos citado algunos ejemplos, los cuales, unidos a otros, nos llevan a suponer que esta lengua tiene la ventaja de imaginar los sustantivos abstractos y que en el curso de su desarrollo ha debido al genio poético de la nación el establecer entre las ideas una aproximación sorprendente y justa para las etimologías, las derivaciones y los sinónimos. Resulta como un reflejo coloreado, sombra o luz proyectada sobre cada expresión, y pudiera decirse también que hacen vibrar en el espíritu el sonido correspondiente de una tercera, que modula inmediatamente el pensamiento en un acorde mayor o menor. La riqueza de la lengua permite siempre la elección de la tonalidad, pero la riqueza puede llegar a ser una dificultad y no sería imposible el atribuir el uso de lenguas extranjeras, tan extendido en Polonia, a la pereza de espíritu y de estudio que quiere escapar a la fatiga de una habilidad de dicción indispensable en una lengua llena de repentinas profundidades y de un laconismo tan enérgico que la trivialidad es insostenible y la vaguedad difícil. Las asonancias de sentimientos mal definidos son incomprensibles en el fuerte nervio de su dramática; la idea no puede surgir de una pobreza singularmente desusada, mientras que quede por debajo de los límites del lugar común, exige una rara precisión de términos para no resultar barroca en extremo. La literatura de este país debe tal vez a este carácter del idioma el tener más obras maestras, en proporción con el número de sus autores, que otros países. Se siente uno maestro cuando se atreve a manejarlo.

En sus relaciones con sus padres, Chopín ponía una gracia encantadora. No contento con limitar a ellos toda su correspondencia, aprovechaba su estancia en París para procurarles mil sorpresas que dan las novedades, las bagatelas, los infinitamente (sic) pequeños, infinitamente bonitos, cuyo primor hace el encanto. Buscaba todo lo que él creía podía ser recibido con gusto en Varsovia y juntaba a sus cartas incesante envíos. Se interesaba mucho en que se conservase estos objetos, como para estar presente entre aquello, a quienes los destinaba. Por su parte, ponía gran estima hacia todas las pruebas de su afecto. Recibir noticias suyas o demostraciones de su recuerdo, era para él una alegría; no la compartía con nadie, pero se le notaba en el cuidado que ponía por todos los objetos que le llegaban de su parte. Los menores de ellos le resultaban preciosos, y no solamente no permitía servirse de ellos a los demás, sino que le contrariaba visiblemente que se les tocara.

La elegancia material le era tan natural como del espíritu y se acusaba tanto en los objetos que pertenecían como en sus maneras distinguidas. Le gustaban mucho las flores. Sin acercarse a la brillante riqueza con que algunas de las celebridades de París decoraron sus casas en esta época, sabía guardar en este punto, como en su toilette, entre lo excesivo y lo demasiado poco, la instintiva línea del *comme il faut*.

Sin confundir su tiempo, su pensamiento, sus pasos con los de nadie, la sociedad de las damas le resultaba preferible, por lo que obligaba a menos relaciones subsiguientes. Pasaba voluntariamente veladas enteras jugando al *Colin-Maillard* con jóvenes, contándoles historietas que les hiciesen reír con esa risa de perla de la juventud, más dulce que el canto del ruiseñor. El campo y la vida de *Château* le convenían. Era ingenioso para variar las diversiones y multiplicar los episodios regocijantes. Además, gustaba trabajar allí, y varias de sus mejores obras escritas en tales momentos, encierran quizá el recuerdo de sus días mejores.

#### Juventud de Chopín

Chopín nació en *Zelazowa-Wola*, cerca de Varsovia, en 1810. Por una rara casualidad en los niños, parece que en sus primeros años no guardó el recuerdo de su edad y que la fecha de su nacimiento no se fijó en su memoria sino por un reloj que le dio la señora *Catalani* en 1820, con ésta inscripción: «La señora *Catalani* a *Federico Chopín*, a los diez años de edad.» El presentimiento del artista reveló tal vez al niño la presencia de su porvenir. Nada de extraordinario hubo en toda su infancia, cuyo desenvolvimiento interior atravesó probablemente pocas fases y tuvo escasas, manifestaciones. Como era débil y enfermizo, la atención de su familia se concentró sobre su salud. Desde entonces, sin duda, tomó la costumbre de esta afabilidad, de esta especial gracia, de esta dirección sobre cuanto le hacía sufrir, nacida del deseo de tranquilizar las inquietudes que ocasionaba. Ninguna precocidad en sus facultades, ningún signo precursor de un notable desarrollo, revelaron en estos primeros años una futura superioridad de alma, de espíritu o de talento. Se veía a este pequeño ser sufriendo y sonriendo, siempre paciente y alegre y se apreciaba tan justamente su voluntad de no ser ni caprichoso, ni taciturno, que satisfacía sin duda el aprecio de estas cualidades, creyendo que entregaba su corazón sin reservas y manifestaba el secreto de todos sus pensamientos. Pero hay almas que al entrar en la vida son como ricos viajeros llevados por la suerte en medio de simples pastores, colmándoles, mientras que viven con ellos, de dones, relativamente nulos para su propia opulencia, su sin embargo, para maravillarles y repartir la dicha en el seno de sus pobres costumbres. Estas alma dan en afectuosas expansiones tanto o más que las que le rodean: satisfacen, se supone que han sido generosas, mientras que en verdad sólo han sido poco expansivas y poco pródigas de sus tesoros.

Las costumbres que Chopín conoció primero y entre las cuales creció como en una cuna sólida y blanda, fueron las de un interior unido, tranquilo, ocupado; estos ejemplos de sencillez, de piedad y de distinción le fueron siempre los más dulces y más queridos. Las virtudes domésticas, las costumbres religiosas, las piadosas caridades, la modestia rígida le

rodearon de una atmósfera pura, donde su imaginación tomó esa blandura tierna de las plantas que nunca fueron expuestas al polvo de los grandes caminos.

Desde muy pequeño inició los estudios musicales. A los nueve años empezó, siendo muy pronto confiado a un apasionado discípulo de Sebastián Bach, Ziwna, que dirigió sus estudios durante largos años, según la enseñanza más clásica. Es de suponer que cuando se dedicó de lleno a los estudios musicales no ofuscaban sus ojos ni las esperanzas de sus familiares ningún prestigio de vanagloria, ninguna fantástica perspectiva. Se le hizo estudiar seriamente y a conciencia con el fin de que fuese algún día maestro sabio y hábil, sin inquietarse demasiado de la mayor o menor resonancia que pudieran obtener los frutos de estas lecciones y de estas labores de sus deberes.

Desde bastante joven fue llevado a uno de los primeros colegios de Varsovia, gracias a la generosa e inteligente protección que el príncipe Antonio Radziwill prestaba siempre al arte y a los jóvenes talentos, que reconocía con un golpe de vista de hombre y artista distinguido. El príncipe Radziwill no cultivaba la música como simple diletante; fue un compositor notable. Su bella partitura de «Fausto», publicada hace algunos años y que la Academia de Canto de Berlín ejecuta en épocas fijas, nos parece bastante superior, por su íntima unión, al genial poema, a las otras tentativas que fueron hechas para llevarlo a la música. Subviniendo a los muy escasos medios de la familia de Chopín, el príncipe le hizo el don inapreciable de una alta educación, en la que nada fue descuidado. Desde su entrada en el colegio hasta la terminación completa de sus estudios, siempre fue el príncipe quien, con su elevado espíritu, comprendía todas las exigencias de la carrera de un artista, quien pagó su pensión por la intervención de un amigo, Antonio Korzuchowski, el cual desde esta época conservó con Chopín, hasta sus últimos días, la relación de una constante amistad.

Hablando de este período de su vida, nos complacemos en citar las encantadoras líneas que pueden serle aplicadas más justamente que otras páginas en las cuales se ha creído percibir su parecido, pero en ellas no sabríamos encontrarlo más que en esas proporciones falseadas que formarían una silueta dibujada sobre un tisú elástico, que se hubiera desviado por dos movimientos contrarios.

«Dulce, sensible, exquisito en todo, tenía a los quince años todas las gracias de la adolescencia reunidas a la gravedad de la edad madura. Seguía delicado de cuerpo como de espíritu. Pero esta ausencia de desarrollo muscular le valió el conservar una belleza, una fisonomía excepcional, que no tenía, por decirlo así, ni edad ni sexo. No tenía el aire viril y atrevido de un descendiente de esta raza de antiguos magnates, que no sabían más que beber, cazar y guerrear; no era tampoco la gentileza afeminada de un querubín color de rosa. Era algo como esas criaturas ideales que la poesía de la Edad Media hacía servir de ornamento en los templos cristianos. Un ángel bello de rostro como una mujer triste, puro y esbelto de forma como un joven dios del Olimpo y para coronar este conjunto, una expresión a la vez tierna y severa, casta y apasionada.»

«Ése era el fondo de su ser. Nada era más puro y más exaltado al mismo tiempo, que sus pensamientos, nada más tenaz, más exclusivo y más minuciosamente dedicado que sus afectos. Pero este ser no comprendía más que lo idéntico así mismo, el resto no existía para él más que como una especie de sueño enfadoso del que trataba de sustraerse viviendo en

medio del mundo. Siempre perdido en sus ensueños, la realidad le desagradaba. Cuando niño no podía tocar un instrumento cortante sin herirse; de hombre no podía encontrarse frente a otro diferente a él sin molestarse con esta contradicción viviente.»

.....

«Lo que le preservaba de un antagonismo perpetuo era el hábito voluntario y pronto inveterado de no ver ni oír en general, lo que le disgustaba, sin tocar a sus afectos personales. Los seres que no pensaban como él se presentaban a sus ojos como especie de fantasmas y como era de una cortesía encantadora, podía tomarse como una benevolencia amable, lo que no era en él sino frío desdén, digamos, aversión insoportable.»

.....

«No ha tenido nunca una hora de expansión sin desquitarla con varias horas de reserva. Las causas morales han sido muy ligeras, muy sutiles para ser recogidas a simple vista. Hubiera hecho falta un microscopio para leer en su alma, donde penetraba tan poca luz de los vivos.»

«Es muy extraño que con semejante carácter pudiese tener amigos. Tenía, sin embargo, no solamente los de su madre, que estimaban en él al hijo de una noble mujer, sino también jóvenes de su edad que le querían ardientemente y que eran queridos por él. Tenía de la amistad una alta idea y en la edad de las primeras ilusiones creía con fe que sus amigos y él, educados aproximadamente de la misma manera y en los mismos principios, no cambiarían nunca de opinión y no llegarían a encontrarse en desacuerdo radical.»

«Era exteriormente tan afectuoso por su buena educación y su gracia natural, que tenía el don de agradar incluso a aquellos que no le conocían. Su figura atractiva prevenía en favor suyo; la debilidad de constitución le hacía interesante a las mujeres; la natural y fácil cultura de su espíritu, la dulce y deliciosa originalidad de su conversación, le ganaban la atención los hombres esclarecidos. En cuanto a aquellos de un temple menos fino, gustaban de su exquisita cortesía y eran tanto más sensibles cuanto no concebían, en su franca simplicidad, que era el ejercicio de un deber en el que la simpatía no entraba para nada.

«Si ellos hubieran podido penetrarle hubieran dicho que era más amable que amante; y en lo que les concernía hubiera sido verdad. ¿Pero cómo hubieran adivinado eso cuando sus raras adhesiones eran tan vivas, tan profundas y tan poco recusables?»

.....

«En el detalle de la vida era de un trato encantador. Todas las formas del acogimiento tomaban en él una gracia inusitada, y cuando expresaba su gratitud lo hacía con una emoción profunda que pagaba la amistad con usura.»

«Se imaginaba cada día que se iba a morir y en este pensamiento aceptaba los cuidados de un amigo y le ocultaba el poco tiempo que juzgaba que podría disfrutarlo. Tenía un gran valor externo, y si no aceptaba con la inconsciencia heroica de la juventud la idea de una próxima muerte, acariciaba al menos la espera con una especie de amarga voluptuosidad.»

.....

A estos primeros tiempos de su juventud se remonta la inclinación que sintió por una joven que no cesó nunca de profesarle un sentimiento impregnado de piadoso homenaje. La tempestad que en uno de los pliegues de sus ráfagas lanzó a Chopín lejos de su país como un pájaro soñador y distraído, sorprendido sobre las ruinas de un árbol extraño, rompió este primer amor y desheredó al desterrado de una esposa solícita y fiel al mismo tiempo que de una patria. No volvió a encontrar la dicha que había soñado con ella al encontrar la gloria en la cual quizá no hubiera todavía soñado. Era bella y dulce esta joven, como una de estas madonas de Luini cuyas miradas están llenas de grave ternura. Quedó tranquila pero triste, y la tristeza creció, sin duda, en su alma pura cuando supo que ninguna dedicación del mismo género que la suya vino a endulzar la existencia de aquel a quien hubiera adorado con una sumisión ingenua, una piedad exclusiva, con este abandono inocente y sublime que transforma a la mujer en ángel.

Aquellas colmadas por la naturaleza, de dones de genio funestos y bellos, son forzadas a no descuidar las inquietudes de su gloria por las de su amor, tienen probablemente el derecho de poner límites a las abnegaciones de su personalidad; pero puede suceder que se lamenten las divinas emociones debidas a su adhesión absoluta en presencia de los más brillantes dones del genio; porque esta ingenua sumisión, este abandono del amor que absorbe a la mujer, su existencia, su voluntad y hasta su nombre, en los del hombre que ama, es lo que puede solamente autorizar a este hombre a pensar cuando deja la vida, que la ha compartido con ella y que su amor le ha aportado, lo que ni el amante de ocasión ni el amigo de casualidad hubiera podido darle: el honor de su nombre y paz de su corazón.

Impensadamente separada de Chopín, esta joven fue fiel a su memoria, a todo lo que quedaba de él. Rodeó a sus padres de su filial amistad, y el padre de Chopín no quiso que el retrato que hubo dibujado en días de esperanza fuese nunca sustituido en su casa por ningún otro aunque fuese debido a un pincel maestro. Bastantes años después hemos visto las mejillas pálidas de esta mujer entristecida colorearse lentamente como enrojecería el alabastro delante de una luz mortecina, cuando contemplando este retrato se cruzaba su mirada con la del padre.

El encantador y fácil carácter que Chopín manifestaba en el colegio le hizo pronto querer de sus compañeros, en particular del príncipe Boris Czertwytynski y de sus hermanos. Cuando llegaban las fiestas y las vacaciones, iba con frecuencia a pasarlas con ellos en casa de su madre, la señora princesa Luis (sic) Czertwytynska, que cultivaba la música con verdadero sentimiento de buen gusto y que pronto supo descubrir al poeta en el músico. Quizá fuese la primera que hizo conocer a Chopín el encanto de ser comprendido al mismo tiempo que escuchado. La princesa era hermosa todavía y poseía un espíritu simpático unido a otras altas cualidades; su salón era uno de los más brillantes y solicitados



de Varsovia. Chopín encontró en él con frecuencia las mujeres más distinguidas de la capital y allí conoció esas seductoras bellezas de celebridad europea y que en Varsovia tenían gran fama por el brillo, la elegancia, la gracia de su sociedad. Por mediación de la princesa tuvo el honor de ser presentado en casa de la princesa de Lowicz; en su casa le pusieron en contacto con la condesa Zamoyska, la princesa Radziwill, la princesa Teresa Jablonowska, todas encantadoras, a las que rodeaban otras bellezas menos ilustres.

Bien joven todavía, parecía sentir su propio ritmo personal según los acordes de su piano. En esas reuniones, que hubieran podido pasar como asambleas de hadas, pudo sorprender muchas veces quizá rápidamente desvelados en el torbellino de la danza los secretos de esos corazones exaltados y tiernos; pudo leer sin pena en estas almas que se inclinaban con atractivo y amistad hacia su adolescencia, y pudo fácilmente aprender de qué mezcla de levadura y de pastel de rosa, de salitre y de lágrimas angélicas, es compuesto el ideal político de su nación. Cuando sus dedos distraídos corrían por el teclado y extraían súbitamente algunos acordes conmovedores, podía entrever cómo se deslizan los llantos furtivos de sus jóvenes seducidas, de las abandonadas; cómo se humedecen los ojos de los jóvenes amorosos y celosos de gloria. ¿No sucedió que alguna jovencita al pedirle un simple prelude apoyó su brazo sobre el instrumento para sostener su cabeza soñadora, dejándole adivinar en su mirada el canto que exhalaba su corazón? ¿No se dio el caso de que un grupo semejante de ninfas enloquecidas le rodearan de sonrisas que le enseñaron a ponerse al unísono con sus alegrías, para obtener de él algún vals de vertiginosa rapidez? Allí vio desplegar en la Mazurca las castas gracias de sus magníficos compatriotas y guardó un recuerdo imborrable del prestigio de sus impulsos, y de su moderación.

De vez en cuando contaba con aparente negligencia, pero con esa involuntaria y sorda emoción que acompaña el recuerdo de nuestras primeras ilusiones que había comprendido, desde luego, todo lo que las melodías y los ritmos de las danzas nacionales podían contener y expresar de los sentimientos, los días en que veía esas bellas hadas en cualquier fiesta de gran magnificencia, compuestas y adornadas con estos deslumbramientos y esas coqueterías que hacen palpitante (freler) todos los corazones a su fuego, avivan, ciegan y desgracian el amor; substituyendo por las suntuosidades de telas de Venecia, las muselinas de la India que los griegos hubieran dicho también que estaban tejidas de aire: por los orgullosos ramilletes de sus aderezos, las rosas perfumadas y las camelias de sus estufas y que le parecía que al son de la orquesta, por perfecto que fuese, rozaban menos rápidamente el suelo; que su risa le parecía menos sonora, su mirada de un brillo menos radiante y su cansancio mayor que en las noches en que la danza se improvisaba, porque había electrizado repentinamente al auditorio. Si le electrizaba es que sabía repetir en sonidos jeroglíficos, pero de fácil comprensión para los iniciados, los que había entreoído de las murmuraciones discretas y apasionadas de los corazones que podrían compararse a los fresnillos, estas plantas cuyas flores están siempre rodeadas de un gas tan sutil como inflamable. Había visto relucir fantasmas ilusorios y celestes visiones en este aire tan enrarecido y había adivinado qué enjambre de pasiones zumban sin cesar, como estas pasiones flotan en las almas y cómo están siempre dispuestas a medirse entre ellas, a sobreentenderse, a herirse, sin que sus movimientos y sus trepidaciones lleguen en ningún instante a perturbar la bella euritmia de las gracias exteriores, la quietud imponente y simple de la apariencia. Así fue como aprendió a gustar y tener en alta estima las maneras nobles y mesuradas cuando van unidas a una vivacidad de sentimiento que la delicadeza

preserva del hastío, que la previsión impide enranciarle, que prohíbe a la conveniencia hacerse tiranía, al buen gusto de degenerar en rigidez y no permite jamás a las pasiones parecerse, como sucede a menudo fuera, a estas vegetaciones pedregosas y calcáreas duras y frágiles, tristemente llamadas flores de hierro: Flos-ferri.

Estos primeros encuentros con un mundo en que la regularidad de las formas no encubría la petrificación del corazón, acostumbraron a Chopín a creer que las conveniencias y el decoro, en lugar de ser una máscara uniforme encubriendo bajo la simetría de las mismas líneas el carácter de cada individualidad, no servía más que para contener las pasiones sin ahogarlas, a quitarles la crudeza de tono que las desnaturaliza, el realismo de expresión que las rebaja, la despreocupación que las vulgariza, la vehemencia que estraga, la exuberancia que cansa y para enseñar a los «amantes de lo imposible» a esforzarse en reunir todas las virtudes que el conocimiento del mal hace brotar, a todas aquellas que hacen «olvidar su existencia hablando a lo que ama». Estas primeras visiones de su juventud, a medida que se hundían en la perspectiva de los recuerdos, ganaban aún más en gracias ante sus ojos, en encantos, prestigios y fascinándole más que cuanto ninguna realidad contradictoria pedía destruir y desmentir esta fascinación secretamente escondida en un rincón de su memoria y de su imaginación, hacía siempre más invencible su repulsión hacia esa libertad de modales, ese brutal imperio del capricho, esa obstinación en vaciar la copa de la fantasía hasta la hiel, esta fogosa persecución de todas las aventuras y de todos los disparates de la vida que se encuentran en ese círculo extraño y constantemente móvil que se ha dado en llamar la Bohemia.

Y como se ha visto muchas veces cuando surge un poeta o un artista que resume en sí el sentido poético de un pueblo o de una época y representa en sus creaciones, de una manera absoluta, los tipos que persigue y quisiera realizar, Chopín fue este poeta para su país y para la época en que nació. Resumió en su imaginación, representó por su talento, el sentimiento poético más extendido e inherente a su nación. Polonia tuvo muchos cantores, tiene algunos de primera categoría que pueden contarse como de los primeros poetas del mundo. Más que nunca se esfuerzan sus escritores en hacer resaltar las fases más notables y gloriosas de su historia y de su espíritu, los extremos más salientes de su país y de sus costumbres. Pero Chopín, difiriendo de ellos en que no tenía un propósito premeditado, los sobrepasó, tal vez, en originalidad. No ha querido, no ha buscado tal resultado; no se ha creado ideal a priori. Se acordó de esas glorias patrióticas sin partido deliberado de transportarse al pasado; comprendió y cantó los amores y las lágrimas contemporáneos sin analizarlos por anticipado. No estudió ni se ingenió para ser un músico nacional. Es posible que se hubiera asombrado al oírse calificar de tal. Como los verdaderos poetas nacionales, cantó sin propósito limitado, sin elección preconcebida, lo que le dictaba más espontáneamente la inspiración, y así es como surgió de sus cantos, sin cuidados y sin esfuerzo, la forma más idealizada de las emociones que habían aniñado su niñez, embellecido su juventud que se desprendió bajo su pluma, el ideal -si se me permite decirlo así- real entre los suyos, el ideal verdaderamente existente al que todo el mundo en general y alguno en particular se aproximan por algún lado. Sin pretenderlo, reunió en haz luminoso impresiones confusamente sentidas por todos los de su patria, diseminadas de modo fragmentario en los corazones y vagamente entrevistas por algunos. ¿No es debido a ese don de reproducir en una fórmula poética que seduce la imaginación de todos los países, los contornos

indefinidos de los sentimientos esparcidos, pero con frecuencia encontrados entre sus compatriotas en lo que se reconoce a los artistas nacionales?

Puesto que ahora se ocupan, y no sin razón, en recoger con algún cuidado las melodías indígenas de diversas comarcas, nos parecería menos interesante todavía prestar alguna atención al carácter que puede afectar al talento de ciertos autores, inspirados más particularmente que otros por el genio nacional. Hay pocos hasta ahora cuyas composiciones notables salgan de la gran división establecida entre la música italiana y la música alemana; pero es de presumir que con el inmenso desarrollo que este arte parece destinado a alcanzar en nuestro siglo (renovando quizá para nosotros la era gloriosa de los pintores del cinco cento) aparecerán autores cuyas obras llevarán el sello de una originalidad extraída de las diferencias de organización, de raza y de climas; es de presumir que en la música, como en las demás artes, se podrán reconocer las influencias de la patria sobre los grandes maestros y distinguir en sus producciones el reflejo del espíritu de los pueblos, más completo, más poéticamente verdadero y más curioso de estudiar que en los esquemas borrosos, incorrectos, inciertos y vacilantes de las inspiraciones populares.

Chopin podrá ser calificado en el número de los primeros músicos que hayan individualizado en ellos de esta manera el sentido poético de una nación, el ritmo de las polonesas, mazurcas y krakowianas, con muchos de sus escritos que ha calificado de manera semejante. Si se hubiera limitado a multiplicarlos, no hubiera hecho más que reproducir constantemente el mismo contorno, el recuerdo de una misma cosa, de un mismo hecho, reproducción que pronto hubiera resultado fastidiosa, no sirviendo más que para propagar una forma que resultaría en seguida monótona. Si su nombre queda como el de un poeta esencialmente polaco, es por cuanto no ha empleado esta forma más que para estrechar una manera de sentir más general en su país que en otros y porque la expresión de los mismos sentimientos se encuentra siempre en todas las formas que ha elegido. Sus preludios, sus estudios, sus nocturnos sobre todo, sus scherzos y sus conciertos; sus más cortas composiciones, igual que las más considerables, respiran el mismo género de sensibilidad expresada en diversos grados, modificada y variada de mil maneras, pero siempre una y la misma. Autor eminentemente subjetivo, Chopin ha dado a todas sus producciones una misma vida y ha animado todas sus creaciones de su vida misma. Todas sus obras están ligadas por una unidad de la que resulta que sus bellezas como sus defectos son siempre consecuencia de un mismo orden emocional, de un exclusivo modo de sentir, primera condición del poeta para que sus cantos hagan vibrar al unísono todos los corazones de su patria.

Bien hubiéramos deseado hacer comprender aquí, por analogía de palabra y de imagen las impresiones que responden a esta sensibilidad exquisita al mismo tiempo que irritable, propia de los corazones ardientes y volubles, a las naturalezas altivas y cruelmente heridas. Nos envanecemos de haber acertado a encerrar tanta llama etérea y fragante en los estrechos límites de la palabra. ¿Será posible, sin embargo, el cumplimiento de tal fin? ¿No parecerán las palabras torpes, mezquinas, frías y áridas tras las potentes o tan suaves conmociones que otras artes pueden hacernos sentir, y no se ha dicho con razón, que de todas las maneras de expresar un sentimiento, la palabra es la más insuficiente? No nos envanecemos de haber alcanzado en estas líneas ese trazo de pincel necesario para recordar lo que Chopin ha pintado con tan inimitable ligereza de matiz, porque todo es sutil, hasta la

fuente de las cóleras y los arrebatos; ahí desaparecen los francos impulsos, simples, espontáneos antes de exteriorizarse, pasando al través del filtro de una imaginación fértil, ingeniosa y exigente que las ha complicado y ha modificado el trazo. Todas ellas reclaman perspicacia para ser alcanzadas, delicadezas para ser descritas. Recogiéndolas y describiéndolas con arte infinito y un cuidado en extremo fino, es como Chopín ha llegado a ser un artista de primer orden. Igualmente sólo estudiándole extensa y esmeradamente, persiguiendo con constancia su pensamiento a través de sus multiformes ramificaciones, es como se llega a comprenderle del todo, a adivinar suficientemente con qué talento ha logrado hacerla como visible y palpable sin entorpecerla ni congelarla.

Estaba tan íntima y únicamente penetrado de los sentimientos de los tipos más adorables que creía haber conocido en su juventud, de estos sentimientos que quería confiar al arte, enfocaba a éste tan invariablemente de un mismo y único punto de vista, que sus predilecciones de artista no podían dejar de resentirse de ello. En los grandes modelos y las obras maestras del arte buscaba únicamente lo que correspondía a su naturaleza. Lo que se le aproximaba le gustaba; lo que se alejaba apenas obtenía un juicio imparcial. Soñando y reuniendo en sí mismo las cualidades, casi siempre opuestas, de la pasión y la gracia, poseía una gran seguridad de juicio que le preservaba de un mezquino particularismo; pero no se detenía ante las más grandes bellezas y los más grandes méritos cuando éstos se oponían a los puntos de vista de su concepción poética. Cualquiera que fuese la admiración que tenía por las obras de Beethoven consideraba que ciertas partes de ellas adolecían de alguna rudeza; su estructura era excesivamente atlética para que le complaciera; sus cóleras le parecían demasiado rugientes, entendía que la pasión está demasiado unida al cataclismo; la médula del león que se encuentra en cada período de sus frases, le resultaba una materia excesivamente sustancial y los seráficos y rafaelescos perfiles que aparecen en medio de las potentes creaciones de este genio se le hacían por momentos casi penosas por un contraste tan marcado.

A pesar del encanto que reconocía a algunas de las melodías de Schubert, no escuchaba con gusto aquellas cuyos contornos eran demasiado agudos para su oído, donde el sentimiento está al desnudo, en que se siente, por decirlo así, palpitar la carne y crujir los huesos bajo el abrazo del dolor. Todas las rudezas salvajes le inspiraban alejamiento. En música, tanto como en literatura y como en la vida misma, lo que se acercaba al melodrama le era insoportable. Rechazaba el lado furibundo y frenético del romanticismo; no soportaba los gritos de efectos y de excesos delirantes. «A Shakespeare sólo lo aceptaba con fuertes restricciones; encontraba sus caracteres demasiado estudiados sobre lo vivo y hablando un lenguaje excesivamente crudo; le gustaban más las síntesis épicas y líricas que dejaban en sombras los mezquinos detalles de la humanidad.

Es por lo que hablaba poco y escuchaba menos, no queriendo formular sus pensamientos o recoger los de otros más que cuando habían alcanzado una cierta elevación.»

Esta naturaleza tan constantemente dueña de sí misma, tan plena de delicadas reservas, para la cual la adivinación, lo entrevisto, el presentimiento, ofrecían ese encanto de lo indefinido, tan caro a los poetas que saben el fin de las palabras interrumpidas y de los pensamientos truncados, tal naturaleza -repetimos- no podía experimentar sino un malestar como de escándalo ante el impudor de lo que no dejaba nada por descubrir, nada a

comprender el más allá. Y nosotros pensamos que si le hubiera sido necesario pronunciarse en este punto, habría confesado que para su gusto no era permitido el expresar los sentimientos más que con la condición de dejar adivinar lo mejor. Si aquello que se ha convenido denominar lo clásico en el arte le parecía que imponía restricciones demasiado metódicas, si rechazaba el dejarse esposar por este sistema convencional, si no quería encerrarse en la simetría de una jaula, era por elevarse hacia las nubes, cantar como la alondra más cerca del cielo azul, no tener nunca que descender de esas alturas y no darse al reposo sino sosteniéndose en las regiones elevadas como el pájaro del paraíso, del que decían antiguamente que no disfrutaba del sueño más que con las alas extendidas, mecido por el soplo del espacio en lo alto de los aires, donde suspendía su vuelo; pero rechazaba tan obstinadamente el hundirse en las guardias de los bosques para tomar nota de los aullidos y de los vagidos que lo llenan, como el explorar los desiertos horrorosos trazando senderos que el viento pérfido arrastra con ironía sobre el paso del temerario que prueba a formarlos.

Todo lo que en la música italiana es tan franco, tan luminoso, tan desprovisto de afectación al mismo tiempo que de ciencia; todo lo que en el arte alemán lleva el sello de una energía vulgar aunque poderosa, le gustaba igualmente poco. A propósito de Schubert dijo un día: «Que lo sublime era envilecido cuando le sucedía lo común o lo trivial.» Humell, entre los compositores de plano, era uno de los autores que leía con más gusto y Mozart representaba para él su tipo ideal, el poeta por excelencia, porque condescendía menos que ningún otro en franquear los grados que separa la distinción de la vulgaridad. Prefería precisamente a Mozart, lo que le hizo incurrir en este reproche de su padre que le decía después de haber asistido a una representación de «Idomeneas»: no tiene razón al no poner nada para orejas largas (sic). La alegría de Papageno encantaba la de Chopín; el amor de Tamino y sus misteriosas pruebas le parecían dignos de haber ocupado a Mozart; Zerlina y Mazetto le divertían por su refinada ingenuidad comprendía las venganzas de Donna Anna, porque ellas ponían más velos sobre su luto. Y, sin embargo, su sibaritismo de pureza, su aprehensión del lugar común eran tales que, incluso en el Don Juan, incluso en esta obra inmortal, descubría pasajes de los que le hemos oído lamentar faltas. Su culto por Mozart no era por eso disminuido sino como entristecido. Conseguía olvidar lo que le repugnaba, pero reconciliarse con ello le parecía imposible. ¿No experimentaba en esto las dolorosas condiciones de esas superioridades de instinto, irrazonadas, implacables, de las que ninguna persuasión, ninguna demostración, ningún esfuerzo llegan jamás a obtener ni siquiera la indiferencia por aquello de un espectáculo antipático y de una aversión tan invencible que es como una especie de idiosincrasia?

Cuando hubo terminado sus años de colegio y sus estudios de armonía con el profesor José Elsner, que le enseñó las cosas más difíciles de aprender, las más raramente sabidas: a ser exigente consigo mismo y tener cuenta de las ventajas que sólo se obtienen a fuerza de paciencia y de trabajo, sus padres quisieron hacerle viajar para que conociera las bellas ejecuciones de las grandes obras. A este efecto hizo cortas estancias en varias ciudades de Alemania. En 1830 había abandonado Varsovia para una de esas excursiones momentáneas, cuando estalló la revolución del 29 de noviembre.

Obligado a quedarse en Viena, se hizo oír en algunos conciertos; pero durante este invierno, el público vienés, tan inteligente de costumbre, tan fácil a todos los matices de la

ejecución, a todas las finezas del pensamiento, estuvo distraído. El joven artista no produjo allí toda la sensación a la que tenía derecho de esperar. Dejó Viena con el proyecto de marchar a Londres, pero fue inmediatamente a París con el propósito de detenerse poco tiempo. En su pasaporte, visado para Inglaterra, había hecho poner: «Pasando por París.» Estas palabras encerraban su porvenir. Muchos años después, cuando parecía más aclimatado, naturalizado en Francia, decía todavía riéndose: «Yo no estoy aquí más que de paso.»

A su llegada a París dio varios conciertos, en los que fue vivamente admirado, tanto por la sociedad elegante como por los jóvenes artistas. Todavía recordamos su primera aparición en la sala Pleyel, donde los aplausos más atronadores parecía que no bastaban a nuestro entusiasmo, frente a este talento que revelaba una nueva fase en el sentimiento poético y tan felices innovaciones en la forma de su arte.

En contra de la mayor parte de los jóvenes que llegan por primera vez, no experimentó por un instante el deslumbramiento y la embriaguez del triunfo, lo aceptó sin orgullo y sin falsa modestia, no sintiendo ninguno de estos halagos de una vanidad pueril que experimentan los de éxitos improvisados. Todos los compatriotas que se encontraban entonces en París le hicieron la más afectuosa acogida: frecuentó con intimidad la casa del príncipe Czartoryski, de la condesa Plater, de la señora de Komar, de sus hijos, la princesa de Beauveau y la condesa Delfina Potocka, cuya belleza, la gracia indescriptible y espiritual hicieron uno de los tipos más admirados en los salones elegantes. A ella le dedicó su segundo Concierto, aquel que contiene el adagio, que ya hemos mencionado. La belleza etérea de la condesa, su talento y su voz encantadora le encadenaban con la más admirativa fascinación. Esta vez era la que habría de vibrar por última vez en su oído y confundir para él los más dulces sonidos de la tierra con los primeros acordes de los ángeles.

Veía a muchos jóvenes polacos; Fontana, Orda, que parecía llamado a un porvenir brillante y le mataron en Argelia a los veinte años; los condes de Plater, Grzymala. Ostrowski, Szembeck, el príncipe Casimiro Lubomirski, etcétera. Las familias polacas que después llegaban a París deseaban relacionarse con él. Siempre continuó frecuentando con preferencia un círculo, compuesto en su mayor parte de sus compatriotas. Por conducto de éstos no sólo estaba al corriente de lo que sucedía en su patria, sino en una especie de correspondencia musical con ella. Se deleitaba en que le enseñasen los aires, las nuevas canciones que traían los que llegaban para visitar París, y cuando las palabras de estos aires le gustaban, les añadía con frecuencia una melodía que se popularizaba rápidamente en su país, sin que el nombre de su autor fuese siempre conocido. Llegando a ser considerable el número de estos pensamientos debidos a la sola inspiración del corazón, Chopín pensó en los últimos tiempos en reunirlos para publicarlos. No tuvo nunca lugar y quedaron perdidos y dispersos como el perfume de las flores que cruza los lugares deshabitados para embalsamar un día los senderos del viajero desconocido que lleva la casualidad. Nosotros hemos oído en Polonia alguna de estas melodías que le han sido atribuidas y que serían verdaderamente dignas de él; pero ¿quién osaría ahora hacer un distingo incierto entre las inspiraciones del poeta y las de su pueblo?

Chopín se mantuvo largo tiempo a distancia de las celebridades más salientes de París; su brillante cortejo le azoraba. Por su parte, inspiraba menos curiosidad que aquellas,

porque su carácter y sus costumbres tenían más verdadera originalidad que excentricidad aparente. Tenía, por otra parte, irónicas respuestas para quienes probasen explotar indiscretamente su talento. Un día al salir del comedor, un anfitrión mal informado le mostró un plano abierto, habiendo tenido la simplicidad de esperar y prometer a sus convidados como un raro postre algunos trozos ejecutados por él. Pudo advertir que de contar con ellos sin previo asentimiento se cuenta dos veces. Chopín rehusó primero; cansado al fin por una insistencia persistente en exceso, dijo con su voz más apagada como para ironizar más su palabra: «¡Ah! ¡Señor, si no he comido apenas!»

### Lelia

En 1836, la señora Sand no solamente había publicado Indiana, Valentine, Jacques, sino también Lelia. Este poema, del que decía después: «Si estoy arrepentida de haberlo escrito, es porque no puedo volver a escribirlo. Vuelta a una situación de espíritu semejante, me sería hoy un gran consuelo el poder volver a empezarlo.» En efecto, la acuarela de la novela le debía parecer insípida a la señora Sand, después de haber manejado el cincel y el martillo de escultor, tallando esta estatua semicolosal, modelando estas amplias líneas, estos largos contornos, estos músculos sinuosos que guardan una vertiginosa seducción en su inmovilidad monumental y que, contemplados con detenimiento, nos conmueven dolorosamente como si por un milagro contrario a aquel de Pigmalión fuese alguna Galatea viviente, rica en suaves movimientos, llena de una voluptuosa palpitación y animada por la ternura, que el artista amoroso hubiera encerrado en la piedra ahogando la sangre en la esperanza de engrandecer y eternizar la belleza. Frente a la naturaleza transformada así en obra de arte, en lugar de sentir la admiración envuelta en el amor, se comprende tristemente cómo el amor puede transformarse en admiración.

¡Morena y aceitunada Lelia, has paseado tu figura, por los lugares solitarios, sombría como Lara, destrozada como Manfredo, rebelde como Caín, pero más áspera, más implacable, más inconsolable que ellos, porque o se ha encontrado un corazón de hombre bastante femenino para amarte como ellos han sido amados, por rendir a tus encantos viriles el homenaje de una sumisión confiada y ciega, de una adhesión muda y ardiente; para dejar proteger su obediencia por tu fuerza de amazona! ¡Mujer héroe, tú has sido valiente y ávida de combate como esos guerreros, sin haber tenido tampoco temor de dejarte quemar por todos los soles y todos los vientos, la finura satinada de tu rostro, de endurecer en la fatiga tus miembros delgados y de liberarles así del poder de su flaqueza. Como ellos has necesitado cubrir con una coraza que le ha herido y ensangrentado, este seno de mujer que, encantador como la vida, discreto como la tumba, es adorado por el hombre cuando su corazón es el único e impenetrable escudo!

Después de haber debilitado su cincel al pulimentar esta figura cuya altivez, desdén, mirada angustiada y ensombrecida por la aproximación de tan puras pestañas, la cabellera vibrante de una vida eléctrica, nos recuerda los antiguos camafeos sobre los cuales se admira todavía los trazos magníficos, la frente fatal y bella, la sonrisa altiva de esta Gorgonia, cuya vista alteraba los latidos del corazón. La señora Sand buscaba en vano otra forma al sentimiento que obraba en su alma insatisfecha. Después de haber envuelto con un

arte infinito esta figura altiva que acumulaba las grandezas viriles para sustituir la única que repudiaba: la suprema grandeza del aniquilamiento en el amor, esta grandeza que el poeta de vasto cerebro hace subir más alto que el empíreo y que llamó: «El eterno femenino» (das ewig weibliche), esta grandeza que el amor preexistente a todas sus alegrías, superviviente a todos sus dolores; después de haber hecho maldecir Don Juan y cantar el himno sublime al deseo, por aquella que repudiaba como Don Juan, la sola voluptuosidad que lo colma, esa de la abnegación; después de haber vengado a Elvira creando Stenio; después de haber despreciado a los hombres más que Don Juan hubo rebajado a las mujeres, la señora Sand pintaba en las Cartas de un viajero esta trémula atonía, estos entorpecimientos doloridos que atacan al artista cuando después de haber incorporado a una obra el sentimiento que le absorbía continúa su imaginación bajo su imperio, sin que descubra otra forma para idealizarlo. Sufrimiento de poeta, bien comprendido por Byron, cuando al resucitar al Tasso le hacía llorar sus más amargas lágrimas, no ya en su prisión, ni bajo sus cadenas, ni por sus dolores físicos ni por la ignominia de los hombres, sino por su epopeya terminada, por el mundo de su pensamiento que al escapársele le hacía sensible, al fin, a las espantosas realidades de que estaba rodeado.

Jorge Sand oyó hablar a menudo en esta época, por un músico, amigo de Chopín y uno de los que le habían acogido con más alegría a la llegada a París, de este artista tan excepcional. Oyó ponderar, más que su talento, su genio poético; conoció sus producciones de las que admiró la amorosa suavidad. Fue sorprendida por la abundancia de sentimientos, esparcidos en sus obras de una efusión de tono tan elevado, de una nobleza tan distinguida. Algunos compatriotas de Chopín le hablan de las mujeres de su nación, con el entusiasmo que les es habitual en ello, y que entonces agudizaba más el recuerdo reciente de los sublimes sacrificios en los que había dado tantos ejemplos durante la última guerra. Ella entrevió a través de estas conversaciones y de las poéticas inspiraciones del artista polaco un ideal de amor que tomaba la forma del culto hacia la mujer. Creyó que así, preservada de toda dependencia, garantizada de toda inferioridad, su papel se elevaba hasta las mágicas potencias de la Péri, esta superior inteligencia amiga del hombre. No adivinó tal vez que larga cadena de sufrimientos, de silencios, de paciencia, de longanimidad, de indulgencia y valerosa perseverancia habían creado este ideal, imperioso y resignado, admirable, pero triste de contemplar, como esas plantas de corolas rosadas, cuyos tallos se entrelazan en un hilo de largas y numerosas venas, dan la vida a las ruinas reservadas para embellecerlas por la naturaleza que las hace crecer sobre los viejos cimientos que descubren las piedras vacilantes; bellos velos que su ingeniosa e inagotable riqueza echa sobre la cadencia de las cosas humanas.

Al ver que en lugar de dar cuerpo a su fantasía en el pórfido y el mármol, en lugar de prolongar sus creaciones en cariátides macizas lanzando su pensamiento a plomo desde gran altura, como los ardorosos rayos de un Sol en su cenit, este artista los despojaba por el contrario de todo ornamento, borraba sus contornos y hubiera quitado de su suelo, si hubiera hecho falta, la misma arquitectura para suspenderla en las nubes como los palacios aéreos de la Fata Morgana, Jorge Sand fue aún más atraída por estas formas de una ligereza impalpable hacia el ideal que creía percibir en ellas. Aunque su brazo hubiese sido lo bastante poderoso para esculpir el relieve, su mano era muy delicada para haber trazado también estos relieves insensibles con que a la piedra apenas abultada parece haberle sido confiada solamente la sombra de una silueta imborrable. No era extraña al mundo



sobrenatural, ella, ante la cual, como ante una hija preferida, la Naturaleza parecía haber descubierto su cintura para develarle todos los caprichos, los encantos, los juegos que presta a la belleza. No ignoraba ninguna de sus más imperceptibles gracias; no había desdeñado ella, cuya mirada podía abarcar tan grandes proporciones, el adquirir conocimiento del brillo con que son iluminadas las alas de las mariposas; estudiar la simétrica y maravillosa red que el helecho extiende en baldaquino sobre el cercado de los bosques; de escuchar los susurros de los arroyos en las plantas acuáticas por donde se extienden los silbidos de la avispa amorosa; de seguir los saltamontes que danzan los fuegos fatuos al borde de los prados y los pantanos y de adivinar las viviendas quiméricas hacia las cuales pierden a los caminantes retardados con sus pérfidos saltos; había prestado oído a los conciertos que cantan la cigarra y sus amigas en los rastrojos de la campiña y había aprendido el nombre de los habitantes de la república alada de los bosques, que distingue también por sus plumajes como por sus trinos burlescos o sus gritos quejumbrosos. Conocía todas las blanduras de la concupiscencia del lis, los deslumbramientos de su color y también las desesperanzas de Genoveva, la hija enamorada de las flores.

«En sus sueños era visitada por esos amigos desconocidos que venían a recogerla cuando era víctima de la angustia sobre la arena abandonada que llevara un rápido río... En una barca grande y llena... Sobre la cual se lanzaba para partir hacia esas riberas ignoradas, este país de quimera que hacía aparecer la vida real un sueño medio desvanecido a aquellos que se apasionan desde su infancia de grandes conchas de nácar, a la que se sube para abordar a estas islas donde todos son bellos y jóvenes... Hombres y mujeres coronados de flores, con los cabellos flotando sobre la espalda... sosteniendo copas y arpas de una extraña forma... con cantos y voces que no son de este mundo... Amándose todos igualmente con un amor divino... donde surtidores perfumados caen en recipientes de plata... donde rosas azules crecen en vasos de China... donde las perspectivas están encantadas... por donde se marcha con los pies desnudos sobre musgo espeso como tapices de paño, donde se corre, donde se canta dispersándose al través de arbustos embalsamados...»

Conocía tan bien a estos amigos desconocidos, que, después de volver a verlos «no podía soñar sin palpitaciones durante todo el día...» «Era una iniciada de este mundo irreal, ella, que había sorprendido tan inefables sonrisas en los retratos de los muertos»; que había visto sobre qué cabezas viene a rodear de una aureola los rayos de sol al descender de lo alto de alguna vidriera gótica, como un brazo de Dios, luminoso e impalpable, rodeado de un torbellino de átomos; ella, que había visto y reconocido tan espléndidas apariciones, revestida del oro, de las púrpuras y de las glorias del crepúsculo. Lo fantástico no tenía ningún mito del que no poseyese el secreto.

Tuvo curiosidad de conocer a aquel que había huido al vuelo «hacia esos paisajes imposibles de describir, pero que deben existir en alguna parte sobre la tierra o en algunos de esos planetas en que gusta contemplar la luz de los bosques a la puesta de la luna», que no quería abandonarlas ni hacer que volvieran su corazón y su imaginación a este mundo tan semejante a las playas de Finlandia, donde no se puede escapar al fango y a la lama cenagosa más que accediendo al granito descarnado de las rocas solitarias. Cansada de este sueño de pesadilla que había llamado Lelia; cansada de soñar un imposible grandioso, edificado con materiales de esta tierra, deseó conocer este artista, amante de un imposible

tan nebuloso próximo a las regiones de la luna. Pero, ¡ay! Si estas regiones están exentas de los miasmas de nuestra atmósfera, no lo están de nuestras más desoladas tristezas. Aquellos que se transportan ven allí soles que se alumbran, pero astros que se extinguen. Los más nobles astros de las pléyades desaparecen. Las estrellas caen como una gota de rocío luminoso en un vacío del que no conocemos siquiera el profundo abismo y el alma contemplando estas sábanas del éter, este bello Sahara de errantes y percederos oasis, se habitúa a una melancolía que no consigue interrumpir el entusiasmo ni la admiración. Ella los devora, los absorbe y cesa su agitación, semejante a las durmientes de un lago que refleja en la superficie el cuadro y los movimientos de la ribera sin despertarse de su letargo. Esta melancolía atenúa hasta la viva efervescencia de la dicha por la fatiga adherida a esta tensión del alma, por cima de la región que habita naturalmente; ella hace sentir la insuficiencia de la palabra humana por primera vez a aquellos que tanto la habían estudiado y tan bien se habían servido de ella... Transporta lejos de todos los instintos activos y, por decirlo así, militantes para hacer viajar por los espacios, perderse en la inmensidad en carreras aventuradas, muy por cima de las nubes... Desde donde ya no se ve que la tierra es bella, porque no se mira más que el cielo... donde la realidad no es ya mirada con el sentimiento poético del autor de Waverley, pero donde, idealizando la misma poesía, se puebla el infinito de sus propias creaciones, a la manera de Manfredo.

¿La señora Sand había sentido esta incurable melancolía, esta voluntad sin mezcla, este exclusivismo imperio que yace en el fondo de los hábitos contemplativos, que se apodera de las imaginaciones complaciéndose en la persecución de los sueños, cuyo tipo no existe en el medio en que se encuentran? ¿Había sentido y previsto la forma que toman para ellas las supremas adhesiones y la absoluta absorción de las que ellos hacen el sinónimo de la ternura? Es preciso, al menos en ciertos aspectos, cierto instintivo disimulo a su manera para alcanzar en seguida el misterio de estos caracteres concentrados que se repliegan tan pronto en sí mismos como esas flores que cierran sus pétalos ante los menores extraños contactos, no abriéndolos más que al rayo de un sol propicio. A estas naturalezas se las ha llamado ricas por exclusividad, en oposición a aquellas que son ricas por exuberancia. «Si ellas se encuentran y se aproximan, no pueden fundirse la una en la otra», añade la novelista que citamos, «una de las dos ha de devorar a la otra y no dejar más que cenizas». ¡Ah! Son las naturalezas como esas del débil músico del que recordamos los días, las que perecen devorándose ellas mismas, no queriendo ni pudiendo vivir más que de una sola vida, conforme a las exigencias de su ideal.

Chopin parecía temer a esta mujer más que a otras que, como una sacerdotisa de Delfos, decía tantas cosas que las demás no sabían decir. Él evitó y retrasó su encuentro; Jorge Sand ignoró, y por una simplicidad encantadora, que es uno de sus más nobles atractivos, no adivinó este temor de sílfide. Ella se presentó ante él y su vista disipó bien pronto las prevenciones en contra de las mujeres escritoras que hasta entonces había sostenido obstinadamente.

En el otoño de 1837, Chopin experimentó ataques inquietantes de un mal que no le dejó sino como una mitad de fuerzas vitales. Síntomas alarmantes le obligaron a dirigirse hacia el mediodía para evitar los rigores del invierno. La señora Sand, que atendía siempre con tanta vigilancia las enfermedades de sus amigos, no quiso dejarle partir solo cuando su estado reclamaba todos los cuidados, decidiéndose a acompañarle. Escogieron para ello la

isla de Mallorca, donde el aire del mar, unido a un clima siempre templado, es particularmente favorable a los enfermos del pecho. Aunque al partir estaba tan desfallecido que se hubiera creído no verle retornar, y a pesar de sufrir allí una larga y dolorosa enfermedad, se restableció, sin embargo, lo bastante para lograr una mejoría que le habría de permitir varios años de vida.

¿Fue únicamente el clima lo que le volvió a la vida? ¿No le retuvo ésta por su encanto supremo? ¿No vivió tal vez sólo porque quiso vivir, ya que no se sabe dónde se detienen los derechos de la voluntad sobre nosotros? ¿Quién sabe qué aroma interior puede desprenderse para preservarle de la decadencia, qué energías pueden fortalecer a los órganos atónicos? ¿Quién sabe, en fin, dónde acaba el imperio del alma sobre la materia? ¿En cuánto domina en nuestra imaginación a nuestros sentidos, dobla sus facultades o acelera su decaimiento, sea que ella haya extendido este imperio ejerciéndolo largo tiempo y con aspereza, sea que reúne espontáneamente las fuerzas olvidadas para concentrarlas en un momento único? ¿Cuando todos los prismas del sol se reúnen en el punto culminante de un cristal, no alumbraba este frágil recinto una llama de celeste origen?

Todos los prismas de la dicha se unieron en esta época de la vida de Chopín. ¿Es, pues, sorprendente que hubieran alumbrado su vida y que brillase en este instante con su más vivo resplandor? Esta soledad, rodeada de olas azules del Mediterráneo y sombreada de limoneros, parecía responder por su lugar a esos votos ardientes de las almas jóvenes, esperando todavía en sus más benignas e inocentes ilusiones y suspirando tras la dicha en una isla desierta. Allí respiró ese aire tras el que las naturalezas extrañas en la tierra experimentan una cruel nostalgia: este aire que se puede encontrar por todas partes y no encontrar en ninguna, según las almas que lo respiran con nosotros; el aire de estas comarcas imaginadas que, en despecho de todas las realidades y de todos los obstáculos, se descubre tan fácilmente cuando se les busca por ambos. El aire de esta patria del ideal donde se quisiera llevar a lo que se quiere, repitiendo con Mignon: ¡Dahin! ¡Dahin!... ¡Lass' urs ziehn!...

Mientras que duró su enfermedad, la señora Sand no abandonó por un instante la cabecera de aquel que la amó hasta la muerte, con una adhesión que no perdió su intensidad al perder sus alegrías, y le fue fiel, incluso cuando le fue doloroso; «porque parece que este ser frágil se hubo absorbido y consumido en el refugio de su admiración... Otros bucean la felicidad en sus afectos; cuando ya no la encuentran, estos afectos se van dulcemente. En esto son como todo el mundo; pero él amaba para amar. Ningún sufrimiento podía desalentarle. Podía entrar en una nueva fase, esa del dolor, después de haber agotado la de la embriaguez; pero la fase del enfriamiento jamás podía llegar para él. Hubiera sido aquella de la agonía física; porque su adhesión había llegado a ser su vida y, deliciosa o amarga no dependía ya de él el sustraerse un solo instante». Jamás, en efecto, desde entonces cesó de ser Jorge Sand, para Chopín, la mujer sobrenatural que había hecho retrotraer hacia él las sombras de la muerte; que había cambiado los sufrimientos en adorables melancolías.

Para salvarle, para arrancarle a un fin tan precoz, luchó ella enérgicamente con la enfermedad. Le rodeó de atenciones adivinatorias e instintivas, que muchas veces son remedios más saludables que los de la ciencia. No conoció, velándole, ni el cansancio, ni el

abatimiento, ni el tedio. Ni sus fuerzas, ni su humor decayeron en su cometido, como esas madres de buena salud que parecen comunicar magnéticamente a sus hijos débiles una parte de su vigor y que, reclamando constantemente sus cuidados, tienen también sus predilecciones. Al fin cedió la enfermedad, y la obsesión fúnebre que roía secretamente el espíritu de Chopín y perturbaba toda apacible tranquilidad, se disipaba gradualmente. Dejó que el carácter fácil y la amable serenidad de su amiga, disipasen los tristes pensamientos, los presentimientos lúgubres, y entretuviesen su bienestar intelectual.»

La dicha sucedió a los sombríos temores con la progresión victoriosa de un hermoso día que amanece tras una noche oscura y llena de terrores.

La bóveda de tinieblas que pesa sobre la cabeza parece tan maciza, que uno se prepara a una próxima y última catástrofe sin atreverse siquiera a soñar en su liberación, cuando la mirada perdida descubre de repente un punto en que se esclarecen estas tinieblas tal como una huata opaca cuyo espesor cediera bajo la mano que la desgarró. En este momento penetra en las almas el primer rayo de esperanza. Se respira más libremente como aquellos que, perdidos en una negra caverna, perciben al fin un resplandor aunque fuera dudoso. Esta luz indecisa es la primera aurora proyectando tintes tan incoloros, que se pudiera creer que se presencia un anochecer, a la extinción de un crepúsculo agonizante. Pero la aurora se anuncia con la frescura de brisas que, como delanteros, llevan el mensaje de saludo en sus alientos vivaces y puros. Un aroma vegetal atraviesa el aire como la agitación de una esperanza valiente y refinada. Un pájaro matutino hace oír casualmente su canto alegre, que resuena en el corazón como el primer despertar consolador que se acepta como garantía del porvenir. Imperceptibles, pero seguros indicios, persuaden, multiplicándose, de que en esta lucha entre las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida, han de ser vencidos los lutos de la noche. La opresión disminuye. Al levantar la vista hacia la cúpula de plomo, parece que pesa ya menos fatalmente y que ha perdido su terrorífica fijeza.

Poco a poco las grises claridades aumentan y se alargan en líneas rectas hacia el horizonte como griegas. Incontinentemente se ensanchan; rompen sus bordes haciendo irrupción como la superficie de un estanque inundado en charcos irregulares sus áridas riberas. Se forman oposiciones cortadas que podrían cortarse como diques acumulados para detener el avance del día. Se amontonan nubes en bancos arenosos; pero, como haría el irresistible furor de las aguas, la luz las disminuye, las destruye, las devora y, a medida que se eleva, vienen a enrojecerlas olas purpúreas. En tal instante brilla con gracia conquistadora y tímida, cuya casta dulzura hace doblar la rodilla en gratitud, porque el último espanto ha desaparecido. Se siente renacer.

Entonces surgen los objetos a la vista como si resucitasen de la nada. Un velo de rosa uniforme parece cubrirlos hasta que aumentando de intensidad la luz se pliega su gasa difusamente en sombras de un encarnado pálido, mientras que los planos avanzados se esclarecen de blanco y resplandeciente reflejo.

El orbe brillante envuelve el firmamento. Cuanto más se extiende más gana en brillo. Los vapores se amasan y se corren a la derecha y a la izquierda como un cortinaje. Entonces todo respira, se anima, se remueve, hace ruido, canta; los sonidos se mezclan, se cruzan, se golpean, se confunden. Cesa la inercia; circula, se acelera, se extiende. Las olas

del lago se hinchan como un seno emocionado de amor. Las lágrimas del rocío, temblorosas como las de la ternura, se distinguen más y más y se ven brillar una después de otra sobre las hierbas húmedas, diamantes que esperan que el sol venga a pintar sus refulgencias. Hacia Oriente se abre más vasto y largo el abanico gigantesco de luz. Correas de oro, láminas de plata, franjas violetas recamados de escarlata la recubren como inmensos bordados. Reflejos dorados matizan sus ramas. En su centro toma el más vivo carmín la transparencia del rubí, se matiza de naranja como el fuego de carbón, se ensancha como una antorcha, se agranda, en fin como un ramillete de llamas, que monta y monta de ardores en ardores cada vez más incandescente.

Al fin aparece el dios del día. Su frente radiante va ornada de una cabellera luminosa. Se eleva lentamente; pero apenas se ha desvelado por completo, se lanza, se desprende de todo lo que le rodea tomando instantáneamente posesión del cielo, dejando la tierra muy por debajo de él.

.....

El recuerdo de los días pasados en la isla de Mallorca quedó en el corazón de Chopín como el de un encanto, de un éxtasis que no concede la suerte a sus favoritos más que una sola vez. «No estaba ya en la tierra, estaba en un imperio de nubes de oro, de perfumes; parecía ahogar su imaginación tan exquisita y tan bella en un monólogo con Dios mismo, y si alguna vez, sobre el prisma radiante en el que se olvidaba hacía pasar algún incidente la pequeña linterna mágica del mundo, sentía un horroroso malestar, como si en medio de un concierto sublime viniera una vieja desdentada a mezclar su voz aguda y un vulgar motivo musical en los divinos pensamientos de los grandes maestros.» Después hablaba de este tiempo con un reconocimiento emocionado, como una de sus satisfacciones que bastan a la dicha de una vida y sin esperar que fuese posible nunca encontrar una felicidad en la que, sucediéndose las ternuras de la mujer y las llamas del genio, marcarse el tiempo de modo semejante a ese reloj de flores que Linneo había colocado en sus estufas de Upsala para indicar las horas por sus florecimientos sucesivos, exhalando cada vez distintos perfumes y revelando otras bellezas a medida que se abrían sus cálices de formas diversas.

Los magníficos países que atravesaron juntos el poeta y el músico, impresionaron más vivamente la imaginación del primero. Las bellezas de la naturaleza obraban sobre Chopín de una manera menos distinta aunque no menos fuerte. Su alma se conmovía y se armonizaba directamente con sus grandezas y sus encantos, sin que su espíritu tuviera necesidad de analizarlos, precisarlos, clasificarlos, nombrarlos. Vibraba al unísono de los paisajes admirables sin que pudiera asignar en el momento cada impresión, el accidente de que derivaba. Como verdadero músico se contentaba con apoderarse, y por decirlo así, extraer los sentimientos de los cuadros que veía, abandonando sin atención la parte plástica, el escorzo pintoresco que no se asimilaba a la forma de su arte y no pertenecía a su más espiritualizada esfera. Y, sin embargo (efecto que se advierte frecuentemente en organismos como el suyo), cuanto más se alejaba de los instantes y de las escenas en que la emoción había oscurecido sus sentidos, como el humo del incienso rodea al incensario, más relieve parecían tener ante sus ojos los contornos de estos lugares y de estas situaciones. En los años siguientes hablaba de ello encantado de sus recuerdos. Pero entonces, cuando era

tan completamente feliz, no se daba cuenta de su dicha, se dejaba llevar, como lo hacemos todos en nuestros más dulces años de infancia, siguiendo la influencia de la naturaleza que sin darnos cuenta nos rodea y no encontrando hasta más tarde, en nuestra memoria, la imagen exacta de cada objeto, que sólo podemos describir mucho tiempo después, cuando ya no lo vemos.

Además, ¿por qué habría fijado una mirada observadora sobre los lugares de España, que formaron el cuadro de su poética felicidad? ¿No lo encontraría todavía más bello descrito, por la palabra inspirada de su compañera de viaje? Él veía estos sitios deliciosos a través de los coloridos de su talento apasionado, como se ve al través de rojas vidrieras todos los objetos y la misma atmósfera tomar tintes resplandecientes. ¿No era una gran artista esta admirable enfermera? ¡Unión extraña y maravillosa! Si la naturaleza uniera para dotar a una mujer los dones más brillantes de la inteligencia a esas profundidades de la ternura y la abnegación en que se arraiga su verdadero, su irresistible imperio, aquel enrededor del cual no es más que un enigma sin palabras, las llamas de la imaginación uniéndose a las limpias claridades del corazón renovarían, en cierto modo, el milagroso espectáculo de estos fuegos griegos de la antigüedad, cuando sus incendios pasaban sobre los abismos del mar sin ser sumergidos, sumando en los reflejos de sus olas las riquezas de la púrpura a las celestes gracias del azul. ¿Era dado al genio alcanzar las más humildes grandezas del corazón, estos sacrificios sin reservas del pasado y del porvenir, estas inmolaciones, tan valientes como misteriosas, estos holocaustos de sí mismo, no temporales y cambiantes, sino constantes y monótonos que dan derecho de ternura a la abnegación? ¿No tiene legítimas exigencias la fuerza del genio y la legítima fuerza de la mujer no radica en abdicar toda exigencia? ¿Pueden flotar sobre el azul immaculado de un destino de mujer las reales púrpuras y las llamas ardientes del genio?

#### Últimos tiempos y últimos instantes

La salud de Chopín, con diversas alternativas, fue declinando constantemente desde 1840. Las semanas que pasaba los veranos en el campo de Nohant, en el palacete de Jorge Sand durante algunos años, eran sus mejores temporadas. Parecía encontrar allí más reposo. Como trabajaba con gusto acopiaba cada año varias composiciones; pero los inviernos le traían gradualmente un aumento de su enfermedad. El andar se le hizo primero difícil y pronto casi imposible. Desde 1846 a 1847 no anduvo casi nada, no pudiendo subir una escalera sin soportar dolorosos ahogos; desde este tiempo sólo vivió en fuerza de precauciones y cuidadoso.

Hacia la primavera de 1847 su estado empeoraba de día en día y llegó a un extremo del que se creía que no podría vencer. Fue salvado una vez más, pero esta época se señaló por una herida tan penosa para su corazón, que la juzgó mortal. En efecto, no sobrevivió largo tiempo a la ruptura de su amistad con la señora Sand, que tuvo lugar en esos momentos. Madame Staël, de corazón tan generoso y apasionado, esta inteligencia fina y viva, que tuvo el defecto de sobrecargar a menudo su frase con un pedantismo que le quitaba la gracia de la naturalidad, decía en uno de sus días en que la vivacidad de sus emociones le hacía escaparse de las solemnidades de su rigidez ginebrina: «En afectos, no hay más que

comienzos.» Exclamación de amarga experiencia sobre la insuficiencia del corazón humano para cumplir todo lo que la imaginación sueña de lo bello. ¡Ah! si ejemplos de bendita grandeza no vinieran a desmentir a veces tantos ilustres y oscuros hechos que parecen dar razón a las palabras de madame Staël, de qué manera, mientras que somos, experimentaríamos desconfianzas y desconocimientos ante todos los afectos en que creíamos encontrar la figura alegórica en el antiguo cortejo de esas bellas canéphoras que no llevaban flores sino para hacer más bella a una víctima.

Chopin habló a menudo entonces y casi con lección de la señora Sand, sin acritud y sin recriminaciones. Las lágrimas brotaban en sus ojos al nombrarla, pero se entregaba con una especie de ardorosa dulzura al recuerdo enamorado de los tiempos pasados, deshojados ya de sus prismáticas significaciones. A pesar de los subterfugios que empleaban sus amigos para apartar este tema de su memoria, a fin de evitar la emoción contenida que tenía, le gustaba volver sobre ello como si hubiera querido destruir su vida por los mismos sentimientos que le habían reanimado en el pasado y asfixiarse en esta mortal resolución. Sentirse agitar -frenolir- (sic), contemplando la última desfiguración de sus últimas esperanzas, le era un último encanto. En vano se intentaba distraer su pensamiento; volvía siempre a hablar de ello, y cuando no hablaba, ¿no seguía pensándolo? Se diría que aspiraba ávidamente este veneno para tener menos tiempo que respirarlo.

Por limitados que fueran los días que le reservaba la debilidad de su constitución física, los tristes sufrimientos que le acabaron hubieran podido no serle reservados. Alma tierna y ardiente a la vez, pero exigente por sus delicadezas y sus repugnancias, se hubiera contentado con no vivir más que entre los radiantes fantasmas que acertaba a evocar y los nobles dolores a los que daba un asilo en su pecho. Fue una víctima más, una noble e ilustre víctima, de esos atractivos momentáneos de dos naturalezas opuestas en sus tendencias, que encontrándose de repente experimentan una sorpresa encantada, que toman por sentimiento duradero y elevan a sus proporciones ilusiones y promesas que no sabrían realizar. Al despertar de este sueño, es ella la más profundamente impresionada, la más absoluta en sus esperanzas y en sus adhesiones, aquella para quien sería imposible trasplantarlas, que se encuentra o rota o marchita. ¡Terrible poder ejercido por los más bellos dones que posee el hombre! Pueden llevar tras ellos el incendio y la devastación, tales como los corceles del sol, cuando la mano distraída de Phaeton, en lugar de guiar su bienhechora carrera, los dejase errar al azar y desordenar la estructura celeste.

Chopin sintió y repitió a menudo que este lazo, esta larga amistad, al romperse, rompía su vida.

Durante esta agravación se desesperó de su vida. M. Gutmann, su discípulo más distinguido y el amigo que admitió en su intimidad preferentemente durante sus últimos años, le prodigó las muestras de su adhesión. Sus cuidados y su presencia le eran muy agradables, y cuando la princesa Czartowska llegaba, visitándole todos los días y temiendo más de una vez el no volverle a ver al día siguiente, le preguntaba, con esa temerosa timidez de los enfermos y la tierna delicadeza que le era privativa: «Si Gutmann no estaba muy cansada... si podría velarle todavía, porque su presencia le era más dulce que todas las demás.» Su convalecencia fue muy larga y penosa y sólo le devolvió un soplo de vida. En esta época cambió hasta el punto de ponerse casi desfigurado.

El verano siguiente le llevó esa precaria mejoría que la bella estación concede a las personas que se extinguen. No quiso abandonar París, privándose así del aire puro del campo y de lo saludable de este elemento vivificante.

El invierno de 1847 a 1848 no fue sino una penosa y continua sucesión de mejorías y recaídas; sin embargo, resolvió cumplir en la primavera su antiguo proyecto de ir a Londres. Cuando estalló la revolución de febrero estaba todavía en cama; por un melancólico esfuerzo parecía interesarse en los sucesos del día y hablaba de ellos más que de costumbre. M. Gutmann continuaba siendo su más íntimo y más constante visitante. Sus cuidados eran los que aceptaba con preferencia hasta el fin.

Encontrándose mejor en el mes de abril, pensó en realizar su viaje y en visitar ese país donde soñó ir cuando la juventud y la vida le ofrecían todavía sus más sonrientes perspectivas. Salió para Inglaterra, donde sus obras habían encontrado ya un público inteligente, siendo generalmente conocidas y admiradas. Dejó Francia en esa disposición de espíritu que los ingleses llaman *low spirits*. El interés momentáneo que se había tomado con esfuerzo en los cambios políticos desapareció en seguida. Había llegado a ser más silencioso que nunca. Si por distracción se le escapaban algunas palabras, no eran más que una exclamación de pesar. Su afecto por el pequeño número de personas que seguía viendo, tomaba los colores lastimosos de las emociones que preceden a los últimos adioses. La expresión de su indiferencia se extendía cada vez más ostensiblemente a todo el resto de las cosas. Sólo el arte guardó siempre para él su poder absoluto. Los instantes, cada vez más cortos, en que pudo ocuparse, la música le absorbía tan vivamente como los días en que estaba lleno de vida y esperanza. Antes de dejar París, dio un concierto en los salones de Pleyel, uno de los amigos cuya relación fue siempre muy constante, frecuente y afectuosa, éste que ahora rinde un digno homenaje a su memoria y amistad ocupándose con celo y actividad en la ejecución de un monumento para su tumba. Su público, tan escogido como fiel, le oyó entonces por última vez.

Llegado a Londres fue acogido con una solicitud que contribuyó a aliviar su tristeza y a disipar su abatimiento. Quizá creyó poder llegar a vencerlo echando todo al olvido hasta sus hábitos pasados. Descuidó las prescripciones de los médicos, las precauciones debidas a su estado. Tocó dos veces en público y varias veces en soírées particulares. Frecuentó mucho el mundo, prolongó sus veladas, se expuso a todas las fatigas sin contenerse por ninguna consideración de su salud.

En el palacio de la duquesa de Sutherland, fue presentado a la Reina y los salones más distinguidos se disputaban el placer de tenerle. Partió para Edimburgo, cuyo clima le fue particularmente nocivo. A su regreso de Escocia, se encontró muy debilitado; los médicos le aconsejaban que abandonase lo más pronto posible Inglaterra, pero retrasó mucho tiempo su partida. ¿Quién podría decir el sentimiento que causaba este retraso? ¿Tocó aún en un concierto dado a beneficio de los polacos. Último signo de amor enviado a su patria, última mirada, último suspiro y último pesar? Fue festejado, aplaudido y rodeado de todos los suyos. A todos les dijo un adiós que aún no creía que habría de ser el último. ¿Qué pensamientos ocupaba en su espíritu al atravesar el mar en dirección a París? Este París tan diferente para él del que había encontrado, sin buscarlo, en 1831.



A su llegada, esta vez fue sorprendido por una pena tan viva como inesperada. El doctor Molín, cuyos consejos e inteligente dirección le habían ya salvado la vida en el invierno de 1847, y al que creía deber desde muchos años la prolongación de su existencia, se moría. Esta pérdida le fue más que sensible; le trajo un decaimiento tan fatal en los momentos en que el estado de espíritu influía de tal manera en el progreso de la enfermedad, que se persuadió de que nadie podría reemplazarle, ya no tuvo confianza en ningún otro médico. Cambió desde entonces constantemente, insatisfecho de todo y no confiando en la ciencia de ninguno. Una especie de supersticioso abatimiento se apoderó de él; ningún lazo más fuerte que la vida, ningún amor tan fuerte como la muerte, vinieron a luchar contra esta amarga apatía.

Desde el invierno de 1848, Chopín no había llegado a trabajar con constancia. Retocaba de vez en cuando algunas hojas de apuntes, sin conseguir coordinar los pensamientos. Un respetuoso celo de su gloria le dictó el deseo de verlas quemadas, para impedir que fuesen truncadas, mutiladas, transformadas en obras póstumas poco dignas de él.

No dejó más manuscritos acabados que un último nocturno y un vals muy corto, como un fragmento de recuerdo. En último lugar, había proyectado un método de piano, en el cual contaba resumir sus ideas sobre la teoría y la técnica de su arte, consignando en él los frutos de sus largos trabajos, de sus felices innovaciones y de su inteligente experiencia. La tarea era seria y exigía una intensiva aplicación, incluso para un trabajador tan asiduo como lo era Chopín. Refugiándose en estas áridas regiones, buscaba tal vez huir hasta de las emociones del arte, al que prestan aspectos tan diferentes la serenidad o la soledad del corazón. No buscaba más que una ocupación uniforme y absorbente, únicamente procuraba lo que Manfredo pedía vanamente a las fuerzas de la magia: «¡el olvido!». El olvido que no conceden ni las distracciones ni los aturdimientos, los cuales, por el contrario, parecer, con una astucia llena de veneno, compensar en intensidad el tiempo que sustraen a los dolores. En esta labor diaria que «conjura las tempestades del alma», «der Seele Sturm beschwört», quiso buscar sin duda el olvido que sólo se consigue algunas, veces entorpeciendo la memoria cuando no la aniquila. Un poeta que también fue víctima de una inconsolable melancolía, buscó igualmente, aguardando una muerte precoz, el apaciguamiento de sus pesares desalentados, en el trabajo, que invoca como un último recuerdo contra la amargura de la vida, al fin de esta viril elegía que llamó el ideal.

Beschäftigung, die nie ermattet,  
Die langsam schafft, doch nie zerstört,  
Die zu dem Bau der Ewigkeiten  
Zwar Sandkorn nur für Sandkorn reicht,  
Doch von der grossen Schuld der Zeiten  
Minuten, Tage, Jahre streicht.

Pero las fuerzas de Chopín no bastaron a sus proyectos, esta ocupación fue demasiado abstracta, demasiado fatigosa. Persiguió en idea el contorno de su proyecto, de él habló en diversas ocasiones, pero le fue imposible llevarlo a cabo; sólo trazó algunas páginas que fueron destruidas con el resto.

A fin, el mal alimentó tan visiblemente, que los temores de sus amigos comenzaron a tomar un carácter desesperado. Ya no podía abandonar el lecho y apenas hablaba. Su hermana, recién llegada de Varsovia, con tal motivo, se puso a su cabecera y no se apartó un momento. Él veía estas angustias, estos presagios, este aspecto de tristeza a su alrededor, sin manifestar la impresión que recibía. Se ocupó de su fin con una calma y una resignación perfectamente cristianas; no cesó, sin embargo, de prever un mañana. El gusto que tuvo siempre en cambiar de casa se manifestó una vez más; tomó otro alojamiento, dispuso que se amueblara de nuevo, y se preocupó de arreglos minuciosos; no teniendo que suspender las medidas que había ordenado para instalarse, comenzaron en seguida la mudanza y sucedió que el mismo día de su muerte transportaban sus muebles a ese departamento que no había de habitar.

¿Temería que la muerte no cumpliera sus promesas que después de haberle tocado con su dedo no le dejase todavía en la tierra, y que la vida no le fuese más cruel Si la tuviese que empezar después de haber roto todos sus hilos? ¿Experimentaba esta doble influencia que sienten algunos seres superiores la víspera de acontecimientos que deciden de su suerte, esta contradicción flagrante entre el corazón que devora el secreto del porvenir y la inteligencia que no osa prevenirlo? De semejanza entre previsiones simultáneas, que en ciertos momentos dictó a los espíritus más firmes discursos que sus acciones parecían desmentir y que, sin embargo, provenían de una persuasión idéntica.

De semana en semana, pronto de día en día, la sombra de la muerte se dibujaba con mayor intensidad. La enfermedad tocaba su término; los sufrimientos se hacían más vivos; las crisis se multiplicaban, y cada vez parecía que llegaba la agonía. Cuando hacían treguas, Chopín recobraba hasta el fin su presencia de espíritu y su voluntad vivaz no perdía ni la lucidez de sus ideas ni la clara visión de sus intenciones. Los deseos que experimentaba en sus momentos de descanso, testimoniaban la solemnidad con que veía aproximarse su fin. Quería ser enterrado junto a Bellini, con el que tuvo relaciones frecuentes e íntimas durante las estancias que éste hizo en París. La tumba de Bellini está emplazada en el cementerio del Père-Lachaise, al lado de la de Cherubini, y el deseo de conocer a este gran maestro, en cuya admiración se educó, fue uno de los motivos que, cuando en 1831 Chopín abandonó Viena para ir a Londres, le decidió a pasar por París, donde no preveía que había de fijarle la suerte. Ahora yace entre Bellini y Cherubini, genios tan diferentes y a los cuales, sin embargo, se aproximaba Chopín en un grado igual, estimando en tanto la ciencia del uno cuanto le inclinaba su preferencia hacia el otro; respirando el sentimiento melódico como el autor de «Norma», aspirando al valor, a la profundidad armónica del docto anciano; deseoso de resumir en una manera grande y elevada la vaporosa indecisión de la emoción espontánea los méritos de los consumados maestros.

Continuando hasta el fin la reserva de sus relaciones, no pidió ver a nadie por última vez, pero expresó, con un reconocimiento enternecido, las pruebas de agradecimiento que dirigía a sus amigos que venían a visitarle. Los primeros días de octubre quitaron toda duda y esperanza. El instante fatal se aproximaba; no se confiaba de que saliera del día, a la hora siguiente; su hermana y M. Gutmann le asistieron constantemente sin separarse un momento de él. La condesa Delfina Potocka, ausente de París, llegó al informarse de que el peligro era inminente. Todos los que se acercaban al moribundo no podían sustraerse del espectáculo de esta alma tan bella y tan grande en este momento supremo.

Por violentas y frívolas que sean las pasiones que agitan a los hombres, aunque desplieguen fuerza o alguna indiferencia frente a los accidentes imprevistos y repentinos, que deberían parecer los más sobrecogidos a la vista de una muerte lenta y bella por su imponente majestad que conmueve, fascina, ablanda y lleva las almas menos preparadas a estas santas meditaciones. El desprendimiento lento y gradual de uno de nosotros a esas regiones de lo desconocido, la misteriosa gravedad de sus secretos sueños, de sus conmemoraciones de ideas y hechos en el umbral estrecho que separa el pasado y el porvenir, nos conmociona más profundamente que todo lo de este mundo. Las catástrofes, los abismos que abre la tierra bajo nuestros pies, las conflagraciones que enlazan ciudades enteras con sus masas inflamadas, las horribles alternativas sufridas por el frágil navío al que la tempestad convierte en un juguete, la sangre que hacen verter las armas mezclándolas al siniestro humo de las batallas, la horrible carnicería que como un castigo contagioso establece en las habitaciones, nos alejan menos sensiblemente de todas las indignas ataduras que pasan, que causan y que rompen, que la vida prolongada de un alma consciente de sí misma, que contempla silenciosamente los aspectos multiformes del tiempo y la puerta menuda de la eternidad: el valor, la resignación, la elevación y el enternecimiento que la familiarizan con la inevitable disolución tan repugnante a nuestros instintos, impresionan más profundamente a los asistentes, que las peripecias más espantosas, cuando hurtan el cuadro de este destroz y de esta meditación.

En el salón próximo a la alcoba de Chopín estaban constantemente reunidas algunas personas que venían y se turnaban para estar cerca de él, recoger su gesto y su mirada a defecto, de su palabra desfalleciente. El domingo quince de octubre, varias crisis, cada vez más dolorosas que las precedentes, duraban horas enteras. La condesa soportaba con paciencia y gran fuerza de alma. La condesa Delfina Potocka, presente en estos instantes, estaba vivamente conmovida, corrían sus lágrimas, él la vio de pie junto a su cama, alta, esbelta, vestida de blanco, semejando las más bellas figuras de ángeles que pudo imaginar jamás el más religioso de los pintores; la tomó sin duda por alguna celeste aparición, y corto la crisis le dejase unos instantes de reposo, le pidió que cantase; al principio se creyó que deliraba, pero repitió su ruego con insistencia. ¿Quién se hubiera ido a oponerse? El piano del salón lo rodaron hasta la puerta de la alcoba. La condesa cantó con verdaderos sollozos en su voz; el llanto corría a lo largo de sus mejillas y ciertamente que esta voz admirable y su talento no hubieron llegado nunca a tan patética expresión. Chopín parecía sufrir menos mientras la escuchaba; ella cantó el famoso canto a la Virgen que había salvado la vida, según se dice, a Stradella. «¡Qué bello es, Dios mío!». «¡Qué bello es!», dijo otra vez; «¡Todavía... todavía!». Aunque agotada por la emoción, la condesa tuvo el noble valor de responder a esta última solicitud de un amigo y de un compatriota; se puso otra vez al piano y cantó un salmo de Marcello. Chopín se encontró peor. Todo el mundo se sobrecogió de emoción; por un movimiento espontáneo se pusieron todos de rodillas, nadie se atrevió a hablar y sólo se oía la voz de la condesa planeando como una celeste melodía por cima de suspiros y sollozos que formaba el sordo y lúgubre acompañamiento. Era la caída de la tarde; una semioscuridad penetraba sus sombras misteriosas a esta triste escena; la hermana de Chopín, prosternada junto al lecho, lloraba y rezaba, sin dejar esta actitud mientras que vivió este hermano tan querido de ella.

Durante la noche empeoró el estado del enfermo que mejoró en la mañana del lunes, y como si por anticipado hubiera conocido el instante designado y propicio, solicitó en seguida recibir los últimos sacramentos. Por ausencia del sacerdote \*\*\*, con el cual había intimado mucho desde su común expatriación, fue el Padre Alejandro Jelowicki, uno de los hombres más distinguidos de la emigración polaca, al que hizo llamar. Lo vio en dos ocasiones; cuando le fue administrado el santo Viático lo recibió con gran devoción, en presencia de sus amigos. Poco después hizo que se aproximase uno a uno a su lecho para darles a cada uno la última bendición; pidió para ellos la gracia de Dios, sus afectos y sus esperanzas, todos se arrodillaron, inclinaron la frente, con los párpados humedecidos, los corazones oprimidos y elevados.

Crisis cada vez más penosas volvieron y continuaron en el resto del día; la noche del lunes al martes pasó sin que pronunciase una sola palabra y parecía que no distinguía a quienes le rodeaban; hacia las once de la noche se sintió un poco aliviado. El padre Jelowicki no le había dejado: apenas hubo recobrado la palabra, quiso rezar con él las oraciones y letanías de los agonizantes. Lo hizo en latín, con voz clara e inteligible.

A partir de este momento apoyó su cabeza sobre los hombros de su amigo Gutmann, que durante todo el curso de su enfermedad le había consagrado sus días y sus noches.

Una somnolencia convulsiva duró hasta el 17 de octubre de 1849. Hacia las dos de la madrugada comenzó la agonía, un sudor frío corría por su frente; tras un corto desvanecimiento preguntó con voz apenas perceptible: «¿Quién está junto a mí?» Inclinó su cabeza para besar la mano de M. Gutmann, que le sostenía, y rindió el alma en este último testimonio de amistad y reconocimiento. Expiró como había vivido, en amante.

Cuando las puertas del salón se abrieron, todos se precipitaron en torno a su cuerpo inanimado, y en mucho tiempo no pudieron cesar las lágrimas derramadas a su alrededor.

Siendo bien conocida su predilección por las flores, al día siguiente fueron enviadas en tal cantidad, que el lecho sobre el cual estaba y la habitación entera desaparecían bajo sus variados colores; parecía reposar en un jardín; su figura recobró una juventud, una pureza, una serenidad excepcionales. Su juvenil belleza, eclipsada tanto tiempo por el sufrimiento, reapareció. Clesinger reprodujo sus facciones encantadoras, a las cuales había devuelto la muerte su gracia primitiva, en un bosquejo que modeló en seguida y que ejecutó después en mármol para su tumba.

La piadosa admiración de Chopín por el genio P Mozart le hizo pedir que su Réquiem fuese ejecutado en sus funerales; este deseo fue cumplido. Sus exequias tuvieron lugar en la iglesia de la Magdalena, el 30 de Octubre de 1849, retrasadas hasta ese día con el fin de que la ejecución de tan magna obra fuese digna del maestro y del discípulo. Los principales artistas de París solicitaron tomar parte en ellas; en el Introito se escuchó la Marcha Fúnebre de Chopín, instrumentada para esta ocasión por M. Rebert, y en el Ofertorio, M. Lefébure Vély ejecutó en el órgano sus admirables preludios en si y mi menores; las partes de los solos del Réquiem fueron reclamadas para las célebres cantantes Viardot y Castellán, y M. Lablache, que había cantado el «Tuba mirum» de este mismo «Réquiem» en 1827, en el entierro de Beethoven, lo cantó también en esta ocasión. Meyerbeer, que había tocado la

parte de los timbales, presidió el duelo con el príncipe Adam Czartorisky. Las cintas eran llevadas por el príncipe Alejandro Czartorisky, el pintor Delacroix, Franchomme y Gutmann.

\*\*\*

Por insuficientes que sean estas paginas para hablar de Chopín, según nuestros deseos, esperamos que el atractivo tan justificado que ofrece su nombre, llenará todo lo que aquí falta. Si necesitáramos ahora para estas líneas, llenas del recuerdo de sus obras y de todo cuanto le fue querido y a las cuales la verdad de una pena, de un respeto y de un entusiasmo vivamente sentido, podrían únicamente prestar un don persuasivo y simpático añadir aún las palabras que nos dictase la inevitable vuelta sobre sí mismo, que hace hacer al hombre cada muerte que se lleva consigo un contemporáneo de juventud y que rompe los primeros lazos formados por su corazón ilusionado y confiado, tanto más dolorosamente, por haber sido lo bastante sólido para sobrevivir a esta juventud, diríamos que en el curso de un mismo año hemos perdido los dos amigos más queridos que hemos encontrado en nuestra carrera. El uno, de los dos, ha caído bajo la brecha de una guerra civil. ¡Héroe valeroso y desgraciado, ha sucumbido con una muerte horrorosa, cuyas horribles torturas no pudieron abatir un solo instante a su ardiente audacia, su intrépida sangre fría, su caballerosa temeridad! Príncipe joven de una rara inteligencia, de una actividad prodigiosa, en que la vida circulaba con la crepitación y el ardor de un gas sutil, dotado de facultades eminentes, no había llegado todavía más que a devorar dificultades para su infatigable energía y a crearse una arena donde sus posibilidades hubieran podido desarrollarse con el éxito correspondiente, en las justas de la palabra y los manejos de los asuntos que habían tenido en sus brillantes hechos de armas. El otro ha expirado extinguiéndose lentamente en su propia llama; su vida, fuera de los acontecimientos públicos, fue como una cosa incorpórea de la que no encontramos la revelación más que en los trazos que han dejado sus cantos; ha terminado sus días en una tierra extranjera, de la que jamás hizo una patria adoptiva, fiel a la eterna viudez de la suya: poeta de alma dolorida, llena de repliegues, de reticencias, de melancolía.

La muerte del príncipe Félix Lichnowsky rompió el interés directo que podía tener para nosotros el movimiento de partidos a los cuales estaba ligada su existencia. Ésta de Chopín nos sustrae las compensaciones que encierra una comprensiva amistad. La afectuosa simpatía de la que tantas incesantes pruebas han sido dadas por este artista exclusivo, por nuestros habituales sentimientos y nuestra manera de ver el arte, hubiera endulzado nuestros sinsabores y los cansancios que nos esperan todavía, como han alentado y fortificado nuestras primeras tendencias y nuestros primeros ensayos.

Puesto que nos ha tocado en suerte el sobrevivirle, hemos querido al menos dar testimonio del deber que experimentamos y nos hemos sentido en la obligación de rendir el homenaje de nuestro pesar respetuoso, sobre la tumba del notable músico que ha pasado entre nosotros. Hoy que la música persigue un desarrollo tan general y grandioso, se nos representa en ciertos aspectos como esos pintores del siglo XIV y del XV, que encerraban las producciones de su genio en la impresión de un pergamino, pero que pintaban las miniaturas con trazos de una inspiración tan feliz, que habiendo quebrado los primeros las

rigideces bizantinas, han legado los tipos más encantadores que debían transportar más tarde sobre sus telas y en sus frescos los Perugino, los Rafael del porvenir.

\*\*\*

Ha habido pueblos en los cuales, para conservar la memoria de grandes hombres o de grandes hechos, formaban pirámides compuestas de piedras, que cada cual llevaba al montón, y de esta manera crecía insensiblemente hasta una altura insospechada la obra anónima de todos.

En nuestros días se erigen todavía monumentos por un procedimiento análogo; pero gracias a una feliz combinación, en lugar de edificar sólo un cerro informe y tosco, la participación de todo concurso en una obra de arte destinada, no sólo a perpetuar el mudo recuerdo del que se trata de honrar, sino a despertar también en las edades futuras por la ayuda de la poesía de cincel, los sentimientos experimentados por los contemporáneos. Las suscripciones abiertas para levantar estatuas y tumbas magníficas a los hombres, que han honrado a su País y su época producen este resultado.

Inmediatamente después del fallecimiento de Chopín, M. Camilo Pleyel concibió un proyecto de este género, estableciendo una suscripción (que, conforme a toda previsión, alcanzó rápidamente una cifra considerable), con el objeto de hacer construir en el Père Lachaise el monumento en mármol modelado por M. Clesinger. Por nuestra parte, pensando en nuestra larga amistad hacia Chopín, en la admiración excepcional que le habíamos dedicado desde su aparición en el mundo musical, en que, artistas como él, habíamos sido frecuentemente intérpretes de sus inspiraciones, y nos atreveríamos a decirlo, un intérprete amado y escogido por él; porque hemos recogido de sus labios con más frecuencia que otros los procedimientos de su método; porque nos hemos identificado en cierto modo con sus pensamientos sobre el arte y en los sentimientos que él le confiaba por esta larga asimilación que se establece entre un escritor y su traductor; hemos creído que estas circunstancias nos imponían el deber de no limitarnos solamente a llevar una piedra bruta y anónima al homenaje que se le rinde. Hemos considerado que las circunstancias de la amistad y de la camaradería exigían de nosotros un testimonio más particular de nuestros vivos pesares y de nuestra firme admiración. Nos ha parecido que sería faltarnos a nosotros mismos no desafiando el honor de inscribir nuestro nombre y de hacer hablar a nuestra aflicción sobre su piedra sepulcral, como según es permitido a aquellos que no esperan jamás sustituir en su corazón el vacío que les deja una pérdida irreparable.

FIN

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

